

## Historia de O

### Capítulo 1º. Los Amantes de Roissy

Un día, su amante lleva a O a dar un paseo por un lugar al que nunca van el parque onceau. Junto a un ángulo del parque, en la esquina de una calle en la que no hay estación de taxis, después de pasear por el parque y de haberse sentado al borde del césped, ven un coche con contador, parecido a un taxi.

-Sube –le dice él.

Ella sube al taxi. Está anocheciendo y es otoño. Ella viste como siempre: zapatos de tacón alto, traje de chaqueta con falda plisada, blusa de seda y sombrero. Pero lleva guantes largos que le cubren las bocamangas y, en su bolso de piel, sus documentos, la polvera y la barra de labios. El taxi arranca suavemente sin que el hombre haya dicho una sola palabra al conductor. Pero baja las cortinillas a derecha e izquierda y también detrás; ella se quita los guantes, pensando que él va a abrazarla o que quiere que le acaricie. Pero él le dice:

-El bolso te estorba. Dámelo –ella se lo da.

El hombre lo deja lejos de su alcance y añade-: Estás demasiado vestida. Desabróchate las ligas y bájate las medias hasta encima de las rodillas. Ponte estas ligas. Ella siente cierto apuro, el taxi va más aprisa y teme que el conductor vuelva la cabeza. Por fin, las medias quedan arrolladas. Le produce una sensación de incomodidad el sentir las piernas desnudas bajo la seda de la combinación. Además, las ligas sueltas le resbalan.

-Quítate el ligero y el slip.

Esto es fácil. Basta pasar las manos por detrás de los riñones y levantarse un poco. El guarda el ligero y el slip en el bolsillo y le dice:

-No debes sentarte sobre la combinación y la falda. Levántalas y siéntate con la carne al desnudo directamente en el asiento. El asiento está tapizado de molesquín frío y resbaladizo. Da angustia sentirlo pegado a los muslos. Él le dice: -ahora ponte los guantes. El taxi sigue corriendo, y ella no se atreve a preguntar por qué René no se mueve ni dice nada, ni qué significado puede tener para él que ella permanezca inmóvil y muda, interiormente desnuda y accesible, y tan enguantada, en un coche negro que va no se sabe dónde. El no le ha dado orden alguna, pero ella no se atreve a cruzar las piernas ni a juntar las rodillas. Apoya las enguantadas manos en la banqueta, una a cada lado. -Hemos llegado –dice él de pronto.

El taxi se detiene en una hermosa avenida, debajo de un árbol – son plátanos-, ante una mansión que se adivina entre el patio y el jardín, parecida a las del barrio de Saint-Germain. Los faroles están un poco lejos, el interior del coche está a oscuras, y afuera llueve. -Quédate quieta – dice René-. No te muevas. Acerca la mano al cuello de la blusa, deshace el lazo y desabrocha los botones. Ella se inclina ligeramente hacia delante, pensando que él desea

acariciarle los senos. No. El sólo palpa el tirante lo corta con una navajita y le saca el sostén. Ahora, debajo de la blusa, que él vuelve a abrochar, ella tiene los senos libres y desnudos, como libres y desnudas tiene las caderas y el vientre, desde la cintura hasta las rodillas. -Escucha – le dice él-. Ahora estás preparada. Yo te dejo. Bajarás del coche y llamarás a la puerta. Seguirás a la persona que abra y harás lo que te ordene. Si no entraras en seguida, saldrían a buscarte; si no obedecieras, te obligarían a obedecer. ¿El bolso? No vas a necesitarlo. No eres más que la muchacha que yo entrego. Sí, sí, yo también estaré. Vete. Otra versión del mismo comienzo era más brutal y más simple: la mujer, vestida de este modo, era conducida en el coche por su amante y un amigo de éste, a quien ella no conocía. El desconocido iba al volante y el amante, sentado al lado de la mujer. Era el amigo, el desconocido, el que explicaba a la mujer que su amante debía prepararla, que le ataría las manos a la espalda, por encima de los guantes, le soltaría y enrollaría las medias, le quitaría el ligero, el slip y el sostén y le vendaría los ojos. Que, después, la entregarían en el castillo donde recibiría instrucciones sobre lo que debía hacer. Efectivamente, una vez así desvestida y atada, tras media horade carretera, la ayudaban a bajar del coche, le hacían subir unos escalones y cruzar una o dos puertas, siempre con los ojos vendados. Al quitarle la venda, ella se encontraba sola en una habitación oscura, donde la tenían una hora o dos, no sé, pero fue como un siglo. Después, cuando por fin se abría la puerta y se encendía la luz, se veía que había estado esperando en una habitación muy trivial y confortable, aunque extraña: con una gruesa alfombra en el suelo, pero sin un mueble, rodeada de armarios empotrados. Dos bonitas jóvenes habían abierto la puerta. Vestían como las doncellas del siglo XVIII: con faldas largas, ligeras y vaporosas que les ocultaban los pies, corpiños muy ajustados, que levantaban el busto, atados, abrochados por delante y encaje en el escote y en las bocamangas que les llegaban al codo. Llevaban los ojos y la boca pintados, así como una gargantilla muy ajustada al cuello y pulseras ceñidas a las muñecas. Sé que entonces soltaron las manos de O, todavía atadas a la espalda, y le dijeron que debía desnudarse, que la bañarían y maquillarían. La desnudaron y guardaron sus ropas en uno de los armarios. No dejaron que se bañara sola y la peinaron como en la peluquería, sentándola en uno de esos sillones que se inclinan hacia atrás cuando te lavan la cabeza, y que vuelven a enderezarse cuando te ponen el secador, después del marcado. Esto acostumbra a durar por lo menos una hora. Y tardaron, efectivamente, más de una hora, durante la cual ella permaneció sentada en aquel sillón, desnuda, sin poder cruzar las piernas, ni siquiera juntar las rodillas. Y, como delante tenía un gran espejo que cubría toda la pared, en la que no había tocador, cada vez que su mirada tropezaba con el espejo, se veía así, abierta. Cuando estuvo peinada y maquillada, con los párpados sombreados ligeramente, la boca muy roja, los pezones rosados y el borde de los labios del vientre carmín, perfume largamente pasado por el vello de las axilas y del pubis, en el surco formado por l cuerpos y otro espejo adosado a la pared le permitían verse perfectamente. Le dijeron que se sentara en el taburete colocado en el centro del espacio rodeado de espejos y que esperara. El puf estaba tapizado de piel negra de pelo largo que le hacía cosquillas, la alfombra también era negra y las paredes, rojas. Calzaba chinelas rojas. En una de las paredes del gabinete se abría un ventanal que daba a un hermoso y sombrío parque. Había dejado de llover, los árboles se agitaban al viento y la luna corría entre las nubes. No sé cuánto tiempo estuvo en el gabinete rojo, ni si estaba realmente sola como creía estarlo, o si alguien la observaba por alguna mirilla disimulada en la pared. Lo cierto es que, cuando volvieron las dos mujeres, una llevaba una cinta métrica y la otra un cesto. Las acompañaba un hombre, vestido con una larga túnica violeta, de mangas anchas recogidas en el puño, que se abría desde la

cintura cuando caminaba. Debajo de la túnica se le veían una especie de calzas ceñidas que le cubrían las piernas, pero dejaban el sexo al descubierto. Lo primero que vio O a su primer paso fue el sexo, después el látigo de tiras de cuero que llevaba colgado del cinturón y, posteriormente, su cara cubierta por una capucha negra en la que un tul negro disimulaba incluso los ojos y finalmente sus guantes, también negros, de fina cabritilla. Le dijo que no se moviera, tuteándola y, a las mujeres, que se dieran prisa. La que llevaba el centímetro tomó las medidas del cuello y de las muñecas de O. Eran medidas corrientes, aunque pequeñas. Fue fácil encontrar en el cestillo que sostenía la otra mujer el collar y las pulseras adecuados. Así es cómo estaban hechos: varias capas de cuero (capas bastante delgadas, hasta un espesor de no más de un dedo), cerradas por mecanismo de resorte automático que funcionaba como un candado y que no podía abrirse más que con una llavecita. En la parte exactamente opuesta el cierre había una anilla metálica que permitía sujetar el brazalete, ya que el cuero quedaba demasiado ceñido al cuello o a la muñeca para que pudiera introducirse cualquier cuerda o cadena. Cuando le hubieron colocado el collar y las pulseras, el hombre le dijo que se levantara. El se sentó en el taburete que ella había ocupado hasta entonces, le ordenó acercarse hasta rozarle las rodillas, le pasó la enguantada mano entre los muslos y por encima de los senos y le explicó que sería presentada aquella misma noche, después de la cena que ella toaría a solas. Y cenó sola, efectivamente, siempre desnuda, en una especie de cabina pequeña en la que una mano invisible le pasaba los platos por una trampilla. Terminada la cena, las dos mujeres fueron a buscarla. En el boudoir, le sujetaron los brazaletes a la espalda, por las anillas, le pusieron sobre los hombros, atada al collar, una larga capa roja que la cubría enteramente pero que se abría al andar, ya que ella no podía cerrarla por tener las manos atadas a la espalda. Una de las mujeres iba delante, abriendo puertas, y la otra, detrás, cerrándolas. Atravesaron un vestíbulo y dos salones y entraron en la biblioteca en la que tomaban el café cuatro hombres. Todos llevaban largas túnicas como el primero, pero no estaban encapuchados. De todos modos, O no tuvo tiempo de verles la cara ni de averiguar si su amante estaba entre ellos (estaba), pues uno de los cuatro la enfocó con un reflector que la cegó. Todos se quedaron inmóviles, las dos mujeres se fueron. Pero habían vuelto a vendarle los ojos a O. La obligaron a avanzar, dando un pequeño traspie, y ella se sintió de pie delante del gran fuego junto al que estaban sentados los cuatro hombres. Sentía el calor y oía crepitar suavemente los leños en el silencio. Estaba de cara al fuego. Unas manos le levantaron la capa, otras se deslizaban por sus caderas, después de comprobar el cierre de las pulseras: no llevaban guantes y una penetró en ella por las dos partes a la vez con tanta brusquedad que la hizo gritar. Uno de los hombres se echó a reír. Otro dijo: -Dadle la vuelta. Veamos los senos y el vientre. Le hicieron dar la vuelta. Ahora sentía el calor en la espalda. Una mano le oprimió un seno y una boca mordió la punta del otro. De pronto, ella perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, ¿qué brazos la sostenían?, mientras alguien le obligaba a abrir las piernas y le separaba suavemente los labios vaginales. Unos cabellos le rozaron el interior de los muslos. Oyó decir que había que ponerla de rodillas, Y así lo hicieron. Estaba mal de rodillas, pues debía mantenerlas separadas y al tener las manos atadas a la espalda había de inclinar el cuerpo hacia delante. Entonces le permitieron que se sentara sobre los talones, como se ponen las religiosas: -¿Nunca la había atado usted? -Nunca. -¿Ni azotado? - Tampoco. Precisamente... El que respondía era su amante. -Precisamente -dijo la otra voz-. Si la ata de vez en cuando, si la azota un poco y le gusta, no es eso, Lo que hace falta es superar ese momento en el que ella sienta placer, para obtener lágrimas. Entonces, levantaron a O e iban a desatarla, seguramente para atarla a algún poste o a la pared,

cuando uno dijo que quería tomarla el primero y en seguida. De modo que volvieron a ponerla de rodillas, pero esta vez con el busto descansando en un puf bajo, siempre con las manos a la espalda y los riñones más altos que el torso, y uno de los hombres, sujetándola por las caderas, se le hundió en el vientre. Después cedió el puesto a otro. El tercero quiso abrirse camino por la parte más estrecha y, forzándola bruscamente, la hizo gritar. Cuando la soltó, dolorida y llorando bajo la venda que le cubría los ojos, ella cayó al suelo. Entonces, sintió unas rodillas junto a su cara y comprendió que tampoco su boca se salvaría. Por fin la dejaron, tendida, boca arriba sobre la capa roja, delante del fuego. Oyó a los hombres llenar copas, beber y levantarse de los sillones. Echaron más leños al fuego. Bruscamente, le quitaron la venda. La gran pieza, con las paredes cubiertas de libros, estaba débilmente iluminada por una lámpara colocada sobre una consola y por el resplandor del fuego recién avivado. Dos de los hombres fumaban, de pie. Otro estaba sentado, con una fusta sobre las rodillas y el que se inclinaba sobre ella y le acariciaba el seno era su amante. Pero la habían tomado los cuatro y ella no lo distinguió de los demás.

Le explicaron que siempre sería así mientras estuviera en aquel castillo, que vería el rostro de los que la violarían y atormentarían, pero nunca de noche, y que jamás sabría quiénes serían los responsables de lo peor. Que lo mismo ocurriría cuando la azotaran, pero que ellos querían que se viera azotada y que la primera vez No le pondrían la venda, pero que, en

cambio, ellos se encapucharían para que ella no pudiera distinguirlos. Su amante la levantó y la hizo sentarse, envuelta en su capa roja, en el brazo de una butaca situada en el ángulo de la chimenea, para que escuchara lo que tenían que decirle y

viera lo que querían enseñarle. Ella seguía con las manos a la espalda. Le enseñaron la fusta, que era negra, larga y fina, de bambú forrado de cuero, como las que se ven en los escaparates de los grandes guarnicioneros; el látigo de cuero, que llevaba colgado de la cintura el primer hombre que había visto, era largo y estaba formado por seis correas terminadas en un nudo; había un tercer azote de cuerdas bastante finas, rematadas por varios nudos y muy rígidas, como si las hubieran sumergido en agua, cosa que habían hecho, como pudo comprobar, pues con él le acariciaron el vientre, abriéndole los

muslos, para que pudiera sentir en la suave piel interior lo húmedas y frías que estaban las cuerdas. Encima de la consola

había llaves y cadenas de acero. A media altura, a lo largo de una de las paredes de la biblioteca, discurría una galería

sostenida por dos pilares. En uno de ellos estaba incrustado un gancho, a una altura que un hombre podía alcanzar

poniéndose sobre las puntas de los pies y levantando el brazo. Explicaron a O, a quien su amante había tomado entre los

brazos con una mano bajo los hombros y la otra en el hueco del vientre, y que la quemaba, para obligarla a desfallecer, le

explicaron que no le soltarían las manos más que para atarla de las pulseras al poste con ayuda de una de las cadenitas

de acero. Que, salvo las manos, que tendría atadas y alzadas sobre la cabeza, podría mover todo el cuerpo y ver venir los golpes. Que, en principio, no le azotarían más que las caderas y los muslos, es decir, desde la cintura hasta las rodillas, tal como había sido preparada en el coche que la trajo, cuando la obligaron a sentarse desnuda en el asiento. Pero que uno de

los cuatro hombres allí presentes, probablemente querría marcarle los muslos con las fusta que deja hermosas rayas en la piel, largas, profundas y duraderas, que los látigos le dejaran en la piel. Le hicieron observar que esta manera de juzgar la eficacia del látigo, además de ser justa y de hacer inútiles los intentos de las víctimas por despertar la compasión exagerando sus lamentos, permitía también emplear el látigo fuera de los muros del castillo, al aire libre, en el parque, como solía suceder, o en cualquier apartamento o habitación de hotel, con la condición, eso sí, de utilizar una buena mordaza (como la que le mostraron inmediatamente) que no deja libertad más que al llanto, ahoga todos los gritos y apenas permite un gemido.

Pero aquella noche no la utilizarían; todo lo contrario. Querían oír la gritar y, cuanto ante, mejor. El orgullo que la hacía resistir y callar no duró mucho tiempo: hasta la oyeron suplicar que la desataran, que la dejaran descansar un instante, uno solo. Ella se retorció con tanto frenesí para escapar al mordisco de las correas que casi giraba sobre sí misma. Pues la cadenita que la sujetaba, aunque sólida, era un poco holgada, de manera que recibía tantos golpes en el vientre y en los glúteos. Después de una breve pausa, decidieron no reanudar los azotes sino después de haberle atado al poste por la cintura, con una cuerda.

Como la apretaron con fuerza, para bien fijar el cuerpo por la mitad al poste, el torso se torció necesariamente hacia un lado, lo cual hacía sobresalir la cadera contraria. A partir de este momento, los golpes ya no se desviaron más que deliberadamente. En vista de la manera en que su amante la había entregado, O habría podido imaginar que apelar a su piedad era el mejor medio de conseguir que él redoblara su crueldad, por el placer que le producía arrancarle, o hacer que los otros le arrancaran, estos indudables testimonios de su poder. Y, efectivamente, él fue el primero en observar que el látigo de cuero que la había hecho gemir al principio, la marcaba mucho menos que la cuerda mojada y la fusta, por lo que podía prolongarse el castigo y reanudarlo a placer. Pidió que no se utilizara más que éste. Entretanto, aquel de los cuatro al que no le gustaban las mujeres más que por lo que tenían en común con los hombres, seducido por aquella grupa, tensa bajo la cuerda atada a la cintura y que, al tratar de hurtarse al golpe no hacía sino ofrecerse mejor, pidió una pausa para aprovecharse, separó sus dos partes que ardían bajo sus manos y penetró en ella no sin dificultad, comentando que habría que hacer aquel paso más cómodo. Le dijeron que era factible y que buscarían los medios. Cuando desataron a la joven, casi desvanecida bajo su manto rojo, antes de hacerla acompañar a la celda que debía ocupar, la hicieron sentar en un butacón al lado del fuego para que escuchara las reglas que debería observar durante su estancia en el castillo y cuando saliera de él (aunque sin recobrar por ello la libertad) y llamaron a las que hacían las veces de sirvientas. Las dos jóvenes que la habían recibido a su llegada trajeron lo necesario para vestirla durante su estancia, y para que la reconocieran los que habían sido huéspedes del castillo antes de que ella llegara, o que lo serían después de que ella se marchara. El vestido era parecido al que llevaban ellas: sobre un corsé muy ajustado con ballenas, y una enagua de lino almidonado, un vestido de falda larga cuyo corpiño dejaba casi al descubierto los senos, erguidos por el corsé y apenas velados por un encaje. La otra enagua era blanca, el corsé y el vestido, de satén verde agua y el encaje, blanco. Cuando O estuvo vestida y hubo vuelto a su butaca junto al fuego, palidecida por su vestido pálido, las dos mujeres, que no habían dicho palabra, se fueron. Uno de los cuatro hombres detuvo a una al paso, hizo a la otra seña de que esperase y, llevando hacia O a la

que había detenido, le hizo dar media vuelta, cogiéndola por la cintura con una mano y con la otra levantándole las faldas para mostrar a O lo práctico que era aquel traje, dijo, y lo bien concebido que estaba, pues la falda podía levantarse y sujetarse con un simple cinturón, dejando libre acceso a lo que así se descubría. Por cierto, a menudo se hacía circular por el castillo y por el parque a las mujeres así arregladas, o también por delante, igualmente hasta la cintura. Se ordenó a la mujer que hiciera a O una demostración de cómo tenía que sujetarse la falda: enrollada en un cinturón (como un mechón de pelo en un bigudí) por delante, para dejar libre el vientre, o por detrás, para liberar el dorso. En uno y otro caso, la enagua y la falda caían en cascada en grandes pliegues diagonales. Al igual que O, la mujer tenía marcas de fusta recientes en la piel. Cuando el hombre la soltó, se fue. Este fue el discurso que entonces ocupó a O: -Aquí estarás al servicio de tus amos. Durante el día, harás las labores que te ordenen para la buena marcha de la casa, como barrer, ordenar los libros, arreglar las flores o servir a la mesa. No serán más pesadas. Pero, a la primera palabra, o la primera señal de quien se dirija a ti, dejarás de hacer lo que estés haciendo para cumplir con tu única obligación, que es la de entregarte. Tus manos no te pertenecen, ni tus pechos, ni mucho menos ninguno de los orificios de tu cuerpo que nosotros podemos hurgar y en los que podemos penetrar a placer. A modo de señal, para que tengas constantemente presente que has perdido el derecho a negarte, en nuestra presencia, nunca cerrarás del todo los labios, ni cruzarás las piernas, ni juntarás las rodillas (como habrás observado que se te ha prohibido hacer desde que llegaste), lo cual indicará para ti y para nosotros que tu boca, tu vientre y tu grupa están abiertos para nosotros. En presencia nuestra, nunca tocarás tus pechos: el corsé los yergue para indicar que nos pertenecen. Durante el día, estarás vestida, levantarás la falda si se te ordena y podrá utilizarte quien quiera a cara descubierta –y como quiera-, pero sin hacer uso del látigo. El látigo no te será aplicado más que entre la puesta y la salida del sol. Pero, además del castigo que te imponga quien lo desee, serás castigada por la noche por las faltas que hayas cometido durante el día: es decir, por haberte mostrado poco complaciente, o por haber mirado a la cara a quien te hable o te posea: nunca debes mirarnos a la cara. Si el traje que llevamos por la noche deja el sexo al descubierto no es por comodidad, que también podríamos obtener de otra manera, sino por insolencia, para que tus ojos se fijen en él y no en otra parte, para que aprendas que éste es tu amo, al cual están destinados, ante todo, tus labios. Durante el día, en el que nosotros llevamos true mientras estés aquí se te aplicará a diario, no es tanto para nuestro placer como para tu instrucción. Tanto es así que las noches en las que nadie te requiera, el criado encargado de este menester te administrará, en la soledad de tu celda, los latigazos que nosotros no tengamos ganas de propinarte. De hecho, no se trata tanto, por este sistema, al igual que por el de la cadena que , sujeta a la anilla del collar, te mantendrá más o menos estrechamente atada a la cama durante varias horas al día, de hacerte daño, de hacerte gritar ni derramar lágrimas, sino, mediante este dolor, de recordarte que estás sometida a algo que está fuera de ti. Cuando salgas de aquí, llevarás en el dedo anular un anillo de hierro que te distinguirá: entonces, habrás aprendido a obedecer a los que lleven el mismo emblema; al verlo, ellos sabrán que estás siempre desnuda bajo la falda, por más correcto y discreto que sea tu traje, y que lo estás para ellos. Los que te encuentren rebelde volverán a traerte aquí. Ahora te conducirán a tu celda.

Mientras el hombre hablaba a O, las dos mujeres que habían ido a vestirla permanecieron de pie a uno y otro lado del poste en el que ella había sido flagelada, pero sin tocarlo, como si las asustara, o lo tuvieran prohibido (que era lo más probable); cuando él hubo acabado

de hablar, las dos se acercaron a O, quien comprendió que debía seguirlas. De modo que se puso en pie, alzándose el borde de la falda para no tropezar, pues no estaba acostumbrada a los trajes largos y no se sentía segura en las chinelas en plataforma y de tacón tan alto, sujetas el pie por una simple tira de satén verde como el vestido. Al inclinarse, volvió la cabeza. Las mujeres esperaban, pero los hombres habían dejado de mirarla. Su amante, sentado en el suelo y apoyado en el puf sobre el que la habían tumbado al principio de la velada, con las rodillas dobladas y los codos sobre las rodillas, jugueteando con el látigo de cuero. Al primer paso que ella dio para acercarse a las mujeres, le rozó con la falda. El levantó la cabeza y le sonrió, pronunció su nombre y se puso de pie. Le acarició suavemente el cabello, la alisó las cejas con la yema del dedo y la besó en los labios con suavidad. En voz alta le dijo que la amaba. O, temblando, se dio cuenta, aterrada, de que le respondía <<te quiero>> y de que era verdad. El la abrazó diciendo >>amor mío, vida mía<<, la besó en el cuello y en el hueco de la mejilla; ella tenía la cabeza apoyada en el hombro cubierto por la túnica violeta. El, esta vez en voz baja, le repitió que la amaba y añadió: -Ahora te arrodillarás, me acariciarás y me besarás. La apartó de sí e hizo una seña a las dos mujeres para que se apartaran para que él pudiera apoyarse en la consola. El era alto, la consola más bien baja, y sus largas piernas, enfundadas en la misma tela violeta de la túnica, quedaban dobladas. La túnica abierta se tensaba por debajo como una colgadura y el entablamento de la consola erguía ligeramente el pesado sexo y los rizos claros que lo coronaban. Los tres hombres se acercaron. O se arrodilló en la alfombra, y su vestido verde formó una corola alrededor. El corsé la apretaba, y sus senos, cuyas puntas asomaban, estaban a la altura de las rodillas de su amante.

-Un poco más de luz –dijo uno de los hombres. Cuando hubieron dirigido la luz de la lámpara de manera que cayera de lleno sobre su sexo y el rostro de su amante, que estaba muy cerca, y sobre sus manos que lo acariciaban por debajo, René ordenó bruscamente: - Repite: te quiero. -Te quiero –repitió O con tal deleite que sus labios apenas se atrevían a rozar la pLas dos mujeres estaban a derecha e izquierda de René, quien se apoyaba en sus hombros. O oía los comentarios de los testigos, pero, a través de sus palabras, acechaba los gemidos de su amante, atenta a acariciarlo con un respeto infinito y con la lentitud que ella sabía le gustaba. O sentía que su boca era hermosa, puesto que su amante se dignaba a penetrar en ella, se dignaba a mostrar en público sus caricias y se dignaba, en suma, a derramarse en ella. Ella lo recibió como re recibe a un dios, le oyó gritar, oyó reír a los otros, y, cuando lo hubo recibido, se desplomó de bruces. Las dos mujeres la levantaron y, esta vez, se la llevaron. Las chinelas taconeaban en las baldosas rojas de los pasillos en los que se sucedían las puertas discretas y limpias, con minúsculas cerraduras, como las puertas de las habitaciones de los grandes hoteles. O no se atrevió a preguntar si todas aquellas habitaciones estaban ocupadas, ni por quién. Una de sus acompañantes, a la que todavía no había oído hablar, le dijo: -Estás en el ala roja, y tu criado se llama Pierre.

-¿Qué criado? –preguntó O, conmovida por la dulzura de aquella voz-. Y tú, ¿cómo te llamas? -Me llamo Andrée. -Y yo Jeanne –dijo la otra. La primera prosiguió: -El criado es el que tiene las llaves, el que te atará y te desatará, el que te azotará cuando te impongan un castigo, o cuando ellos no tengan tiempo para ti. -Yo estuve en el ala roja el año pasado –dijo Jeann-. Pierre ya estaba aquí. Entraba muchas noches. Los criados tienen las llaves y, en las habitaciones que están en su sector, tienen derecho a servirse de nosotras.

O iba a preguntar como era el tal Pierre, pero no tuvo tiempo. En un recodo del corredor, la hicieron detenerse delante de una puerta idéntica a las otras: en un banco, situado entre aquella puerta y la siguiente, vio a una especie de campesino coloradote y rechoncho, con la cabeza casi rasurada, unos ojillos negros hundidos y rulos de carne en la nuca. Iba vestido como un criado de opereta: camisa con chorrera de encaje, medias blancas y zapatos de charol. También él llevaba un látigo de cuero colgado del cinturón. Sus manos estaban cubiertas de vello pelirrojo. Sacó una llave maestra del bolsillo del chaleco, abrió la puerta e hizo entrar a las tres mujeres, diciendo: -Vuelvo a cerrar. Cuando hayáis terminado, llamad.

La celda era muy pequeña y, en realidad, consistía en dos piezas. Una vez vuelta a cerrar la puerta que daba al pasillo, se encontraba uno en una antecámara que se abría a la celda propiamente dicha; en la misma pared había otra puerta que conducía a un cuarto de baño. Frente a las puertas, había una ventana. En la pared de la izquierda, entre las puertas y la ventana, se apoyaba la cabecera de una gran cama cuadrada, baja y cubierta de pieles. No había más muebles, ni espejo alguno. Las paredes eran rojas y la alfombra negra, Andrée hizo observar a O que la no era, en realidad, más que una plataforma acolchada y una tela negra de pelo muy largo que imitaba una piel. La funda de la almohada, delgada y dura como el colchón, era de la misma tela, al igual que la manta de dos caras. El único objeto clavado en la pared, aproximadamente a la misma altura con relación a la cama que el gancho del poste con relación al suelo de la biblioteca, era una gran anilla de acero brillante de la que colgaba perpendicularmente a la cama una larga cadena; sus eslabones formaban un pequeño montón, y el otro extremo estaba sujeto a un gancho con candado, como un cortinaje recogido en un alzapuño. -Tenemos que bañarte –dijo Jeanne-. Te quitaré el vestido. Los únicos detalles especiales del cuarto de baño eran el asiento a la turca situado en el ángulo más próximo a la puerta y los espejos que recubrían por entero las paredes. Andrée y Jeanne no la dejaron entrar hasta que estuvo desnuda, guardaron el vestido en el armario situado al lado del lavabo en el que estaban ya las chinelas y la capa roja y se quedaron con ella, de modo que, cuando O tuvo que ponerse en cuclillas en el pedestal de porcelana, se encontró en medio de tantos reflejos, tan expuesta como cuando, en la biblioteca, unas manos desconocidas la forzaban. -Espera que entre Pierre y verás. -¿Por qué Pierre? -Cuando venga a encadenarte, quizá te obligue a ponerte en cuclillas. O palideció. -Pero, ¿por qué? -No tendrás más remedio – dijo Jeanne-. Pero eres afortunada.

-Afortunada, ¿por qué? -¿Es tu amante el que te ha traído aquí? -Sí. -Contigo serán mucho más duros. -No comprendo... -Pronto lo comprenderás, Llamaré a Pierre. Mañana por la mañana vendremos a buscarte. Andrée sonrió al salir, y Jeanne, antes de seguirla, acarició la punta de los pechos de O, quien se quedó de pie, junto a la cama, desconcertada. Salvo por el collar y los brazaletes de cuero que el agua del baño había endurecido y contraído, estaba desnuda. -Vaya qué hermosa señora –dijo el criado al entrar.

Le tomó las manos y enganchó entre sí las anillas de las pulseras, obligándola juntar las manos, y éstas, en la del collar. Ella se encontró, pues con las manos juntas a la altura del estableció un cierto equilibrio y las dos manos quedaron apoyadas en el hombro izquierdo hacia el que se inclinó también la cabeza. El criado la cubrió con la manta negra, no sin antes haberle levantado las piernas un momento para examinarle el interior de los muslos. No volvió a tocarla ni a dirigirle la palabra, apagó la luz, que proporcionaba un aplique



colocado entre las dos puertas, y salió. Tendida sobre el lado izquierdo, sola en la oscuridad y el silencio, caliente entre las suaves pieles de la cama, en una inmovilidad forzosa, O se preguntaba por qué se mezclaba tanta dulzura el terror que sentía, o por qué le parecía tan dulce su terror. Descubrió que una de las cosas que más la afligían era verse privada del uso de las manos; y no porque sus manos hubiesen podido defenderla (y ¿deseaba ella defenderse?), sino porque, libres, hubieran esbozado el ademán, hubieran tratado de rechazar las manos que se apoderaban de ella, la carne que la traspasaba, de interponerse entre su carne y el látigo. La habían desposeído de sus manos; su cuerpo, bajo la manta de piel, le resultaba inaccesible; era extraño no poder tocar las propias rodillas ni el hueco de su propio vientre. Los labios, que le ardían entre las piernas, le estaban vedados y tal vez le ardían porque los sabía abiertos a quien quisiera: al mismo criado, Pierre, si se le antojaba. La asombraba que el recuerdo del látigo la dejara tan serena y que la idea de que tal vez nunca supiera cuál de los cuatro hombres la habían forzado por detrás dos veces, ni si había sido el mismo las dos veces, ni si había sido su amante, la trastornara de aquel modo. Se deslizó ligeramente sobre el vientre hacia un lado, pensó que a su amante le gustaba el surco de su grupa y que, salvo aquella noche (si realmente había sido él), nunca había penetrado en él. Ella deseaba que hubiese sido él. ¿se lo preguntaría algún día? ¡Ah, nunca! Volvió a ver la mano que en el coche la había quitado el portaliñas y el slip y le había dado las ligas para que se sujetara las medias encima de las rodillas. Tan viva fue la imagen que olvidó que tenía las manos sujetas e hizo chirriar la cadena. ¿Y por qué, si el recuerdo del suplicio le resultaba tan leve, la sola idea, el solo nombre, la sola vista de un látigo le hacía latir con fuerza el corazón y cerrar los ojos con espanto? No se paró a pensar si era sólo espanto. Le invadió el pánico: tensarían la cadena hasta obligarla a ponerse de pie encima de la cama y la azotarían, con el vientre pegado a la pared, la azotarían, la azotarían, la palabra daba vueltas en su cabeza. Pierre la azotaría. Se lo había dicho Jeanne. Le había dicho que era afortunada, que con ella serían mucho más duros, ¿Qué había querido decir? Ya no sentía más que el collar, los brazaletes y la cadenas, su cuerpo se iba a la deriva, ahora lo comprendería. Se quedó dormida.

En las últimas horas de la noche, cuando ésta es más fría y más negra, poco antes del amanecer, reapareció Pierre. Encendió la luz del cuarto de baño y dejó la puerta abierta. Un cuadro de luz se proyectó sobre el centro de la cama, en el lugar en el que el cuerpo de O, esbelto y acurrucado, alzaba ligeramente la manta que el hombre retiró en silencio. O estaba tendida del lado izquierdo, de cara a la ventana, con las rodillas dobladas, ofreciendo a su mirada su cadera muy blanca sobre la piel negra. El le retiró la almohada de debajo de la cabeza y dijo cortésmente: -Haga el favor de ponerse de pie. Cuando ella estuvo arrodillada, para lo cual tuvo que agarrarse a la cadena, el hombre la ayudó tomándola por los codos para que acabara de levantarse y se arrimara a la pared. El reflejo de la luz sobre la cama era muy tenue y sólo iluminaba el cuerpo de ella y no los gestos del hombre. Ella, más que ver, adivinó que él desenganchaba la cadena del resorte para reengancharla en otro eslabón de modo que permaneciera tensada, y ella sintió cómo se tensaba. Sus pies descalzos descansaban en la cama. Tampoco vio que él no llevaba el látigo de cuero, sino la fusta negra, parecida a la que habían utilizado para golpearla sólo dos veces, y casi con suavidad, cuando estaba atada al poste. La mano izquierda de Pierre la sujetó por la cintura y el colchón cedió un poco, pues Pierre se apoyaba en él con el pie derecho. Al mismo tiempo que oía un silbido en la penumbra, O sintió una atroz quemadura en los riñones y lanzó un grito. Pierre golpeaba sin descanso, sin esperar siquiera a que ella callara,

procurando descargar el golpe más arriba o más abajo que la vez anterior, para que las señales quedaran marcadas con nitidez. El ya se había detenido, pero ella seguía gritando y las lágrimas corrían en la boca abierta.

-Haga el favor de dar la vuelta –dijo. Como ella, aturdida, él retrocedió un poco para tomar impulso y, con todas sus fuerzas, la fustigó en la parte delantera de los muslos. Todo ello, en cinco minutos. Cuando se fue, después de apagar la luz y cerrar la puerta de cuarto de baño, O, gimiendo, se retorció de dolor junto a la pared, cuyo brillante percal era refrescante a su piel desgarrada, todo el tiempo que tardó en amanecer. El ventanal hacia el que ella estaba vuelta, pues se apoyaba sobre un costado, miraba hacia el Este y llegaba del suelo al techo, sin visillo; tan sólo la misma tela roja que tapizaba la pared enmarcando la ventana y cayendo a cada lado en pliegues rígidos. O vio nacer una aurora pálida y lenta, que arrastraba sus brumas por los macizos de asters que crecían al pie de la ventana y, finalmente, se retiraba dejando al descubierto un álamo. Aunque no hacía viento, sus hojas amarillas caían de vez en cuando en remolino. Delante de la ventana, más allá de los asters malva, había un césped, una alameda. Era ya de día y hacía rato que O no se movía. Por la alameda avanzaba un jardinero empujando una carretilla. La rueda de hierro chirriaba sobre la brava. Si se hubiera acercado a la ventana para recoger las hojas que habían caído al pie de los asters, hubiera visto a O desnuda y encadenada y con las señales de fusta en los muslos. Las marcas se habían hinchado y formaban estrechas rayas, mucho más oscuras que la tela roja que cubría las paredes. ¿Dónde dormía su amante, como a él le gustaba dormir en las mañanas tranquilas? ¿En qué habitación? ¿En qué cama? ¿Sabía a qué suplicio la había librado? ¿Lo había dispuesto él? O pensó en esos prisioneros que se ven en los grabados de los libros de Historia, que también habían sido encadenados y azotados hacía quién sabe cuántos años o siglos y que habían muerto. Ella no deseaba morir, pero, si el suplicio era el precio que tenía que pagar para que su amante siguiera amándola, no pedía otra cosa que él se alegrara de que ella lo hubiera sufrido y, sumisa y callada, esperaba que la condujeran a él.

Las mujeres no tenían llave alguna, si de las puertas, ni de las cadenas, tampoco de las pulseras o de los collares, pero todos los hombres llevaban en una anilla los tres tipos de llaves que, cada una a su manera, abrían puertas, candados y collares. Los criados también las tenían. Pero, por la mañana, los criados que habían estado de servicio durante la noche dormían y era uno de los amos u otro criado quien abría las cerraduras. El hombre que entró en la celda de O vestía cazadora de cuero, pantalón de montar y botas. En primer lugar, él soltó la cadena de la pared y O pudo tenderse en la cama. Antes de desatarle las muñecas, él le pasó la mano entre los muslos, como hiciera el encapuchado al que primero ella había visto en el saloncito rojo. Tal vez, fuera el mismo, Este tenía la cara huesuda y descarnada, la mirada inquisitiva que se ve en los retratos de los viejos hugonotes y el cabello gris. O sostuvo su mirada durante lo que le pareció un tiempo interminable y, bruscamente, se quedó helada al recordar que estaba prohibido mirar a los amos más arriba de la cintura. Ella cerró los ojos, pero ya era demasiado tarde y le oyó gritar y decir, mientras al fin le soltaba las manos: -Anotad un castigo para después de la cena. Hablaba con Andrée y Jeanne que habían entrado con él y esperaban una a cada lado de la cama. Dicho esto, el hombre salió. Andrée recogió la almohada que estaba en el suelo y la manta que Pierre había dejado a los pies de la cama cuando entró para azotar a O, mientras Jeanne acercaba un carrito, que había traído del pasillo, con café, leche azúcar, pan, mantequilla y croissant.

-Come de prisa –dijo Andrée-. Son las nueve. Después podrás dormir hasta las doce y, cuando oigas la llamada, tendrás que prepararte para el almuerzo. Te bañarás y peinarás. Yo vendré a maquillarte y a ceñirte el corsé. -No estarás de servicio hasta la tarde –dijo Jeanne-. En la biblioteca, para servir el café y los licores y alimentar el fuego.

-¿Y vosotras? –preguntó O. > Pero no tuvo tiempo de terminar. La puerta se abrió, Era su amante y no estaba solo. Vestía como siempre cuando acababa de levantarse de la cama y encendía el primer cigarrillo del día: pijama rayado y bata de lana azul con las vueltas de seda acolchada, la bata que habían comprado juntos un años antes. Sus zapatillas estaban raídas, habría que comprar otras. Las dos mujeres desaparecieron sin otro ruido que el crujido de la seda cuando levantaron ligeramente la falda (todas las faldas se arrastraban un poco), pues sobre la alfombra las chinelas no se oían. O, que sostenía una taza de café con la mano izquierda y un croissant con la otra, sentada en el borde de la cama con una pierna colgando y la otra replegada bajo el cuerpo, se quedó inmóvil. Bruscamente, la taza empezó a temblar y el croissant cayó al suelo. -Recógelo –dijo René. Fue su primera palabra. Ella dejó la taza en el carrito, recogió el croissant mordido y lo dejó al lado de la taza. Una miga de croissant quedó en la alfombra, al lado de su pie descalzo. René se agachó y la recogió. Se sentó e a su lado, la recostó y la besó. Ella le preguntó si la amaba. El le contestó. -Ah! Te quiero. Después se incorporó , la obligó a ponerse de pie y posó suavemente la palma fresca de sus manos, y después sus labios, a lo largo de las marcas de su cuerpo. O no sabía si podía mirar al otro hombre que había entrado con su amante y que estaba de espaldas a ellos, fumando, cerca de la puerta. Lo que siguió entonces no alivió su malestar. -Ven, que te veamos – dijo su amante llevándola a los pies de la cama. Al que lo acompañaba le dijo entonces que tenía mucha razón y le dio las gracias, añadiendo que era justo que él tomara a O el primero, si lo deseaba. El desconocido, al que ella seguía sin mirar, después de pasarle la mano por los senos y las caderas, le pidió que abriera las piernas.

-Obedece –le dijo René. Este la sostenía por detrás, apoyándola contra su pecho. Y, con la mano derecha, le acariciaba un pecho y, con la izquierda, le asía un hombro. El desconocido se había sentado en el borde de la cama. Lentamente, tirándole del vello, le abrió los labios vaginales. René, cuando comprendió lo que el otro pretendía, la empujó hacia delante, para ponerla más a su alcance, mientras le pasaba el brazo derecho alrededor de la cintura, a fin de sujetarla más firmemente. Esta caricia, que ella nunca aceptaba sin debatirse y sentirse abrumada por la vergüenza y a la que se sustraía en cuanto podía, tan aprisa que apenas tenía tiempo de notarla, y que le resultaba sacrílega porque le parecía un sacrilegio que su amante estuviera de rodillas cuando la que tenía que arrodillarse era ella, iba a tener que aceptarla por fuerza, y se vio perdida. Porque, cuando los labios del desconocido se apoyaron en la protuberancia carnosa de la que parte la corola interior, gimió, bruscamente inflamada y, cuando se apartaron, para dejar paso a la punta cálida de la lengua, se inflamó más todavía; gimió con más fuerza cuando volvió a sentir los labios; sintió que se endurecía la punta escondida, que entre los dientes y los labios un largo mordisco aspiraba y aspiraba, un largo y dulce mordisco bajo el cual ella jadeaba; perdió pie y se encontró tendida de espaldas, con la boca de René en su boca; él la sujetaba a la cama por los hombros mientras otras manos la tomaban por las pantorrillas y le levantaban las piernas. Sus propias manos, que tenía a la espalda (porque cuando René la empujó hacia el desconocido le unió las muñecas entre sí, enganchando las anillas de las pulseras), sus manos sintieron el roce del sexo del hombre que se acariciaba en el surco de su grupa, subía

y golpeaba el fondo de la cavidad de su vientre. Al primer golpe, ella gritó, como bajo el látigo, y volvió a gritar a cada golpe, y su amante le mordió la boca. El hombre se separó bruscamente y cayó al suelo como fulminado por un rayo, gritando a su vez. René desató las manos de O, la levantó, la acostó y la cubrió con la manta. El hombre se levantaba, y él loocido como nunca la hizo gemir su amante, había gritado bajo el golpe del miembro del desconocido Como jamás la hizo gritar su amante. Había sido profanada y era culpable. Si él la abandonaba, lo tendría merecido. Pero no; la puerta se cerró y él se quedó con ella, volvió, se tendió a su lado, bajo la manta, se deslizó en el interior de su vientre húmedo y ardiente y, abrazándola, le dijo: -Te quiero. Una noche, después de que te haya entregado también a los criados, te haré azotar hasta que sangres. El sol había disipado la niebla e inundaba la habitación. Pero no se despertaron hasta que sonó la señal para el almuerzo. O no sabía qué hacer. Su amante estaba a su lado, tan cerca, tan amorosamente abandonado como en la cama de la habitación de techo bajo en la que dormía con ella casi todas las noches desde que vivían juntos. Era una cama grande, con columnas de caoba, a la inglesa, pero sin dosel y con las columnas de la cabecera más altas que las de los pies. El dormía siempre a su izquierda y, cuando se despertaba, aunque fuera en plena noche, siempre alargaba la mano hacia las piernas de ella. Por eso ella dormía siempre con camisón y, si alguna vez usaba pijama, no se ponía pantalón. El hizo lo mismo. Ella tomó aquella mano y la besó, sin atreverse a preguntarle nada. Pero él habló. Le dijo, sujetándola por el collar, pasando los dedos entre la piel y la tira de cuero, que en lo sucesivo se proponía compartirla con todos los afiliados a la sociedad del castillo, como había hecho la víspera. Que ella dependía de él, y sólo de él, aunque recibiera órdenes de otros y aunque él no estuviera presente, pues, por principio, él participaba en todo aquello que se le exigiera o se le infligiera y que era él quien la poseía y la gozaba a través de aquellos en cuyas manos se la entregaba, por haber sido él quien la había entregado. Ella debía someterse a ellos y acogerlos con el mismo respeto con que le acogía a él, como a otras tantas imágenes suyas. Así, él la poseería como un dios posee a sus criaturas cuando se apodera de ellas bajo la máscara de un monstruo, de un ave, del espíritu invisible o del éxtasis. El no quería separarse de ella. Y, cuanto más la entregaba, más suya la sentía. El hecho de que la entregara era para él una prueba, como debía serlo también para ella, de que ella le pertenecía; nadie puede dar lo que no le pertenece. Y él la daba para recobrarla enriquecida a sus ojos, como un objeto de uso corriente que hubiera servido para un culto divino que lo hubiera servido para un culto divino que lo hubiera consagrado. Hacía tiempo que deseaba prostituirla y ahora comprobaba con satisfacción que el placer que ello le procuraba era mayor de lo que suponía y le ataba a ella todavía más, como había de atarla a él cuanto más humillada y mortificada se viera. Y, amándolo como lo amaba, ella no podía sino amar todo aquello que viniese de él. O le escuchaba temblando de felicidad y, puesto que él la amaba, consentía en todo. El debió adivinarlo, porque entonces dijo: -Porque te es fácil consentir quiero de ti algo que se será imposible, por más que tú lo aceptes, por más que ahora digas que sí y por muy capaz que te sientas de someterte. No podrás dejar de rebelarte.

Obtendremos tu sumisión a pesar tuyo, no sólo por el incomparable placer que yo o los otros encontremos en ello, sino también para que tú des cuenta de lo que hemos hecho de ti. -O iba a responder que era su esclava y que llevaba su esclavitud con alegría, pero él la atajó: -ayer te dijeron que, mientras estuvieras en este castillo, no deberías mirar a la cara a los hombres ni hablarles. Tampoco a mí podrás mirarme. Y tendrás que callar y obedecer.

Te quiero. Levántate. No volverás a abrir la boca en presencia de un hombre más que para gritar o acariciar.

O se levantó. René permaneció echado en la cama. Ella se bañó y se peinó, el agua tibia la hizo estremecerse cuando sumergió su carne tumefacta y se secó sin frotar, para no avivar la quemazón. Se pintó los labios, los ojos no, se empolvó y, todavía desnuda pero con los ojos bajos, volvió a la celda. René miraba a Jeanne, que había entrado y estaba de pie junto a la cabecera de la cama, también ella con los ojos bajos, y muda. Le ordenó que vistiera a O. Jeanne cogió el corsé de satén verde, la enagua blanca, el vestido, las chinelas y, después de abrochar el corsé por delante, empezó a tirar de los cordones para ceñirlo. El corsé era lae ceñía el corsé. Los pechos subían, se apoyaban por debajo en las bolsas y ofrecían aún más la punta. Al mismo tiempo, el talle se estrechaba, lo cual hacía sobresalir el vientre y arquear las caderas. Lo curioso es que aquella armadura era muy cómoda y, en cierta medida, relajante. Permitía mantenerse erguida, pero, sin saber por qué, como no fuera por el contraste, acentuaba la libertad de movimientos o, mejor dicho, la disponibilidad de las partes que no comprimía. La ancha falda y el corpiño, escotado en forma de trapecio desde la nuca hasta la punta de los pechos y a todo lo ancho de éstos, daban la sensación a quien los llevaba no tanto de una protección como de un medio de provocación, de presentación. Cuando Jeanne anudó los cordones, O extendió sobre la cama el vestido que era de una sola pieza, con la enagua cosida a la falda y el corpiño cruzado por delante y anudado a la espalda, de manera que podía adaptarse a la cintura por muy ceñido que estuviera el corsé. Jeanne lo había apretado mucho, y O, por la puerta abierta, se veía en el espejo del baño, esbelta y perdida entre los pliegues del vestido que se hinchaba sobre sus caderas como si llevara miriñaque. Las dos mujeres estaban de pie una al lado de la otra. Jeanne alargó el brazo para arreglar un pliegue de la manga del vestido verde y sus pechos se movieron bajo el encaje que ribeteaba el escote, unos pechos de pezón largo y oscura aureola. Llevaba un vestido de faya amarilla. René, acercándose a las dos mujeres, dijo a O: -Mira –ya a Jeanne-: Levanta esa falda. Con las dos manos, ella levantó la seda crujiente y el lino de la enagua y descubrió un vientre dorado, suaves muslos y rodillas, y un cerrado triángulo negro. René extendió una mano y se puso a palparlo lentamente, mientras con la otra hacía salir la punta de un seno.

-Es para que veas –dijo a O. O lo veía. Veía su rostro irónico pero atento, sus ojos que acechaban la aboca entreabierto de Jeanne y la garganta inclinada hacia atrás, ceñida por el collar de cuero. ¿Qué placer podía brindarle ella que no le diera también aquella mujer u otra cualquiera? -¿No se te había ocurrido? –le preguntó él. No, no se le había ocurrido. O estaba apoyada en la pared, entre las dos puertas, rígida y con los brazos caídos a lo largo del cuerpo. No hacía falta ordenarle que callara. ¿Como iba a decir algo? Tal vez su desesperación le conmovió. El dejó a Jeanne y la tomó a ella entre sus brazos y le dijo que era su amor y su vida y repitiéndole que la quería. La mano con la que le acariciaba la garganta estaba húmeda y olía a Jeanne. ¿Y qué? La desesperación que sentía se desvaneció: él la quería. Era muy dueño de solazarse con Jeanne o con cualquier otra; la quería. -Te quiero –le decía ella al oído-, te quiero –tan bajo que él apenas la oía-. Te quiero. El no la dejó hasta verla tranquila y con la mirada transparente, feliz. Jeanne tomó a O de la mano y la condujo hacia el pasillo. Sus chinelas volvieron a resonar sobre las baldosas y, sentado en la banqueta situada entre las dos puertas, volvieron a encontrar a un criado. Vestía como Pierre, pero no era él. Era un nombre alto, enjuto, de pelo negro. Echó

a andar delante de ellas y las llevó a una antecámara en la que, delante de una puerta de hierro forjado que se recortaba sobre unos cortinajes verdes, esperaban otros dos criados con unos perros blancos con manchas rojizas tendidos a sus pies. -Es la clausura –murmuró Jeanne. El criado que iba delante la oyó y volvió la cabeza. O vio con estupor que Jeanne palidecía, soltaba su mano, soltaba también la falda que levantaba ligeramente con la otra mano y caía de rodillas sobre las losas negras, porque la antecámara estaba pavimentada con losas de mármol negro. Los dos criados, que estaban cerca de la verja se echaron a reír. Uno de ellos se adelantó hacia O, le rogó que lo siguiera, abrió una puerta situada frente a la que acababan de cruzar y se fue. Ella oyó risas, unos pasos y cerrarse la puerta a su espalda. Nunca se enteró de lo que había sucedido, si Jeanne fue castigada por hablar, ni cómo, o si se limitó a ceder a un capricho del criado o si, al arrodillarse, obedecía a una regla, o si quiso moverle a la benevolencia y lo logró. Sólo comprobó, durante su primera estancia en el castillo, que duró dos semanas, que, si bien la regla del silencio era absoluta, solía ser quebrantada tanto durante las idas y venidas como durante las comidas, especialmente de día, cuando estaban solas con los criados, como si el traje les diera una seguridad que, por la noche, la desnudez, las cadenas y la presencia de los amos les arrebatában, Advirtió también que, si el menor gesto que pudiera parecer una insinuación hacia uno de los amos era inconcebible, con los criados era distinto, Estos nunca daban una orden, pero la cortesía de sus ruegos era implacable como una conminación. Aparentemente, estaban obligados a castigar las infracciones a la regla de inmediato, en el caso de que fueran ellos los únicos testigos, En tres ocasiones, una vez en el pasillo que conducía al ala roja y las otras dos, en el refectorio donde acababan de hacerla entrar, O vio cómo eran arrojadas al suelo y azotadas unas criadas a las que habían sorprendido hablando. De manera que también podían azotarlas durante el día, a pesar de lo que le dijeron la primera noche, como si lo que ocurriera con los criados no contara y pudiera dejarse a la discreción de éstos. La luz del día daba al atuendo de los criados un aspecto extraño y amenazador. Algunos llevaban medias negras y, en lugar de librea roja de mangas anchas recogidas en los puños. Fue uno de éstos el que, al octavo día, a mediodía, látigo en mano, hizo levantar de su taburete a una opulenta Magdalena ruvia, blanca y sonrosada, que estaba junto a O y que le había dicho sonriendo unas palabras, tan aprisa que O no las había siquiera entendido. Antes de que el hombre pudiera tocarla, ella se había arrodillado, y sus blancas manos rozaron bajo la seda negra el sexo aún dormido, lo extrajeron y lo llevaron a los labios entreabiertos. Aquella vez no fue azotada. Y, como en aquel instante él era el único guardián que había en el refectorio y aceptaba la caricia con los ojos cerrados, las demás se pusieron a hablar. De manera que se podía sobornar a los criados. Pero, ¿para qué? La regla que más difícil le resultaba a O obedecer y que, en realidad, nunca llegó a acatar, era la de no mirar a los hombres a la cara, puesto que había que observarla también frente a los criados. O se sentía en constante peligro. Pues le devoraba la curiosidad por los rostros, y fue azotada por unos y otros, aunque no todas las veces que ellos la sorprendieron (pues se tomaban ciertas libertades con la consigna y quizá les gustaba ejercer aquella fascinación y no querían privarse, por un rigor excesivo, de aquellas miradas que no se apartaban de sus ojos y de su boca más que para posarse en su miembro viril, sus manos, el látigo, y vuelta a empezar), sino sólo cuando deseaban humillarla. Aunque, por muy cruelmente que la trataran cuando se decidían a ello, O nunca tuvo el valor, o la cobardía, de echarse a sus pies y, si algunas veces los toleró, nunca los solicitó. La regla del silencio, por el contrario, salvo con su amante, le resultaba tan fácil que no la quebrantó ni una sola vez y, si alguna de las demás, aprovechando algún descuido de sus guardianes, le dirigía la

palabra, ella contestaba por señas. Generalmente, era durante las comidas, que eran servidas en la sala en la que la habían hecho entrar cuando el criado alto que las acompañaba se había girado hacia Jeanne. Las paredes eran negras, el enlosado negro, la mesa, de grueso cristal y muy larga, negra también y las muchachas se sentaban en taburetes redondos, tapizados de cuero negro. Para sentarse, tenían que levantar la falda y, así, O, al sentir bajo los muslos el cuero frío y liso, recordaba el momento en que su amante la había obligado a quitarse las medias y el slip y a sentarse sin prendas interiores en el asiento del coche. Y, a la inversa, cuando hubo abandonado el castillo y, vestida como todo el mundo, pero con las caderas desnudas bajo el traje chaqueta o el vestido corriente, tuvo que levantarse la falda y la combinación para sentarse al lado de su amante, o de otro en contacto directo con el asiento de un coche o del algún café, la parecía que volvía al castillo, con los senos desnudos sobre el corsé de seda, a aquellas manos y bocas a las que todo les estaba permitido y al terrible silencio. Pero nada la ayudaba tanto como el silencio, excepto las cadenas. Las cadenas y el silencio, que hubieran debido atarla al fondo de sí misma, ahogarla, estrangularla, por el contrario la liberaban. ¿Qué hubiera sido de ella de haber podido hablar, de haber podido elegir cuando su amante la prostituía ante él? Es cierto, ella hablaba durante el suplicio; pero, ¿puede llamarse palabras a lo que no son sino quejas y gritos? Y muchas veces la hacían callar, amordazándola. Bajo las miradas, las manos, los miembros que la ultrajaban, bajo los látigos que la desgarraban, ella se perdía en una delirante ausencia de sí misma que la entregaba al amor, y acaso la acercaba a la muerte. Ella era cualquiera, cualquiera de las otras muchachas, abiertas y forzadas como ella, y a las que ella veía abrir y forzar, porque lo veía aunque no tuviera que ayudar. En su segundo día, no habían transcurrido todavía veinticuatro horas desde su llegada cuando después del almuerzo, fue conducida a la biblioteca para que sirviera el café y alimentara el fuego. La acompañaba Jeanne a la que había traído el criado de pelo negro y otra muchacha llamada Monique. El criado se quedó en la habitación, de pie, cerca del poste al que O fuera atada la noche anterior. Todavía no había nadie más en la biblioteca. Los ventanales estaban orientados a Poniente, y el sol de otoño, que declinaba lentamente en un cielo sereno, casi limpio de nubes, iluminaba sobre una cómoda un enorme ramo de crisantemos color azufre que olían a tierra y a hojas secas. -¿La marcó Pierre anoche? -preguntó el criado a O.

Ella asintió con un movimiento de cabeza. -En tal caso, debe mostrar las señales -dijo el hombre-. Haga el favor de subirse el vestido. Esperó a que ella se arrollara la falda por detrás, como le había enseñado Jeanne la víspera y que ésta la ayudara a sujetarla. Después, le dijo que encendiera el fuego. La grupa de O hasta la cintura, sus muslos y sus finas piernas quedaron encuadrados entre los pliegues de seda verde y lino blando. Las cinco marcas eran negras. El fuego estaba preparado en el hogar, y O no tuvo más que arrimar una cerilla a la paja amontonada bajo las teas, las cuales se inflamaron. Pronto prendieron las ramas de manzano y, finalmente, los leños de roble que ardían con llamas altas, crepitantes y claras, casi invisibles a la luz del día, pero olorosas. Entró otro criado que, encima de la consola de la que habían quitado la lámpara, dejó una bandeja con las tazas y el cavé y se fue. O se acercó a la consola, y Monique y Jeanne se quedaron de pie una a cada lado de la chimenea. En aquel momento, entraron dos hombres y el primer criado también se fue. O, por la voz, creyó reconocer a uno de los que la habían forzado la víspera, el que había pedido que se hiciera más fácil el acceso de su grupa. Ella lo miraba con disimulo mientras vertía el café en las tacitas negras y doradas que Monique presentaba con el azúcar. Con que aquél era el muchacho, esbelto, tan joven y tan rubio que hasta parecía

un inglés. El joven volvió a hablar, O ya no tuvo dudas. El otro también era rubio, pero ancho y fornido. Estaban los dos sentados en las butacas de cuero, con los pies hacia el fuego, fumando tranquilamente y leyendo el periódico sin hacer el menor caso de las mujeres, como si estuvieran solos. De vez en cuando, se oía crujir el papel y caer alguna brasa, De vez en cuando, O echaba un leño al fuego. Estaba sentada en el suelo, en un almohadón cerca del cesto de la leña y, frente a ella, también en el suelo, estaban Monique y Jeanne. Sus faldas, extendidas, se entremezclaban. La de Monique era rojo oscuro, De repente, pero tan sólo transcurrida una hora, el joven rufio llamó a Jeanne y a Monique. Les dijo que acercaran el puf (el mismo sobre el que la víspera pusieron a O boca abajo). Monique ya no esperó orden alguna, se arrodilló, aplastó el pecho en la piel que tapizaba el puf y se agarró a él con ambas manos. Cuando el joven ordenó a Jeanne que levantara la falda roja, Monique no se movió. Entonces, Jeanne, y así se lo ordenó é en los términos más brutales, tuvo que desabrocharle el traje y tomar con ambas manos aquella espada de carne que tan cruelmente traspasara a O, por lo menos una vez. Se hinchó y se puso rígida en la palma que la oprimía, y O vio aquellas mismas manos, las manos pequeñas de Jeanne, abrir los muslos de Monique en cuyo interior, lentamente y a pequeñas sacudidas que la hacían gemir, penetraba el joven. El otro hombre, que miraba sin decir palabra, hizo a O una seña para que se acercara y, sin dejar de mirar, la tumbó boca abajo sobre uno de los brazos de su butaca –su falda, levantada hasta la cintura, dejaba al descubierto toda la mitad inferior del cuerpo- y le agarró el vientre cuán ancha era su mano. Así la encontró René cuando abrió la puerta un minuto después. -No se muevan, por favor –dijo y se sentó junto a la chimenea, en el almohadón que antes ocupara O.

La miraba atentamente y sonreía cada vez que aquella mano que la poseía se movía, hurgaba y se apoderaba más y más profundamente a la vez de su vientre y de su grupa, que se abrían siempre más, y le arrancaba gemidos incontenibles. Monique ya se había levantado había un rato y Jeanne atizaba el fuego en lugar de O. Sirvió a René, quien le besó la mano, un vaso de whisky que él bebió sin apartar la mirada de O. El que la sujetaba dijo entonces: -¿Es suya? -Sí –respondió René. -Jacques tiene razón –comentó el otro-. Es muy estrecha. Habrá que ensancharla. -Pero no demasiado – dijo Jacques. -Como usted disponga –dijo René, levantándose-. Es más entendido que yo –y tocó el timbre. Desde entonces, y durante ocho días, desde el anochecer, en que terminaba su servicio en la biblioteca, hasta las ocho o las diez de la noche, en que era conducida de nuevo allí – aunque no a diario-, encadenada y desnuda bajo su capa roja, O llevó inserta entre las nalgas un tallo de ebonita en forma de sexo empinado, sujeta por tres cadenitas que pendían de un cinturón de cuero que le rodeaba las caderas, de manera que el movimiento de los músculos interiores no pudiera expulsarla. Una de las cadenas seguía el surco de su grupa, y las otras dos, el pliegue de las ingles, a uno y otro lado del triángulo del vientre, con el fin de no impedir que fuera penetrado, llegado el caso. René había llamado para pedir el cofre en el que se guardaban, en un compartimento, las cadenitas y los cinturones y, en otro, los tallos de ebonita de distinto grosor. Todas se ensanchaban en la base, para impedir que acabaran de penetrar en el cuerpo, lo cual entrañaría el peligro de que volviera a cerrarse el anillo de carne que debían distender. Cada día, Jacques, que la hacía arrodillarse. O mejor prosternarse, para que Jeanne, Monique u otra de las chicas le colocara el tallo, la elegía más gruesa. Durante la cena, que las muchachas tomaban juntas en el mismo refectorio, después del baño, desnudas y maquilladas, O la llevaba todavía y, al llevar a la vista las cadenitas y el cinturón, todos podían comprobar que la tenía puesta. El encargado de



quitársela era Pierre cuando iba a encadenarla a la pared, si nadie la solicitaba, o a sujetarle las manos a la espalda, si tenía que llevarla a la biblioteca. Rara fue la noche en que nadie quiso utilizar aquella vía que tan rápidamente iba haciéndose más accesible, aunque siempre más estrecha que la otra. Al cabo de ocho días, ya no fue necesario el aparato, y su amante le dijo a O que estaba muy contento de que estuviera doblemente abierta y que él cuidaría de que permaneciera así. Al mismo tiempo, le avisó de que él se marchaba y de que, durante los siete últimos días que pasaría en el castillo antes de que él volviera a buscarla para llevarla a París, no lo vería. -Pero te quiero –le dijo-. Te quiero. No me olvides.

¡Ah! ¿Y cómo iba ella a olvidarlo? El era la mano que le vendaba los ojos, el látigo de Pierre, la cadena de la cabecera de su cama, el desconocido que le mordía el vientre, y todas las voces que la daban órdenes eran su voz. ¿Se cansaba? No. A fuerza de ser ultrajada, podía parecer que había de acostumbrarse a los ultrajes; a fuerza de ser acariciada, a las caricias, y a los latigazos, a fuerza de ser azotada. Una horrible saciedad de dolor y de voluptuosidad hubiera debido empujarla poco a poco hacia las riberas de la insensibilidad, próximas al sueño o al sonambulismo. Todo lo contrario. El corsé que la mantenía erguida, las cadenas que la sometían, el silencio, su refugio, seguramente contribuían a ello, como también el constante espectáculo de las jóvenes entregadas como ella, e incluso cuando no se entregaban, de su cuerpo constantemente accesible. El espectáculo, pero también la conciencia de su propio cuerpo. Todos los días, mancillada por así decirlo ritualmente de saliva y de esperma, de sudor mezclado con su propio sudor, se sentía literalmente receptáculo de las impurezas, la cloaca de la que hablan las escrituras. Y, no obstante, las partes de su cuerpo más ofendidas, dotadas ahora de mayor sensibilidad, le parecían embellecidas y hasta ennoblecidas: su boca recibiendo miembros anónimos, las puntas de sus pechos que manos extrañas rozaban constantemente y, entre sus muslos abiertos, los caminos de su vientre, rutas holladas a placer. Asombra que, al ser prostituida, ganara en dignidad y, sin embargo, así era. Una dignidad que parecía iluminarla desde dentro y en su porte se veía la calma, en su rostro la serenidad y la imperceptible sonrisa interior que se adivina en los ojos de las reclusas.

Cuando René le dijo que la dejaba, era ya de noche. O estaba desnuda en su celda, esperando que fueran a buscarla para llevarla al refectorio. Su amante vestía traje de ciudad. Cuando la abrazó, el tweed de su americana le rascó la punta de los pechos. La besó, la tendió en la cama, se echó a su lado y, lenta y suavemente, la poseyó, yendo y viniendo en las dos vías que se le ofrecían, pare derramarse finalmente en su boca que después volvió a besar. -antes de partir quisiera hacerte azotar. Y esta vez quiero preguntártelo. ¿Aceptas? – Ella aceptó-. Te quiero –repitió él-. Llama a Pierre. Ella tocó el timbre. Pierre le encadenó las manos sobre la cabeza. Cuando estuvo encadenada, su amante volvió a besarla, de pie encima de la cama, le repitió que la quería, luego bajó de la cama e hizo una señal a Pierre. La miró debatirse en vano, oyó cómo sus gemidos de convertían en gritos. Cuando se la saltaron las lágrimas, despidió a Pierre, la acostó y se fue. Decir que, en el mismo instante en que su amante se fue, O empezó a esperarle es decir poco: desde aquel momento ella no fue más que espera y noche. Durante el día, era como una figura pintada de piel suave y boca dócil que se mantenía constantemente con la vista baja. Fue sólo entonces cuando observó estrictamente la regla. Encendía y alimentaba el fuego, preparaba y servía el café, escanciaba los licores, encendía cigarrillos, arreglaba las flores y doblaba los periódicos

como una jovencita bien educada en el salón de sus padres, tan límpida con gran escote, su gargantilla de cuero, su corsé ceñido y sus pulseras de prisionera; bastaba que los hombres a los que servía le ordenaran que se quedara a su lado cuando violaban a alguna otra muchacha para querer violarla a ella también. Seguramente por eso la maltrataban más que antes. ¿Había cometido alguna falta o la había dejado allí su amante precisamente para que aquellos a quienes la prestaba dispusieran de ella con mayor libertad? Dos días después de su marcha, al anochecer, cuando, después de quitarse la ropa, miraba en el espejo del cuarto de baño las señales de la fusta de Pierre que iban borrándose de sus muslos, entró Pierre. Faltaban aún dos horas para la cena. Le dijo que aquella noche no cenaría en el comedor y le ordenó que se preparara, señalándole el asiento a la turca en el que ella tuvo que ponerse en cuclillas, tal como Jeanne le dijo que debería hacer delante de Pierre. Mientras estuvo sentada en él, el criado no dejó de mirarla. Ella lo veía en el espejo y se veía también a sí misma, sin poder retener el líquido que salía de su cuerpo. El hombre esperó mientras ella se bañaba y maquillaba. Iba a sacar las chinelas y la capa roja cuando él la detuvo con un ademán y, atándole las manos a la espalda, le dijo que no hacía falta y que le esperara un instante. Ella se sentó al borde de la cama. Afuera, había una tormenta con viento frío y lluvia, y el álamo que crecía junto a la ventana se inclinaba y se enderezaba al capricho de las ráfagas. De vez en cuando, las hojas pálidas y mojadas azotaban los cristales, Era ya noche cerrada, a pesar de que aún no habían dado las siete; pero el otoño estaba ya muy avanzado y los días eran cortos.

Pierre volvió a entrar llevando en la mano la venda con que le taparon los ojos la primera noche. Traía también una cadena que tintineaba, parecida a la de la pared. Le pareció a O que vacilaba, dudando entre qué ponerle primero si la venda o las cadenas. Ella miraba la lluvia, indiferente a lo que quisieran de ella, pensando únicamente que René había dicho que volvería, que tendría que esperar aún cinco días y cinco noches y que no sabía dónde estaba ni si estaba solo y, si no lo estaba, con quién. Pero él volvería. Pierre había dejado la cadena encima de la cama y, sin distraer a O de sus ensueños, le vendó los ojos. La venda era de terciopelo negro, guateada sobre las órbitas y se ajustaba perfectamente a los pómulos: imposible abrir los párpados ni atisbar nada. Bendita noche, parecida a su propia noche; nunca la acogió O con tanta alegría. Benditas cadenas que la liberaban de sí misma. Pierre enganchó la cadena a la anilla del collar y le rogó que le acompañara. Ella se levantó, sintió que tiraban de ella hacia delante y empezó a andar. Sus pies descalzos se helaron sobre las baldosas y compendió que avanzaban por el corredor del ala roja. Después, el suelo se hizo más áspero aunque no menos frío: seguramente, losas de piedra, gres o granito. El criado la obligó a detenerse dos veces, y ella oyó girar una llave en una cerradura que se abría y volvía a cerrarse. -Cuidado con los escalones –dijo Pierre. Ella empezó a bajar una escalera, tropezó, y Pierre la sostuvo entre sus brazos. Nunca la había tocado más que para encadenarla o azotarla, pero ahora la tendía en los fríos escalones, a los que ella se agarraba como podía con las manos atadas para no resbalar, y le cogía los pechos. Su boca iba de uno a otro y ella sentía el peso de su cuerpo que se apoyaba en ella sentía el peso de su cuerpo que se apoyaba en ella y luego se erguía lentamente. No la levantó del suelo hasta que estuvo satisfecho. Húmeda y temblando de frío, ella acabó de bajar la escalera y oyó que se abría otra puerta por la que entró, y entonces sintió bajo los pies una gruesa alfombra. Un tirón de la cadena, y las manos de Pierre le soltaron las manos y le quitaron la venda: estaba en una habitación redonda, abovedada, muy pequeña y muy baja. Las paredes y la bóveda eran de piedra, sin revestimiento. La cadena que llevaba

sujeta al cuello estaba enganchada a una anilla clavada en la pared a un metro de altura, frente a la puerta, y no le permitía dar más que dos pasos hacia delante. No había cama ni nada que se le pareciera, ni manta, sólo tres o cuatro almohadones estilo marroquí, pero estaban fuera de su alcance, y era evidente que no estaban destinados a ella. En cambio, a su alcance había un hueco en la pared del que provenía la escasa luz que iluminaba la pieza e en el que alguien había dispuesto una bandeja de madera con agua, fruta y pan. El calor de los radiadores, empotrados en el zócalo, no bastaba. Ponerla, de pie encima de la cama, le repitió que la quería, luego bajó de la cama e hizo una señal a Pierre. La miró debatirse en vano, oyó cómo sus gemidos de convertían en gritos. Cuando se la saltaron las lágrimas, despidió a Pierre. Ella aún tuvo fuerzas para decir que lo quería. Entonces él besó su rostro empapado y su boca jadeante, la desató, la acostó y se fue. Decir que, en el mismo instante en que su amante se fue, O empezó a esperarle es decir poco: desde aquel momento ella no fue más que espera y noche. Durante el día, era como una figura pintada de piel suave y boca dócil que se mantenía constantemente con la vista baja. Fue sólo entonces cuando observó estrictamente la regla. Encendía y alimentaba el fuego, preparaba y servía el café, escanciaba los licores, encendía cigarrillos, arreglaba las flores y doblaba los periódicos como una jovencita bien educada en el salón de sus padres, tan límpida con gran escote, su gargantilla de cuero, su corsé ceñido y sus pulseras de prisionera; bastaba que los hombres a los que servía le ordenaran que se quedara a su lado cuando violaban a alguna otra muchacha para querer violarla a ella también. Seguramente por eso la maltrataban más que antes. ¿Había cometido alguna falta o la había dejado allí su amante precisamente para que aquellos a quienes la prestaba dispusieran de ella con mayor libertad? Dos días después de su marcha, al anochecer, cuando, después de quitarse la ropa, miraba en el espejo del cuarto de baño las señales de la fusta de Pierre que iban borrándose de sus muslos, entró Pierre. Faltaban aún dos horas para la cena. Le dijo que aquella noche no cenaría en el comedor y le ordenó que se preparara, señalándole el asiento a la turca en el que ella tuvo que ponerse en cuclillas, tal como Jeanne le dijo que debería hacer delante de Pierre. Mientras estuvo sentada en él, el criado no dejó de mirarla. Ella lo veía en el espejo y se veía también a sí misma, sin poder retener el líquido que salía de su cuerpo. El hombre esperó mientras ella se bañaba y maquillaba. Iba a sacar las chinelas y la capa roja cuando él la detuvo con un ademán y, atándole las manos a la espalda, le dijo que no hacía falta y que le esperara un instante, Ella se sentó al borde de la cama. Afuera, había una tormenta con viento frío y lluvia, y el álamo que crecía junto a la ventana se inclinaba y se enderezaba al capricho de las ráfagas. De vez en cuando, las hojas pálidas y mojadas azotaban los cristales, Era ya noche cerrada, a pesar de que aún no habían dado las siete; pero el otoño estaba ya muy avanzado y los días eran cortos.

Pierre volvió a entrar llevando en la mano la venda con que le taparon los ojos la primera noche. Traía también una cadena que tintineaba, parecida a la de la pared. Le pareció a O que vacilaba, dudando entre qué ponerle primero si la venda o las cadenas. Ella miraba la lluvia, indiferente a lo que quisieran de ella, pensando únicamente que René había dicho que volvería, que tendría que esperar aún cinco días y cinco noches y que no sabía dónde estaba ni si estaba solo y, enganchó la cadena a la anilla del collar y le rogó que le acompañara. Ella se levantó, sintió que tiraban de ella hacia delante y empezó a andar. Sus pies descalzos se helaron sobre las baldosas y compendió que avanzaban por el corredor del ala roja. Después, el suelo se hizo más áspero aunque no menos frío: seguramente, losas de piedra, gres o granito. El criado la obligó a detenerse dos veces, y ella oyó girar una llave

en una cerradura que se abría y volvía a cerrarse. -Cuidado con los escalones –dijo Pierre. Ella empezó a bajar una escalera, tropezó, y Pierre la sostuvo entre sus brazos. Nunca la había tocado más que para encadenarla o azotarla, pero ahora la tendía en los fríos escalones, a los que ella se agarraba como podía con las manos atadas para no resbalar, y le cogía los pechos. Su boca iba de uno a otro y ella sentía el peso de su cuerpo que se apoyaba en ella sentía el peso de su cuerpo que se apoyaba en ella y luego se erguía lentamente. No la levantó del suelo hasta que estuvo satisfecho. Húmeda y temblando de frío, ella acabó de bajar la escalera y oyó que se abría otra puerta por la que entró, y entonces sintió bajo los pies una gruesa alfombra. Un tirón de la cadena, y las manos de Pierre le soltaron las manos y le quitaron la venda: estaba en una habitación redonda, abovedada, muy pequeña y muy baja. Las paredes y la bóveda eran de piedra, sin revestimiento. La cadena que llevaba sujeta al cuello estaba enganchada a una anilla clavada en la pared a un metro de altura, frente a la puerta, y no le permitía dar más que dos pasos hacia delante. No había cama ni nada que se le pareciera, ni manta, sólo tres o cuatro almohadones estilo marroquí, pero estaban fuera de su alcance, y era evidente que no estaban destinados a ella. En cambio, a su alcance había un hueco en la pared del que provenía la escasa luz que iluminaba la pieza e en el que alguien había dispuesto una bandeja de madera con agua, fruta y pan. El calor de los radiadores, empotrados en el zócalo, no bastaba para disipar el olor a tierra y humedad, olor de las antiguas prisiones y de las mazmorras de los castillos. En aquella cálida penumbra a la que no llegaba ruido alguno, O pronto perdió la noción del tiempo. No había día ni noche, y nunca se apagaba la luz. Pierre o cualquier otro criado, traía más agua, pan y fruta cuando se terminaba lo que había en la bandeja y la llevaba a que se bañara a un reducto contiguo. Ella nunca vio a los hombres que entraban, porque previamente un criado le vendaba los ojos y no le quitaba la venda hasta que se habían ido. También perdió la cuenta de sus visitantes, y ni sus suaves manos ni sus labios, que acariciaban a ciegas, supieron nunca a quién tocaban. A veces eran varios, pero casi siempre uno solo. Antes de que se acercaran a ella, tenía que arrodillarse de cara a la pared, la anilla del collar enganchada al mismo pitón que sujetaba la cadena, para que la azotara. Ponía la palma de las manos en la pared y apoyaba en el dorso su rostro para que la piedra no la arañara; pero no podía evitar las desolladuras en las rodillas y los pechos. También perdió la cuenta de los suplicios y de sus gritos, ahogados por la bóveda. Esperaba. De pronto, el tiempo dejó de estar inmóvil. En su noche de terciopelo, alguien desenganchaba la cadena. Había esperado tres meses, tres días, diez días o diez años. Sintió que la envolvían en una tela gruesa y que alguien la levantaba en brazos. Se encontró en su celda, acostada bajo la manta negra; era poco después de mediodía, tenía los ojos abiertos, las manos libres, y René, sentado a su lado, le acariciaba el cabello. -Tienes que vestirte –le dijo-. Nos vamos. Ella tomó su último baño, y él le cepilló el pelo y le sostuvo la polvera y el lápiz de labios. Cuando volvió a la celda, encima de la cama encontró su traje chaqueta, su blusa, su combinación, sus medias, su bolso y sus guantes. Estaba hasta el abrigo que se ponía encima del traje chaqueta cuando empezaba a hacer frío y un pañuelo de seda para el cuello; pero ni slip ni liguero. Ella se vistió lentamente, enrollándose las medias encima de las rodillas y no se puso la chaqueta porque en la celda hacía mucho calor. En aquel momento, entró el hombreal dedo anular de su mano izquierda. Eran unas extrañas sortijas de hierro, rodeadas por una anilla de oro en su interior cuyo engaste, ancho y pesado, como el engaste de un anillo, pero algo mas abultado, llevaba incrustado en oro, el dibujo de una especie de rueda de tres radios, en forma de espiral, parecida a la rueda solar de los celtas. La segunda que se probó, forzándola un poco, se ajustaba perfectamente. Le pesaba, y el

oro brillaba veladamente entre el gris mate del hierro pulido. ¿Por qué el hierro, por qué el oro y aquel signo que ella no comprendía? No le era posible hablar en aquella habitación tapizada de rojo, en la que de la pared todavía colgaba la cadena a la cabecera de la cama, en la que todavía estaba la manta negra, arrugada en el suelo, en la que en cualquier momento podía entrar Pierre, el criado, absurdo con su uniforme de opereta, a la luz brumosa de o que Jeanne dijo era la clausura y que ya no guardaba criados ni perros. Apartó uno de los cortinajes de terciopelo verde y salieron. La cortina volvió a caer.

Oyeron el chasquido de la verja. Estaban solos en otra antecámara que salía al parque. No tenían más que bajar la escalinata ente la que esperaba el coche. Ella se sentó al lado de su amante que empuñó el volante y arrancó. Salieron del parque por la verja abierta de par en par y, después de recorrer unos centenares de metros, él detuvo el coche para darle un beso. Estaban a la entrada de un pueblo pequeño y apacible que luego cruzaron. O pudo leer el nombre del lugar en un indicador: Roissy.

## Capítulo 2º Sir Stephen

El apartamento que ocupaba O estaba en la isla de San Luis, en el último piso de una vieja casa orientada al Sur, mirando al Sena. Las habitaciones eran abuhardilladas, amplias y bajas, y las de la fachada, que eran dos, tenían balcones practicados en el tejado. Una era el dormitorio de O y la otra, en la que del suelo al techo, unas estanterías de libros enmarcaban la chimenea, hacía las veces de salón, de despacho y hasta de dormitorio, si era preciso; tenía un gran sofá frente a os dos balcones y, delante de la chimeneas, una gran mesa antigua. Allí se comía también cuando el comedorcito, tapizado de sarga verde oscuro y con ventanas a un patio Interior, resultaba realmente demasiado pequeño para el número de comensales. Había otra habitación, también con ventanas al patio, que René utilizaba como vestidor. O compartía con él el cuarto de baño, amarillo. La cocina, amarilla también, era minúscula. Una asistenta iba todos los días a hacer la limpieza. Las habitaciones que daban al patio estaban pavimentadas con baldosas rojas hexagonales, como las que se encuentran, a partir del segundo piso, en las escaleras de los viejos edificios de París. Al verlas, O tuvo un sobresalto: eran iguales a las de los pasillos de Roissy. Su habitación era pequeña, las cortinas de cretona rosa y negra estaban corridas, el fuego brillaba tras la tela metálica del guardafuegos, la cama estaba preparada. -Te he comprado un camisón de nylon -dijo René-. No tenías ninguno. Un camisón de nylon blanco, plisado, ceñido y fino como las vestiduras de las estatuillas egipcias, y casi transparente, estaba dispuesto al borde de la cama, en el lado de O. Se ajustaba a la cintura con una fina tira que se anudaba sobre unos frunces elásticos, y el punto de nylon era tan fino que los pechos se transparentaban color de rosa. Todo, salvo las cortinas, el panel tapizado de la misma tela contra el que se apoyaba la cabecera de la cama y los dos silloncitos bajos, recubiertos también de la misma cretona, todo era blanco: las paredes, la colcha guateada, extendida sobre la cama con columnas de caoba, y que su sumisión estaba por encima de toda prueba. Pero tal vez sí se daba cuenta y, si quería recalcarlo, era porque le producía un gran placer. Ella miraba el fuego mientras él hablaba, pero él no, pues no se atrevía a encontrarse con su mirada. El paseaba por la habitación. De pronto, le dijo que, para escucharle, debía separar las rodillas y abrir los brazos; y es que ella estaba sentada con las rodillas juntas y abrazándose. Entonces, levantó el borde del camisón y se sentó sobre sus talones, como las carmelitas o las japonesas, y esperó, entre los muslos sentía el agudo cosquilleo de la piel blanca que

cubría el suelo. El insistió: no había abierto las piernas lo suficiente. La palabra <<abre>> y la expresión << abre las piernas>> adquirían en la boca de su amante tanta turbación y fuerza que ella las oía siempre con una especie de prosternación interior, de rendida sumisión, como si hubiera hablado un dios. Quedó, pues, inmóvil y sus manos, con las palmas hacia arriba, descansaban a cada lado de sus rodillas entre las que la tela del camisón, extendida a su alrededor, volvía a formar pliegues. Lo que su amante quería de ella era muy simple: que estuviera accesible de un modo constante e inmediato. No le bastaba saber que lo estaba; quería que lo estuviera sin el menor obstáculo y que tanto su actitud como su manera de vestir así lo advirtieran a los iniciados.

Esto quería decir, prosiguió él, dos cosas: la primera, que ella ya sabía, puesto que se lo habían explicado la noche de su llegada al castillo, era la de que nunca debía cruzar las piernas y debía mantener siempre los labios entreabiertos. Seguramente, ella creía que esto no tenía importancia (y así lo creía, en efecto); sin embargo, pronto descubriría que, para observar esta disciplina, tenía que poner una atención constante que le recordaría, en el secreto compartido entre ellos y acaso con alguna otra persona, durante sus ocupaciones ordinarias y rodeada de toda aquella gente ajena al secreto, la realidad de su condición. En cuanto a su ropa, debería elegirla o, en caso necesario, inventarla con el fin de perpetuar aquella semi-desnudez que la había sometido en el coche que los llevaba a Roissy. Al día siguiente, ella escogería en sus armarios y cajones los vestidos y la ropa interior, y descartaría absolutamente todos los slips y los sujetadores parecidos a aquél cuyos tirantes había tenido que cortar él para quitárselo, las combinaciones cuyo cuerpo le cubriera los pechos, las blusas y los vestidos que no se abrochasen por delante y las faldas que fueran demasiado estrechas para que pudiera levantarlas con un solo movimiento. Que encargara otros sujetadores, otras blusas y otros vestidos. Hasta entonces, ¿tendría que ir con los senos desnudos bajo la blusa o el jersey? Pues sí, iría con los pechos desnudos. Si alguien lo notara, ella podría explicarlo como mejor le pareciera, o no dar explicación alguna, era asunto suyo. En cuanto a las demás cosas que él debía enseñarle, prefería esperar unos días y deseaba que, para escucharlo, ella estuviera vestida como él quería. En el cajoncito del escritorio, encontraría todo el dinero que necesitara. Cuando él acabó de hablar, ella murmuró <<te quiero>> sin el menor gesto.

Fue él quien echó más leña al fuego y encendió la lámpara de la masita de noche, que era de opalina rosa. Entonces, dijo a O que se acostara y lo esperase, que dormiría con ella. Cuando él volvió a entrar en la habitación, O alargó la mano para apagar la luz. Era la mano izquierda y lo último que vio antes de que se hiciera la oscuridad fue el brillo apagado de su sortija de hierro. Estaba a medias recostada de lado, y en aquel mismo instante su amante la llamaba por su nombre en voz baja y, tomándola por el vientre, la atraía hacia sí. Al día siguiente, O, sola, en bata, acababa de almorzar en el comedor verde –René se había ido temprano y no volvería hasta la noche, para llevarla a cenar-, cuando sonó el teléfono. El aparato estaba en el dormitorio, a la cabecera de la cama, al lado de la lámpara. O se sentó en el suelo y descolgó. Era René, quien quería saber si la asistenta se había marchado. Sí, acababa de irse, después de servir el desayuno, y no volvería hasta el día siguiente por la mañana. -¿Has empezado ya a escoger la ropa? -preguntó René. -Ahora iba a hacerlo –respondió ella-. Pero me he levantado tarde, me he bañado y no he estado lista hasta mediodía. -¿Estás vestida? -No. Estoy en camisón y bata. -Deja el teléfono y quítate la bata y el camisón.

O le obedeció, tan nerviosa que el aparato resbaló de la cama donde lo había dejado y cayó sobre la alfombra blanca. Temió que se hubiera cortado la comunicación. No, no se había cortado. -¿Estás desnuda? –preguntó René. -Sí – contestó a su pregunta y se limitó a añadir: -¿Llevas el anillo? Ella lo llevaba. Entonces, él le dijo que permaneciera como estaba hasta que él volviera y que así preparase la maleta con la ropa de la que tenía que deshacerse. Luego colgó. Era más de la una y hacía buen tiempo. Un rayo de sol iluminaba, sobre la alfombra, el camisón blanco y la bata de pana verde pálido como las cáscaras de las almendras tiernas que O había dejado caer. Los recogió y los llevó al cuarto de baño, para guardarlos en el armario. Al pasar, uno de los espejos adosados a una puerta, que, con un lienzo de pared y otra puerta igualmente recubierta de espejo, formaba un gran espejo de tres cuerpos, le devolvió bruscamente su imagen: no llevaba nada más que sus chinelas de piel, verde como la bata –apenas más oscuras que las que se ponía en Roissy- y la sortija. No llevaba collar ni pulseras de piel, estaba sola, sin más espectadores que ella misma. Y, sin embargo, nunca se sintió más sometida a una voluntad que no era la suya, más esclava ni más feliz de serlo.

Cada vez que se agachaba para abrir un cajón, veía estremecerse levemente sus pechos. Tardó casi dos horas en disponer sobre la cama toda la ropa que después debería meter en la maleta. Con los slips, por descontado, hizo un pequeño montón al lado de una de las columnas. Sostenes no podría aprovechar ni uno solo: todos se cruzaban en la espalda y se abrochaban a los lados. De todos modos, ideó la forma en que podría mandar hacer el mismo modelo, poniendo el cierre delante, bajo el surco que formaban los senos. Los cinturones tampoco ofrecieron dificultades, pero ella se resistía a desechar el corpiño de satén de brocado rosa con cordones en la espalda, tan parecido al corsé que llevaba en Roissy. Lo dejó a un lado, encima de la cómoda. Que decidiera René. Y que decidiera también lo que tenía que hacer con los jersey, todos cerrados a ras de cuello y que se ponían por la cabeza. Pero podían subirse a partir de la cintura para descubrir los senos. También las combinaciones quedaron amontonadas encima de la cama. En el cajón de la cómoda no guardó más que una enagua bajera de faya negra, con un volante plisado y pequeñas puntillas de Valenciennes, que llevaba debajo de una falda en pliegues soleil de una lana negra tan fina que se transparentaba. Necesitaría más enaguas bajas, claras y cortas. Comprendió que tendría que renunciar a llevar vestidos estrechos o bien elegir modelos que se abrocharan de arriba abajo y encargar ropa interior que se abriera al mismo tiempo que el vestido. Lo de las enaguas era fácil de arreglar y lo de los vestidos, también, pero, ¿qué diría su lencera sobre la ropa interior abierta? Le explicaría que quería un forro de quita y pon porque era muy friolera. Y lo era realmente. De pronto, se preguntó cómo iba a soportar el frío de la calle en invierno, tan desabrigada. Cuando hubo terminado y de su vestuario no decidió conservar más que los vestidos camiseros, todos abrochados por delante, la falda negra, los abrigos, naturalmente, y el traje chaqueta que llevaba a su regreso de Roissy, fue a preparar el té. En la cocina, subió el termostato de la calefacción; la asistenta no había llenado el cesto del salón con leños para la chimenea, y O sabía que a su amante le gustaría encontrarla junto al fuego cuando volviera por la noche. Llenó el cesto con leños de los que guardaba en el cofre del pasillo, lo llevó al salón y encendió el fuego. Y así, acurrucada en un butacón, con la bandeja del té a su lado, esperó su vuelta, pero esta vez le esperaba, tal como él le había ordenado, desnuda. La primera dificultad que se le presentó a O fue en su trabajo. Dificultad es mucho decir. Asombro sería la palabra más apropiada. O trabajaba en el servicio de moda de una agencia fotográfica. Lo cual quiere decir que, en el estudio,

tenía que retratar a las mujeres más exóticas y más atractivas que elegían los modistas para presentar sus modelos, en sesiones de veras hora. Causó extrañeza que O prolongara sus vacaciones hasta tan entrado el otoño y que se ausentara precisamente en la época de mayor actividad, cuando iba a salir la nueva moda. Pero esto era lo de menos. Mayor asombro causó que hubiera cambiado tanto. A primera vista, no se sabía en qué había cambiado, pero se la notaba distinta y, cuanto más se la observaba, más evidente se hacía el cambio.

Caminaba más erguida, tenía la mirada más clara y lo que más llamaba la atención era la perfección de su inmovilidad y la armonía de sus ademanes. Siempre había vestido con sobriedad, como visten las mujeres que trabajan cuando su trabajo se parece al de los hombres; pero por más que tratara de disimular, dado que las otras mujeres, que constituían el objeto de su trabajo, tenían por ocupación, y por vocación, el atuendo, no tardaron en advertir lo que a otros ojos hubiera pasado inadvertido. Los jerseys que O llevaba directamente sobre la piel, bajo los que se dibujaba con suavidad el contorno de los senos – finalmente, René había autorizado los jerseys- y las faldas plisadas que se arremolinaban con facilidad, llegaron a adquirir la apariencia de un discreto uniforme.

-Un estilo muy de niña – le dijo un día con aire burlón una maniquí rubia de ojos verdes, que tenía los pómulos salientes y la piel oscura de los eslavos. Pero hace mal en llevar ligas redondas. Se estropeará las piernas. Y es que O, sin darse cuenta, se había sentado, girándose bruscamente, en el brazo de una butaca de cuero, y la falda se le había subido. La muchacha vio fugazmente la piel desnuda del muslo encima de la media enrollada que terminaba más allá de la rodilla. O la vio sonreír de un modo extraño y se preguntó qué habría pensado o tal vez comprendido. Se estiró las medias, una tras otra, para tensarlas más aún, lo cual era más difícil que con un liguero normal y respondió a Jacqueline, como justificándose: -Es práctico. -¿práctico para qué? -No me gustan los ligeros –respondió O. Pero Jacqueline no la escuchaba. Estaba mirando la sortija de hierro. En varios días, O hizo de Jacqueline unos cincuenta clisés. No se parecían a los que había hecho hasta entonces. Y es que, tal vez, nunca había tenido semejante modelo. Lo cierto es que nunca había sabido sacar de un rostro o de un cuerpo tan conmovedor significado. Y, en realidad, no se trataba más que de dar mayor realce a las sedas, las pieles y los encajes con aquella súbita hermosura de hada sorprendida ante el espejo que adquiriría Jacqueline tanto con la blusa más sencilla como con el más suntuoso abrigo de visón. Tenía el cabello corto, rubio y espeso, ligeramente ondulado. Ala menor indicación, inclinaba ligeramente la cabeza hacia el hombro izquierdo y apoyaba la mejilla en el cuello levantado de su abrigo de piel, si llevaba abrigo de piel. O la retrató una vez en esta actitud, sonriente y dulce, con el cabello ligeramente levantado como por el viento y su delicado pómulo acariciado por el visón azul, gris y suave como la ceniza reciente de la leña. Tenía los labios entreabiertos y entornaba los ojos. Bajo el brillo acuoso y glaseado de la foto. Parecía una belleza ahogada, plácida, feliz y pálida, muy pálida. O mandó hacer la prueba en un tono gris muy tenue. Pero había hecho de Jacqueline otra foto que la trastornaba aún más: a contraluz, con los hombros desnudos, un velo negro, de malla ancha ciñéndole la cabeza y la cara, terminada por arriba por una absurda doble pluma de pavo, cuya pelusa impalpable la coronaba como humo; llevaba un inmenso vestido de grueso brocado de seda, rojo como un vestido de novia de la Edad Media, que le llegaba hasta los pies, de amplia falda, ceñido a la cintura y cuyo armazón le realzaba el pecho. Era lo que los modistas llaman un vestido de gala, algo que nadie lleva nunca. Las sandalias, de tacón muy alto, también eran de seda roja. Y,



mientras Jacqueline estuvo delante de O con aquel vestido, aquellas sandalias y aquel velo, que era como la premonición de una máscara, O completaba mentalmente el modelo: tan poco era lo que hacía falta – el talle más ceñido, los senos más descubiertos-, y sería igual al vestido que llevaba Jeanne en Roissy, la seda gruesa, lisa, crujiente, la seda que levantas con la mano cuando te dicen... Y Jacqueline la levantaba, para bajar de la plataforma en la que había estado posando durante un cuarto de hora. El mismo murmullo, el mismo crujido de hojas secas. ¿Qué nadie lleva esos vestidos de gala? Ah, sí. Y Jacqueline también llevaba al cuello una gargantilla de oro y pulseras de oro en las muñecas. O pensó que estaría mas hermosa con gargantilla y pulseras de cuero. Y aquel día hizo algo que no había hecho nunca: siguió a Jacqueline al vestuario contiguo al estudio en el que las modelos se maquillaban y dejaban la ropa cuando salían. Se quedó apoyada en el marco de la puerta, con los ojos fijos en el espejo del tocador ante el que se había sentado Jacqueline, todavía con el vestido rojo. El espejo era tan grande –ocupaba toda la pared del fondo, y el tocador era una simple place de vidrio negro- que O veía en él a un tiempo a Jacqueline, a sí misma y a la encargada del vestuario que estaba quitándole las plumas y el velo de tul. Jacqueline se desabrochó ella misma el collar, con sus brazos desnudos levantados como dos asas; el sudor brillaba levemente en sus axilas depiladas (<<¿por qué? – se dijo O.; qué lástima, con lo rubia que es>>), y O percibió su olor acre y fino, un poco vegetal, y se preguntó qué perfume debería usar Jacqueline, qué perfume habría que hacer usar a Jacqueline.

Jacqueline se quitó después las pulseras y las dejó encima del cristal, en el que tintinearón como cadenas. Tenía el cabello tan rubio que su piel parecía más oscura, mate y dorada como la arena al retirarse la marea. En la foto, la seda roja será negra, En aquel momento, las gruesas cejas de Jacqueline que ella no maquillaba sino a regañadientes, se alzaron y O tropezó en el espejo con su mirada, tan franca e inmóvil que, sin poder apartar la suya, se sintió sonrojar lentamente. Esto fue todo. -Perdone –dijo Jacqueline-, tengo que cambiarme. -Perdón – murmuró O cerrando la puerta.

Al día siguiente, se llevó a su casa las pruebas de los clisés que había sacado la víspera, sin saber si quería o no enseñárselos a su amante, con el que debía cenar fuera. Mientras se maquillaba, delante del tocador de su cuarto, las miraba y se interrumpía para seguir con el dedo, sobre la foto, la línea de una ceja o de una sonrisa. Pero, al oír el ruido de la llave en la cerradura de la puerta de entrada, las guardó en el cajón. Hacía dos semanas que O estaba completamente equipada y aún no se había acostumbrado a estarlo cuando, una tarde, al volver del estudio, encontró una nota de su amante en la que él le rogaba que estuviera arreglada a las ocho para salir a cenar con él y con un amigo. Un coche iría a recogerla y el chófer subiría a buscarla. En la posdata puntualizaba que debía llevar la chaqueta de piel y vestirse totalmente de negro (<<totalmente>> subrayado) y maquillarse y perfumarse como en Roissy. Eran las seis. Totalmente de negro y para cenar. Era diciembre y hacía frío, de manera que tendría que ponerse medias de nylon negras, guantes negros, la falda plisada en abanico y un grueso jersey bordado de lentejuelas o el justillo de faya. Optó por el justillo que era respunteado y se abrochaba desde el cuello hasta el talle, ceñido como los severos jubones masculinos del siglo XVI y, al llevar el sostén incorporado, le dibujaba perfectamente el busto. Estaba forrado de faya y el faldón le llegaba a la cadera. Sólo la animaban unos grandes broches dorados, parecidos a esos grandes corchetes que llevan las botas de nieve de los niños y que chasquean al abrirse y cerrarse sobre las grandes anillas planas, A O le resultaba extraño, una vez hubo preparado la ropa sobre la cama a cuyo pie

dejó los zapatos de ante negro, con fino tacón de aguja, verse, sola y libre, esmerándose en arreglarse y perfumarse como en Roissy. Los cosméticos que tenía en su casa no eran los que se utilizaban allí. En el cajón del tocador encontró colorete –nunca se lo ponía- que ahora utilizó para teñirse la aureola de los senos. Apenas se veía el color en el momento de aplicarlo, pero después se oscurecía. Le pareció que se habría puesto demasiado, se lo quitó un poco con alcohol –costaba trabajo quitarlo- y volvió a empezar: un oscuro rosa tipo peonía floreció en la punta de sus senos. En vano trató de teñir del mismo color los labios inferiores, ocultos por el vello del pubis; en ellos no quedaba fijo. Por fin, entre los lápices de labios, encontró un rojo permanente que no le gustaba usar porque era demasiado seco e indeleble.

Allí, iría bien, se arregló el cabello, la cara y se perfumó. René le había regalado, en un vaporizador que lo proyectaba en espesa bruma, un perfume cuyo nombre ella ignoraba y que olía a bosque seco y a planta de marisma, áspero y silvestre. Sobre la piel la bruma se diluía y se deslizaba sobre el vello de las axilas y del vientre, se fijaba en finas gotas minúsculas. En Roissy había aprendido O la lentitud: se perfumó tres veces dejando secar el perfume cada vez. Primero se puso las medias y los zapatos de tacón alto, después la enagua, la falda y, por último, el jubón, se calzó los guantes y cogió el bolso. Dentro del bolso llevaba la polvera, la barra de labios, un peine, la llave y mil francos. Con los guantes puestos, sacó del armario la chaqueta de piel y miró la hora en el reloj de la masita de noche: eran las ocho menos cuarto. Se sentó en el borde de la cama y, con los ojos fijos en el despertador, esperó inmóvil a que sonara el timbre. Cuando al fin lo oyó y se levantó para salir, en el espejo del tocador, antes de apagar la luz, vio su mirada audaz. Dulce y dócil. Cuando empujó la puerta de pequeño restaurante italiano en el que el coche la dejó, la primera persona a la que vio en el bar fue a René. El le sonrió con ternura, le tomó una mano y, volviéndose hacia una especie de atleta de pelo gris, le presentó, en inglés, a Sir Stephen H. Le ofrecieron un taburete situado entre los dos y, cuando iba a sentarse, René le dijo en voz baja que procurase no arrugarse la falda. El la ayudó a deslizarse sobre el taburete cuyo frío cuero sintió ella en la piel y, entre los muslos, el borde metálico, pues no se atrevía a sentarse más que a medias, por temor a ceder a la tentación de cruzar las piernas si se sentaba del todo. La falda se desparramaba a su alrededor. El tacón derecho se enganchó en uno de los barrotes del taburete y la punta del pie izquierdo se apoyaba en el suelo.

El inglés, quien se había inclinado ante ella sin decir palabra, no le quitaba la vista de encima. Ella observó que le miraba las rodillas, las manos y por último los labios, pero tan tranquilamente y con una atención tan pertinaz y precisa que O tuvo la impresión de que era sopesada y juzgada como el instrumento que ella sabía que era, y, como obligada por aquella mirada, casi a pesar suyo se quitó los guantes: sabía que él hablaría cuando ella tuviera las manos desnudas –porque sus manos eran especiales, parecían más de hombre que de mujer y porque en el anular de la izquierda llevaba la sortija de acero con la triple espiral de oro-. Pero no; no dijo nada. Sólo sonrió: había visto la sortija. René bebía un Martini y Sir Stephen, whisky. El terminó lentamente su whisky y esperó a que René bebiera su segundo Martini y O, el zumo de pomelo que René había pedido para ella mientras le explicaba que, si ella no tenía inconveniente, podrían cenar en el comedor del sótano que era más pequeño y más tranquilo que el situado en la planta baja, a continuación del bar.

-Desde luego –dijo O, cogiendo el bolso y los guantes que dejara en la barra. Entonces, para ayudarla a bajar del taburete, Sir Stephen le tendió la mano derecha en la que ella puso la suya, y las primeras palabras que le dirigió fueron para comentar que sus manos parecían hechas para llevar hierro, que los hierros le sentaban muy bien. Pero se lo dijo en inglés, lo cual daba lugar a un ligero equívoco, ya que tanto podía referirse al metal como, lo que era más probable, a las cadenas. En el comedor del sótano, que era una simple bodega encalada, pero fresca y alegre, no había, efectivamente, más que cuatro mesas de las que sólo una estaba ocupada por unos clientes que ya acababan de cenar. En las paredes estaba pintado un mapa gastronómico y turístico de Italia con colores suaves como los de los helados de vainilla, fresa o caramelo, Ello hizo pensar a O que de postre pediría helado, con almendra picada y nata. Se sentía feliz y ligera. La rodilla de René rozaba la suya por debajo de la mesa y, cuando hablaba, ella sabía que hablaba para ella. El también le miraba los labios. Le permitieron tomar el helado, pero no café. Sir Stephen los invitó a los dos a tomar café en su casa. Habían cenado muy frugalmente, y O observó que casi no habían bebido ni la habían dejado beber: media botella de Chianti para los tres. Terminaron muy pronto: eran apenas las nueve.

-He despedido al chófer –dijo Sir Stephen-. ¿Quieres conducir tú, René? Lo más práctico será ir directamente a mi casa. René se sentó al volante, O lo hizo a su lado y Sir Stephen se instaló al lado de ella. El coche era un Buick grande, y en el asiento delantero cabían los tres con holgura. Después del Alma, al Cours-la-Reine aparecía despejado porque los árboles estaban sin hojas, y la Place de la Concorde centelleante y seca bajo el cielo sombrío de las horas en las que se acumula la nieve sin decidirse a caer. O oyó un leve chasquido y sintió que por las piernas le subía aire caliente: Sir Stephen había puesto la calefacción. René siguió un trecho por la orilla derecha del Sena y, al llegar al Pont-Royal, torció hacia la orilla izquierda. Entre sus dogales de piedra, el agua quieta parecía también de piedra y negra. O pensó entonces en las hematíes oscuras. Cuando tenía quince años, su mejor amiga, que tenía treinta y de la que estaba enamorada, llevaba en un anillo unas hematites rodeadas de pequeños diamantes. A O le hubiera gustado tener un collar de aquellas piedras negras, pero sin diamantes, una gargantilla. Pero, ¿cambiaría los collares que ahora le daban –no, no se los daban- por el collar de hematites, por las hematites del sueño? Recordó la mísera habitación a la que la llevara Marion, detrás del cruce de Tubigo y, cómo ella había deshecho, ella, no Marion, sus largas trenzas de colegiala, cuando Marion la desnudó y la echó sobre la cama de hierro. Cuán bella era Marion cuando la acariciaba, y es verdad que los ojos pueden parecer estrellas; los suyos parecían estrellas azules y titilantes. René detuvo el coche. O no reconoció la calle estrecha, una de las que enlazan transversalmente la Rue de la Univesité con la de Lille. El apartamento de Sir Stephen estaba al fondo de un patio, en el ala de un antiguo edificio, con las habitaciones dispuestas en crujía. La última era también la más grande y la más sedante, con su muebles de caoba de estilo inglés y sus sedas pálidas, amarillas y grises. -No voy a pedirle que se ocupe del fuego –dijo Sir Stephen a O., pero este sofá es para usted. Siéntese, por favor. René preparará el café. Sólo deseo pedirle que me escuche.

El gran sofá de damasco claro estaba perpendicular a la chimenea, frente a las ventanas que daban a un jardín y de espaldas a otras que se abrían al patio. O se quitó la chaqueta y la dejó en el respaldo del sofá. Al volverse, vio que su amante y su anfitrión esperaban de pie que ella obedeciera la invitación de Sir Stephen. Dejó el bolso al lado de la chaqueta y se

quitó los guantes. ¿Cuándo aprendería, si lo aprendía alguna vez, a levantarse la falda en el momento de sentarse con el suficiente disimulo para que nadie lo notara y hasta ella misma pudiera olvidar su desnudez y su sumisión? Desde luego, no mientras su amante y aquel desconocido la miraran en silencio, como hacían en aquel momento. Ella cedió al fin, Sir Stephen avivó el fuego y René, súbitamente, se situó detrás del sofá y, asiendo a O por la garganta y los cabellos, la obligó a echar la cabeza hacia atrás y la besó en la boca, tan larga y profundamente que ella perdió el aliento y sintió que el vientre le ardía, como si fuera a derretirse. No la soltó más que para decirle que la quería y volvió a besarla. Las manos de O, reposaban con las palmas hacia arriba, sobre la tela negra de su vestido que se extendía en forma de corola a su alrededor. Sir Stephen se acercó a ellos, y, cuando René la dejó por fin y ella abrió los ojos, se encontró con la mirada fija y gris del inglés. Aunque aturdida y jadeante de felicidad, pudo darse cuenta de que él la admiraba y deseaba. ¿Quién hubiera podido resistir a su boca húmeda y entreabierta, a sus labios hinchados, a su garganta blanca sobre el cuello negro de su jubón y a sus ojos, grandes, claros y francos? Pero lo único que se permitió Sir Stephen fue acariciarle suavemente las cejas y los labios con la yema del dedo. Luego, se sentó frente a ella, al otro lado de la chimenea, y, cuando René se hubo sentado a su vez en una butaca, empezó a hablar.

Tengo entendido que René no le ha hablado nunca de su familia. De todos modos, tal vez sepa ya que su madre, antes de casarse con su padre, había estado casada con un inglés que ya tenía un hijo de un matrimonio anterior. Yo soy ese hijo y fui educado por ella hasta el día en que abandonó a mi padre. No tengo, pues, ningún parentesco con René, y, sin embargo, en cierto modo, somos hermanos. Que René la ama lo sé. Lo habría descubierto aunque él no me lo hubiera dicho e incluso sin que él hubiera hecho un solo movimiento. Basta con ver cómo la mira. Sé también que usted ha estado en Roissy y supongo que volverá allí algún día. En principio, la sortija que lleva me da derecho a disponer de usted, como lo da a todo aquel que conoce su significado. Pero en estos casos no se trata más que de una relación pasajera y lo que nosotros esperamos de usted es más fuerte. Digo nosotros, porque hablo también en nombre de René. Sí, en cierto modo, somos hermanos, yo soy el mayor. Tengo diez años más que él. Entre nosotros existe una libertad tan antigua y absoluta que hace que todo lo que me pertenece sea suyo y lo que le pertenece a él sea también mío. ¿Consiente usted en participar en esta relación? Yo se lo ruego, y le pido su consentimiento que la comprometerá aún más que su sumisión, que ya sé es segura. Antes de contestarme, piense que yo sólo soy, que no puedo ser, sino otra forma de su amante: que siempre tendrá un único dueño. Más temible, lo concedo, que los hombres a los que fue entregada en Roissy, porque yo estaré ahí todos los días y, además, me gustan la costumbre y el rito. (And, besides, I am fond of habits and rites...)

La voz pausada y serena de Sir Stephen resonaba en un silencio absoluto. Las mismas llamas de la chimenea alumbraban sin ruido. O estaba clavada el sofá como una mariposa traspasada por un alfiler, un largo alfiler de palabras y de miradas que taladraba su cuerpo y apretaba sus nalgas, desnudas y atentas contra la seda tibia del sofá. No sabía dónde tenía los senos, ni la nuca, ni las manos. Pero no podía dudar que los hábitos y ritos de que le hablaban tendrían por objeto la posesión, entre otras partes de su cuerpo, de sus largos muslos ocultos bajo la falda negra y abiertos ya de antemano. Los dos hombres estaban sentados frente a ella. René fumaba, pero había encendido a su lado una de esas lámparas de capuchón negro que devoran el humo, y el aire, purificando ya por el fuego de leña,

tenía el aroma fresco de la noche. -¿Me contesta ya o quiere saber más? -preguntó Sir Stephen. Si aceptas, yo mismo te explicaré las preferencias de Sir Stephen. -Las exigencias – rectificó éste. O se decía que lo más difícil no era aceptar y comprendía que ni uno ni otro habían pensado ni un momento, como tampoco ella, que pudiera negarse. Lo más difícil era hablar. Le ardían los labios, tenía la boca seca, le faltaba la saliva, una angustia de miedo y deseo le atenazaba la garganta, y sus manos, que ahora volvía a sentir, estaban frías y húmedas. Si, por lo menos, hubiera podido cerrar los ojos, Pero no. Dos miradas a las que no podía, ni quería, escapar, perseguían la suya. La empujaban hacia algo que creía haber dejado para mucho tiempo, tal vez para siempre, en Roissy. Y es que, desde su regreso, René no la había tomado más que con caricias, y el símbolo de su pertenencia a todos los que conocieran el secreto de su sortija no había tenido consecuencias; o no encontró a nadie que lo conociera o, si alguien lo conoció, calló. La única persona de quien sospechaba era Jacqueline (y, si Jacqueline había estado en Roissy, ¿por qué no llevaba ella también la sortija? ¿Y qué derecho le daba a Jacqueline, si algún derecho le daba, la participación en aquel secreto?). Para hablar, ¿tendría que moverse? Por su propia voluntad, no podía; una orden la hubiera hecho levantarse al instante, pero esta vez no querían que obedeciese, sino que se adelantase a la orden, que se constituyese en esclava y se entregase. A esto llamaban ellos su consentimiento. Recordó que nunca había dicho a René más que <<te quiero>> y <<soy tuya>>. Al parecer, ahora querían que hablase y aceptara explícitamente lo que hasta entonces aceptara sólo en silencio. Al fin se incorporó y, como si lo que iba a decir la ahogara, desabrochó los corchetes de su jubón hasta el busto. Luego, se levantó. Le temblaban las rodillas y las manos.

-Soy tuya –dijo al fin a René-. Seré lo que tú quieras que sea. -No, nuestra –repuso él-. Repite conmigo: soy vuestra y seré siempre lo que vosotros queráis que sea. Los ojos grises y duros de Sir Stephen no se apartaban de ella, ni los de René, en los que se perdía, mientras iba repitiendo las frases que él le dictaba y poniéndolas en primera persona, como en un ejercicio gramatical. -Nos reconoces a mí y a Sir Stephen el derecho... –decía René. - Te reconozco a ti y a Sir Stephen el derecho... El derecho de disponer de su cuerpo a su antojo, en cualquier lugar y forma que ellos desearan, el derecho a tenerla encadenada, el derecho a azotarla como a una esclava, o como a una condenada, por la más mínima falta o porque ellos quisieran, el derecho a no escuchar sus súplicas ni sus gritos, si la hacían gritar. -Me parece que es aquí y ahora cuando Sir Stephen desea recibirte, entregada por mí y por ti misma –dijo René-, y cuando yo he de enumerarte sus exigencias.

O, mientras escuchaba a su amante, recordaba las palabras que él le dijera en Roissy: eran casi las mismas. Pero entonces las escuchó abrazada a él, protegida por un aire de irrealidad que les daba carácter de sueño, por la sensación de que existía en otra vida o, tal vez, que no existía. Sueño o pesadilla, muros de prisión, trajes de gala, encapuchados, todo la alejaba de su propia vida, incluso en no saber cuánto duraría. Allí se sentía como el plena noche, en medio de un sueño que uno reconoce y que se repite: segura de que existe y segura de que ha de acabar y deseando que acabe porque temes no poder resistirlo y que continúe porque deseas conocer el final. Pues bien, el final había llegado cuando ya no lo esperaba y bajo la forma más inesperada (suponiendo, como se decía ahora, que aquél fuera el final, que detrás de él no ocultara otro y otro más). Este desenlace de ahora consistía en traerla del recuerdo al presente y en que cosas que no tenían realidad más que en un círculo cerrado, en un universo aparte, iban a contaminar de pronto todas las situaciones y todos los

hábitos de su vida cotidiana, y, sobre ella y en ella, ya no iban a reducirse a simples señales o símbolos –las caderas desnudas, los cuerpos abiertos por delante, la sortija de hierro-, sino que le impondrían un cumplimento. Era verdad que René nunca la había golpeado y la única diferencia en sus relaciones entre la época de antes y Roissy y el tiempo transcurrido desde que ella volviera de allí era que ahora él se servía de su grupa y de su boca además de su vientre. Ella nunca supo si los latigazos que había recibido en Roissy con los ojos vendados, o de flagelantes encapuchados, en alguna ocasión le fueron dados por él, pero le parecía que no. Seguramente, el placer que él obtenía ante el espectáculo de su cuerpo encadenado y entregado, debatiéndose en vano, y al oír sus gritos, era tan vivo que no consentía en privarse de la menor parte de él prestando sus propias manos, porque su intervención activa le hubiera distraído. Y ahora lo confesaba así, ya que, cariñosa, suavemente, sin moverse de la butaca en la que estaba hundido, con una pierna encima de la otra, le decía lo feliz que se sentía al entregarla, a inducirla a entregarse a las órdenes y a la voluntad de Sir Stephen. Cuando Sir Stephen deseara que pasara la noche, o aunque sólo fuera una hora, en su casa, o que le acompañara a algún restaurante o espectáculo de París o de fuera de París, la llamaría por teléfono y le enviaría el coche, a menos que fuera a buscarla el propio René. En aquel momento, ella tenía la palabra. ¿Consentía? Pero ella no podía hablar. La voluntad que le pedían que expresara era la voluntad de abandonarse, de aceptar por anticipado cosas a las que ella sin duda deseaba decir que sí, pero a las que su cuerpo se negaba; por lo menos, en lo relativo al látigo. Pues, por lo demás, si tenía que ser sincera consigo misma, se sentía demasiado turbada por el deseo que leía en los ojos de Sir Stephen para engañarse y, por más que temblara, o tal vez precisamente por temblar, sabía que ella esperaba con más impaciencia que él el momento en el que él pasara su mano, o quizá sus labios, en ella. Seguramente, quiera que fuera su valor, o el deseo que sintiera, llegado el momento de responder, desfalleció de tal modo que cayó al suelo con la falda extendida a su alrededor, y Sir Stephen comentó con voz sorda en el silencio que el miedo también le sentaba bien. No se lo dijo a ella, sino a René. A O le pareció que hacía un esfuerzo para no avanzar hacia ella y lo lamentó. Sin embargo, ella no le miraba, tenía los ojos fijos en René, temerosa de que él adivinara en los suyos algo que tal vez pudiera considerar una traición. Y no lo era, pues, si hubiera tendido que elegir entre su deseo de ser poseída por Sir Stephen y su amor por René, no hubiera vacilado ni un segundo; en realidad, se cedía a aquel deseo era porque René se lo permitía y, en cierto modo, le hacía entender que se lo ordenaba.

Sin embargo, le quedaba la duda de si no se enfadaría al verse obedecido tan aprisa. A la menor señal que él le hiciera, aquel deseo se borraría. Pero él no le hizo señal alguna y se contentó con pedirle, por tercera vez, una respuesta. Durante mucho rato, tanto que tuvo tiempo de repetirse mentalmente la frase veinte veces, nadie respondió. Luego, la vez de Sir Stephen dijo lentamente: -De vez en cuando. O oyó crujir una cerilla y un tintineo de vasos: seguramente, uno de los dos se servía más whisky. René la dejaba indefensa. René callaba.- Aunque ahora consienta –dijo ella-, aunque ahora lo prometa, no podré soportarlo. -No le pedimos sino que se preste a ello y que consienta de antemano en que todas sus súplicas y sus gritos serán en vano –dijo Sir Stephen. -¡Oh, por favor, todavía no! –dijo O al ver que Sir Stephen se levantaba. René también se puso en pie, se inclinó hacia ella y la tomó por los hombros. -Responde ya, ¿aceptas? Ella dijo al fin que aceptaba. El la levantó suavemente y, sentado en el sofá, la obligó a arrodillarse a su lado, de cara al sofá, con los brazos extendidos, los ojos cerrados y la cabeza y el busto descansando en el asiento.

Entonces, ella recordó una imagen que había visto hacía años, una curiosa estampa que representaba a una mujer arrodillada, como ahora estaba ella, delante de un sillón, en una habitación de suelo embaldosado. En un rincón, jugaban un perro y un niño. La mujer tenía las faldas levantadas, y un hombre que estaba de pie a su lado sostenía en el aire un puñado de varas. Todos iban vestidos con trajes de finales del siglo XVI y el grabado tenía un título que le pareció indignante: <<El correctivo familiar>>. René le sujetaba las muñecas con una mano y con la otra le levantó la falda, tanto, que ella sintió que la basa plisada le rozaba la mejilla. Le acarició la parte baja del talle e hizo observar a Sir Stephen los hoyos que se dibujaban en su carne y la suavidad del surco que dividía sus muslos. Luego, apoyó la mano en la cintura que separara un poco más las rodillas. Ella obedeció sin decir palabra. El que René hiciera los honores de su cuerpo, los comentarios de Sir Stephen, la brutalidad de los términos que utilizaban los dos hombres le provocaron un acceso de vergüenza tan violenta e inesperada que se desvaneció el deseo que sentía de ser poseída por Sir Stephen y se puso a esperar el látigo como una liberación, y el dolor y los gritos, como una justificación. Pero las manos de Sir Stephen le abrieron el vientre, forzaron su grupa, entrando y saliendo, acariciándola hasta hacerla gemir, humillada por su gemido, y derrotada.

-Te dejo con Sir Stephen –le dijo entonces René. Quédate como estás. El te enviará a casa cuando quiera. ¿Cuántas veces no estuvo ella en Roissy, de rodillas, en actitud parecida, ofrecida a cualquiera? Pero, entonces, estaba atada por los brazaletes que le mantenían las manos unidas, feliz prisionera a la que todo se le imponía, a la que nunca se le pedía nada. Aquí, si permanecía semidesnuda era por su propia voluntad, pues un solo movimiento, el que haría para ponerse de pie, bastaría para cubrirla. Su promesa la ataba humillada, ¿no resultaba también dulce pensar que era su humillación, su obediencia, su docilidad, lo que hacía que no tuviera precio? René se fue, y Sir Stephen lo acompañó hasta la puerta. Ella se quedó sola, quieta, sintiéndose más expuesta en la soledad que cuando ellos estaban allí. La seda gris y amarilla del sofá estaba lisa bajo su falda; a través de sus medias de nylon, sentía en las rodillas la lana mullida de la alfombra y, en el muslo izquierdo, el calor de la chimenea en la que Sir Stephen había puesto tres leños que ardían ruidosamente. Encima de una cómoda había un reloj de pared antiguo con un tictac tan leve que sólo se oía cuando todo quedaba en silencio. O lo escuchaba atentamente, mientras pensaba en lo absurdo que era, en aquel salón civilizado y discreto, permanecer en la postura en que ella estaba. A través de las persianas cerradas, se oía el murmullo amodorrado de París pasada la medianoche. Al día siguiente por la mañana, a la luz del día, ¿reconocería ella el lugar del sofá en el que ahora apoyaba la cabeza? ¿Volvería alguna vez a aquel salón, de día, para ser tratada de aquel modo? Sir Stephen tardaba, y O quien, con tanto abandono había esperado la venida de los desconocidos de Roissy, sentía un nudo en la garganta al pensar que, dentro de un minuto o de diez, él volvería a tocarla. Pero no sucedió como ella imaginaba. Le oyó abrir la puerta y cruzar la habitación. Permaneció un rato de pie, de espaldas al fuego, contemplándola y, luego, en voz muy baja, le dijo que se levantara y se sentara. Ella le obedeció, sorprendida y hasta molesta. El le ofreció amablemente un whisky y un cigarrillo que ella rehusó. Entonces advirtió ella que él se había puesto una bata, una bata muy severa, de buriel gris, del mismo gris que sus cabellos. Tenía las manos largas y enjutas, y las uñas planas, cortas y muy blancas. Sorprendió la mirada de O y ella se sonrojó: eran aquellas manos, duras e insistentes, las que se habían apoderado de su cuerpo, y ahora las temía y las esperaba. Pero él no se acercaba.

### Capítulo 3ª : Anne-Marie y las anillas

O, para darse a sí misma una excusa, creía, o quería creer, que Jacqueline se mostraría arisca. Pronto pudo desengañarse. Los aires pudorosos que afectaba Jacqueline., cerrando la puerta del vestidor cada vez que se cambiaba, tenían precisamente la finalidad de azuzar a O, de fomentar en ella el deseo de forzar una puerta que, abierta de par en par, no se decidía a cruzar. Que la decisión de O viniera de una autoridad exterior a ella y no fuera resultado de esta estrategia elemental era algo que Jacqueline estaba a mil leguas de imaginar. Al principio, aquello divirtió a O. Sentía un sorprendente placer, mientras ayudaba a Jacqueline a arreglarse el pelo, por ejemplo cuando Jacqueline se quitaba el traje con el que había posado y se ponía el jersey de cuello alto y el collar de turquesas parecidas a sus ojos, al pensar que aquella misma noche Sir Stephen conocería cada gesto de Jacqueline y sabría si había permitido que O asiera sus pechos menudos y separados a través del jersey negro, si sus pestañas más claras que su piel habían bajado sobre sus mejillas, si había gemido. Cuando O la besaba, se ponía más lánguida, permanecía inmóvil entre sus brazos, se dejaba entreabrir la boca y tirar del pelo hacia atrás. O tenía que procurar apoyarla siempre en el marco de una puerta o contra una mesa y sujetarla por los hombros, pues, de otro modo, hubiera caído al suelo, con los ojos cerrado, sin proferir ni una queja. En cuanto O la soltaba, se volvía otra vez de escarcha y de hielo, risueña y distante, y decía: -Me has manchado de rojo –y se limpiaba los labios.

Esta era la desconocida a la que O gustaba de traicionar, atisbando atentamente –para no olvidar nada y decirlo todo- el lento rubor de sus mejillas y aspirando el olor a salvia de su sudor. No se puede decir que Jacqueline desconfiara ni se defendiera. Cuando cedía a los besos de O –y todavía no le había concedido sino besos que se dejaba robar, pero que no devolvía-, se convertía bruscamente en otra persona, por espacio de diez segundos. O cinco minutos. Durante el resto del tiempo, se mostraba a un tiempo provocativa y huidiza, con una increíble habilidad para la finta, arreglándose siempre impecablemente para no dar pie a un solo gesto, ni a una sola palabra, ni siquiera a una sola mirada que permitiera asociar a esta triunfadora con la derrotada, ni suponer que era tan fácil forzarle la boca. El único indicio por el que podía uno guiarse, y tal vez adivinar la turbación bajo el agua clara de su mirada, era la sombra involuntaria de una sonrisa que, en su cara triangular, se parecía a una sonrisa de gato, indecisa, fugaz e inquietante. De todos modos, O no tardó en descubrir que había dos cosas que hacían brotar aquella sonrisa sin que Jacqueline lo advirtiera. Una, los regalos; y la otra, la evidencia del deseo que inspiraba, con la condición, eso sí, de que este deseo procediera de alguien que pudiera serle útil o halagar su vanidad.

¿En que podía O serle útil? ¿No sería que, excepcionalmente, a Jacqueline le complacía que ella la deseara. Tanto porque la admiración de O la satisfacía como porque el deseo de una mujer no encierra peligro ni trae consecuencias? De todos modos, O estaba convencida de que si, en lugar de regalar a Jacqueline un broche nácar o el último pañuelo de Hermes con <<Te quiero>> estampado en todos los idiomas del mundo, desde el japonés al iroqués, le diera los diez o veinte mil francos que siempre parecía estar necesitando, Jacqueline hubiera encontrado pronto ese tiempo que decía faltarle para ir a almorzar o a merendar a casa de O y hubiera cesado de esquivar sus caricias. Pero no llegó a demostrarlo. Apenas habló de ello con Sir Stephen cuando René intervino. Las cinco o seis veces que René había ido a buscar a O y Jacqueline estaba allí, habían ido los tres al “Weber” o a cualquiera de



los bares ingleses del barrio de la Madeleine. René miraba a Jacqueline con aquella mezcla de interés, seguridad e insolencia con que miraba en Roissy a las muchachas que estaban a su disposición. Pero sobre la brillante y sólida armadura de Jacqueline, la insolencia resbalaba sin hacer mella. Jacqueline ni la notaba. Por una curiosa contradicción, O se sentía ofendida y le parecía insultante para Jacqueline aquella actitud que para consigo misma consideraba justa y natural. ¿Acaso quería asumir la defensa de Jacqueline o deseaba ser ella la única que la poseyera? Hubiera sido difícil decirlo, por cuanto que no la poseía... aún. Pero, si lo consiguió, hay que reconocer que fue gracias a René. En tres ocasiones, al salir del bar en el que había hecho beber a Jacqueline mucho más whisky del que a ella le convenía –se le ponían los pómulos sonrosados y relucientes y la mirada dura-, la acompañó a su casa, antes de ir con O a la de Sir Stephen. Jacqueline vivía en una de esas sombrías pensiones de familia de Passy en las que, en los primeros tiempos de la emigración, se amontonaron los rusos blancos y de las que ya no se movieron.

El vestíbulo estaba pintado de símil-roble, los balaustres de la escalera estaban cubiertos de polvo en su parte interior y grandes manchas blancas de rozadura marcaban las moquetas verdes. Cada vez, René –que nunca había cruzado el umbral de la puerta- quería entrar y cada vez Jacqueline le decía que no, muchas gracias, saltaba del coche y cerraba la puerta tras sí como si la persiguiera una lengua de fuego. Y O se decía que, realmente, el fuego la perseguía. Era fantástico que lo adivinara antes de que ella la hubiera puesto en antecedentes. Por lo menos, sabía que tenía que desconfiar de René, por insensible que pareciera ser a la indiferencia que él le demostraba (pero, ¿lo era realmente? Y en cuanto a lo de fingir insensibilidad eran dos, pues él no le iba a la zaga). La única vez que Jacqueline permitió a O entrar en su casa y seguirla hasta su habitación, ésta comprendió por qué a René se le negaba la entrada. ¿Qué hubiera sido de su prestigio, de su leyenda en blanco y negro en las páginas relucientes de las revistas si alguien que no fuera mujer como ella hubiera visto la sórdida madriguera de la que salía todos los días el lustroso animal? La cama no se hacía nunca y la sábana estaba gris y grasienta, porque Jacqueline nunca se acostaba sin untarse de crema y se dormía muy aprisa para pensar en quitársela. En otro tiempo, una cortina debía de disimular el lavabo. Ahora no quedaban más que dos anillas de las que colgaban unos hilos. Nada conservaba su calor, ni la alfombra, ni el papel cuyas flores rosa y gris trepaban como una vegetación enloquecida y petrificada sobre un enrejado blanco. Habría que arrancarlo todo, desnudar las paredes, tirar las alfombras y rascar el techo. Pero, ante todo, quitar las rayas de mugre del lavabo, limpiar y ordenar los frascos de desmaquillador y los tarros de crema, quitar el polvo de la polvera, del tocador, tirar los algodones sucios, abrir las ventanas. Pero, erguida, limpia y oliendo a limón y a flores silvestres, impecable y pulcra, Jacqueline se reía de su cubil. Aunque de lo que no podía ella reírse era de su familia. Fue por el cubil, del que O le habló cándidamente, por lo que René hizo a O la propuesta que debía cambiar su vida, pero fue por su familia por lo que Jacqueline la aceptó.

La propuesta consistía en que Jacqueline fuese a vivir con O. Y es que decir familia es poco; aquello era una tribu, más aún, una horda. Abuela, tía, madre y hasta una criada, cuatro mujeres entre los cincuenta y los setenta años, pintadas, chillonas, ahogadas de seda negra y de azabache, lagrimeando a las cuatro de la madrugada entre el humo de los cigarrillos, al resplandor rojo de los iconos, cuatro mujeres viviendo siempre entre el tintineo de los vasos de té y al siseo áspero de una lengua que Jacqueline hubiera dado

media vida por olvidar. Le ponía frenética tener que obedecerlas, tener que oír las y hasta tener que verlas. Cuando veía a su madre llevarse un terrón de azúcar a la boca antes de beber el té, ella dejaba su propio vaso y se encerraba en su madriguera seca y polvorienta, dejando a las tres, su abuela, su madre y la hermana de su madre, las tres vestidas de negro, con el pelo teñido de negro y reproches, en la habitación de su madre que hacía las veces de salón y en la que la criada acababa por reunirse con ellas. Ella huía, cerrando las puertas tras de sí, y ellas gritaban: Chura, chura, palomita... Como en las novelas de Tolstoi. Porque no se llamaba Jacqueline. Jacqueline era su nombre profesional, un nombre para olvidar su verdadero nombre y, con su verdadero nombre de gineceo, sórdido y tierno, para encerrarse en la vida francesa, en un mundo sólido, en el que hay hombres que se casan y que no desaparecen en misteriosas expediciones, como el padre al que ella no llegó a conocer, un marino báltico que se perdió entre los hielos polares. Se parecía a él, y sólo a él, se repetía con rabia y placer, de él había heredado el pelo, los pómulos, la piel trigueña y los ojos rasgados. Lo único que agradecía a su madre era que le hubiera dado por padre a aquel demonio rubio que la nieve se había tragado, como a otros se los traga la tierra. Pero le reprochaba =anastro que fue inscrita como de padre desconocido, que se llamaba Natalie y tenía ahora quince años. A Natalie sólo la veían durante las vacaciones. A su padre, nunca. Pero pagaba el internado de Natalie en un colegio de los alrededores de París y a su madre le pasaba una mensualidad que la permitía vivir mediocrementemente en una ociosidad que, para ellas, era el paraíso, a las tres mujeres y a la criada, y también a Jacqueline, hasta aquel día. Lo que Jacqueline ganaba con su profesión de maniquí y no gastaba en maquillajes, ropa interior, calzado de lujo o trajes de gran modista –a precio de favor, pero, aun así, muy caros-, desaparecía en la bolsa familiar. Desde luego, a Jacqueline no le hubiera costado trabajo encontrar a un protector y ocasiones no le habían faltado. Aceptó a uno o dos amantes, no tanto porque le gustaran –no le desagradaban- sino para demostrarse a sí misma que podía inspirar deseo y amor.

El único rico de los dos –el segundo-, le regaló una hermosa perla un poco rosada, que ella llevaba en la mano izquierda. Pero ella no quiso ir a vivir con él y, como él se negó a casarse, le dejó sin gran pesar, contenta de no estar encinta. (Durante varios días, creyó estarlo y vivió en la inquietud). No, vivir con un hombre era denigrante, era comprometer su futuro, era hacer lo que había hecho su madre con el padre de Natalie. Imposible. Pero con O era distinto. Las apariencias permitirían hacer creer que Jacqueline se instalaba en casa de una compañera de trabajo y compartía con ella los gastos. O desempeñaría una doble función: para Jacqueline sería el amante que mantiene a la mujer que ama y, de cara a la gente, sería su garantía de moralidad. La presencia de René no era lo bastante oficial como para resultar comprometedor. Pero, en el fondo de la decisión de Jacqueline, ¿quién podría decir si no habría sido precisamente esa presencia el verdadero móvil de su aceptación? De todos modos, en O, y sólo en ella, recayó la responsabilidad de hablar con la madre de Jacqueline. O nunca se sintió tan vivamente en el papel del traidor, del espía, del enviado de una organización criminal como cuando estuvo frente a aquella mujer que le daba las gracias por su amistad para con su hija. Al mismo tiempo, desde el fondo de su corazón, negaba su misión, y el motivo de su presencia allí. Sí, Jacqueline iría a casa, pero O nunca, nunca podría obedecer a Sir Stephen hasta el extremo de arrastrar a Jacqueline. Y sin embargo... Porque, apenas instalada Jacqueline en casa de O, donde se le dio –a instancias de René- la habitación que éste aparentaba ocupar a veces (aparentaba tan sólo, pues siempre dormía en la gran cama de O), O, inesperadamente, se sintió acometida por el

violento deseo de poseer a Jacqueline costase lo que costase, aunque para ello tuviera que entregarla. Después de todo, se decía, la belleza de Jacqueline bastaba por sí sola para protegerla: “¿Por qué tengo yo que inmiscuirme? Y, aunque la conviertan en lo que yo me he convertido, ¿es ésta tan grave desgracia?”. Casi no se atrevía a confesarse y, sin embargo, estaba trastornada al imaginar la satisfacción de ver a Jacqueline desnuda e indefensa al lado de ella, y como ella. La semana en la que Jacqueline se mudó, con el permiso de su madre, René se mostró muy atento y, un día sí y otro no, invitaba a las dos jóvenes a cenar y al cine. Elegía siempre películas policíacas, de traficantes de drogas o de trata de blancas. Se sentaba entre las dos, tomaba suavemente una mano a cada una y no decía palabra. Pero, en las escenas de violencia, O le veía espiar el rostro de Jacqueline, en busca de alguna emoción.

En él no se leía más que un poco de repugnancia en el rictus de la boca. Después, las acompañaba a casa y, en el coche descubierto, con los cristales bajados, el viento de la noche y la velocidad agitaban el cabello rubio y espeso de Jacqueline contra sus mejillas duras, su frente pequeña y sus ojos. Ella sacudía la cabeza para echarlo hacia atrás y lo peinaba con la mano como hacen los muchachos. Una vez admitido que vivía en casa de O, y que O era la amante de René, Jacqueline parecía encontrar naturales las familiaridades de René. No oponía el menor reparo a que René entrara en su habitación, con el pretexto de buscar algún documento, lo cual no era verdad, y O lo sabía, pues ella misma había vaciado los cajones del gran secreter holandés, con flores de marquetería y tapa forrada de piel, siempre abierta, que tan mal armonizaba con René. ¿Por qué lo tenía? ¿Quién se lo había dado? Su pesada elegancia y sus maderas claras eran el único lujo de la habitación, un tanto sombría, que se abría a un patio, orientada al Norte, y cuyas paredes color gris acero y suelo frío, encerado, ofrecían un fuerte contraste con las alegres habitaciones que daban al muelle. Tanto mejor. Así, Jacqueline no se sentiría a gusto. Así, se avendría más fácilmente a compartir con O las dos habitaciones de delante, a dormir con O, como aceptara desde el primer día compartir el baño, la cocina, los maquillajes, los perfumes y las comidas. Pero O se equivocaba.

Jacqueline se aferraba apasionadamente a todo aquello que le pertenecía –a su perla rosa, por ejemplo, pero demostraba una indiferencia absoluta hacia todo lo que no fuera suyo. Si hubiera vivido en un palacio, no se habría interesado por él más que si le hubieran dicho: este palacio es tuyo y se lo hubieran demostrado con acta notarial. Que aquel cuarto gris fuera acogedor o no la tenía sin cuidado y no fue por escapar por lo que ella se decidió a dormir en la cama de O. Tampoco, para demostrar a O un agradecimiento que no sentía y que, no obstante, O le atribuyó, muy contenta de abusar de él, o así lo creía ella. A Jacqueline le gustaba el placer y encontra–al igual que las otras dos veces–, Jacqueline apareció, desnuda y todavía húmeda del baño, en el umbral de la puerta de la habitación de O y le dijo: –¿Estás segura de que no vuelve? Sin esperar su respuesta, se metió en la cama. De dejó besar y acariciar con los ojos cerrados, sin responder ni con una sola caricia, gimiendo al principio levemente, después más fuerte, más fuerte y, al fin, gritando. Se quedó dormida a la luz de la lámpara rosa, atravesada en la cama, con las rodillas separadas, el busto un poco ladeado y las manos abiertas. Se veía brillar el sudor entre sus pechos. O la tapó con la sábana y apagó la luz. Dos horas después, cuando la abrazó otra vez en la oscuridad, Jacqueline la dejó hacer, pero murmuró: –No me canses demasiado, que mañana tengo que madrugar.

Fue por aquel entonces cuando Jacqueline, además de su profesión de maniquí, empezó a ejercer otra profesión no menos irregular, pero sí más absorbente: había sido contratada para hacer pequeños papeles en el cine. Era difícil averiguar si estaba orgullosa de ello o no, o si veía en aquello el primer paso de una carrera en la que deseara hacerse célebre. Por la mañana, saltaba de la cama con más rabia que brío, se duchaba, se maquillaba a toda prisa, no aceptaba más que el tazón de café negro que O apenas había tenido tiempo de preparar y se dejaba besar la punta de los dedos, con una sonrisa maquinal y una mirada llena de rencor: O, envuelta en su bata de vicuña blanca, con el pelo cepillado y la cara lavada, tenía el aspecto plácido de quien va a volver a la cama. Pero no era así. O aún no se había atrevido a explicar a Jacqueline por qué. La verdad era que todos los días en que Jacqueline salía de casa a la hora en que los niños van al colegio, y los empleados a la oficina, para dirigirse a los estudios Boulogne donde estaba rodando, O, quien antes, efectivamente, se quedaba en casa toda la mañana, se vestía a su vez para salir.

-Os mandaré el coche –había dicho Sir Stephen-. Primero llevará a Jacqueline a Boulogne y después volverá para recogerte a ti. De manera que todas las mañanas, a la hora en que el sol no iluminaba más que las fachadas del Este y las restantes todavía estaban frescas, pero, en los jardines, las sombras empezaban ya a acortarse bajo los árboles, O era conducida a casa de Sir Stephen. En la Rue de Poitiers aún no se había terminado la limpieza. Nora, la mulata, llevaba a O a la habitación en la que la primera noche Sir Stephen la dejó llorar y dormir sola, esperaba mientras O dejaba sobre la cama el bolso, los guantes y la ropa, lo guardaba todo en un armario, bajo llave, le daba a O unas chinelas de charol con tacón alto que hacían ruido al andar y la precedía hasta el despacho de Sir Stephen, abriéndole las puertas. O nunca se acostumbró a aquellos preparativos, y desnudarse ante aquella vieja paciente y callada, que casi ni la miraba, le resultaba tan penoso como hacerlo bajo la mirada de los criados de Roissy. La vieja mulata andaba sin hacer ruido, con sus zapatillas de fieltro, como una monja. O, mientras la seguía, no podía apartar la mirada de las dos puntas de su delantal, y, cada vez que la vieja abría una puerta, en la empuñadura de porcelana, su mano bistre y reseca le parecía tan dura como la madera antigua. Al mismo tiempo, por un sentimiento absolutamente opuesto al miedo que le inspiraba la criada de Sir Stephen –contradicción que O no conseguía explicarse-, O sentía una especie de orgullo de que aquella mujer (¿qué era ella para Sir Stephen y por qué le confiaba él aquel papel de alcahueta que tan mal le iba?) fuera testigo de que ella también –como tantas otras quizás, a las que ella también había conducido, ¿quién sabe?- mereciera ser utilizada por Sir Stephen. Porque Sir Stephen la quería, sin duda, y O comprendía que no estaba lejos el día en que él no se limitaría ya a dejárselo entrever, sino que se lo diría, pero también, a medida que crecían su amor y su deseo, él era más exigente. Y así O pasaba con él las mañanas enteras en las que, a veces, apenas la tocaba y sólo quería que le acariciara y que se prestara a lo que él le pedía con, pero Sir Stephen prefería tenerla más cerca, al alcance de la mano y, aunque no se ocupara de ella, la obligaba a sentarse en su escritorio, a la izquierda. La mesa estaba colocada en sentido perpendicular a la pared y O podía recostarse en las estanterías llenas de anuarios y diccionarios. El teléfono estaba junto a su muslo izquierdo y cada vez que el timbre sonaba, ella tenía un sobresalto. Era ella quien descolgaba, contestaba, decía: “¿De parte de quién?” repetía en voz alta el nombre que le daban y pasaba la comunicación a Sir Stephen, o lo excusaba, según el gesto que él le hiciera. Cuando la vieja Nora anunciaba alguna visita, Sir Stephen la hacía esperar hasta que Nora llevaba a O a la habitación donde ésta se había desnudado y adonde Nora iba a buscarla cuando Sir Stephen

tocaba el timbre, después de despedir a su visitante. Puesto que Nora entraba y salía del despacho varias veces durante la mañana, ya fuera para llevar a Sir Stephen el café o el correo, ya para abrir o cerrar las persianas o vaciar los ceniceros, puesto que ella era la única en poder entrar allí, y además tenía órdenes de no llamar a la puerta y, cuando tenía que decir algo, esperaba siempre en silencio a que Sir Stephen le dirigiera la palabra, sucedió que un día en que O estaba inclinada sobre el escritorio, con la cabeza y los brazos apoyados en el cuero, y el dorso expuesto, esperando que Sir Stephen, penetrara, entró Nora en el despacho. O levantó la cabeza. Si Nora se hubiera abstenido de mirarla, como hacía siempre, O no se hubiera movido. Pero, esta vez, Nora buscó su mirada. Aquellos ojos negros, brillantes y duros, que no dejaban adivinar si eran indiferentes o no, en aquel rostro arrugado e impasible, turbaron a O de tal manera que hizo un movimiento para escapar de Sir Stephen. El comprendió y, con una mano, le oprimió la cintura contra la mesa para que no pudiera deslizarse y con la otra la entreabrió. Ella, quien siempre se prestaba de buen grado, ahora, a pesar suyo, se sentía rígida y cerrada, y Sir Stephen tuvo que forzarla. Y, aun después de que la forzara, ella sentía que el esfínter se cerraba en torno a él, y Sir Stephen tuvo que hacer un esfuerzo para penetrar del todo en ella. No se retiró de ella hasta que pudo ir y venir sin dificultad.

Después, en el momento de volver a tomarla, dijo a Nora que esperase y que podría llevar a O al vestidor cuando él hubiera terminado con ella. Sin embargo, antes de dejarla marchar, besó a O en la boca con ternura. Aquel beso fue lo que, días después, dio a O valor para decirle que Nora le daba miedo. -Eso espero –dijo él-. Y, cuando lleves mi marca y mis hierros, cosa que espero sea dentro de pocos días, si tú quieres, vas a tener mayor motivo para temerla. -¿Por qué? –preguntó o-. ¿Y qué maraca y qué hierros? Ya llevo este anillo...- Esto es cosa de Anne-Marie. Le he prometido llevarte a su casa para que te vea. Iremos después del almuerzo. ¿Querrás? Es una amiga mía. Ya habrás observado que, hasta ahora, no te he presentado a ninguno de mis amigos. Cuando salgas de sus manos, tendrás verdaderos motivos para temer a Nora. O no se atrevió a insistir. Aquella Anee-Marie con quien ahora la amenazaba Sir Stephen la intrigaba más que Nora. De ella le había hablado ya Sir Stephen el día en que almorzaron en Saint-Cloud. Y era verdad que O no conocía a ninguna de las amistades de Sir Stephen. Vivía en París, encerrada en su secreto, como si estuviera encerrada en un prostíbulo. Los únicos que conocían su secreto, René y Sir Stephen, también tenían derecho a su cuerpo. Pensó que la expresión de abrirse a alguien, que quiere decir confiarse, para ella no tenía más que un significado, literal, físico y también absoluto, porque se abría con todas las partes de su cuerpo que podían abrirse.

Parecía también que ésta fuera su razón de ser y que Sir Stephen, al igual que René, así lo entendiera, ya que, cuando le hablaba de sus amigos, como había hecho en Saint-Cloud, era para decirle que debería estar a disposición de todos aquellos a quienes la presentara, si la deseaban. Pero para imaginar a Anne-Marie o lo que Sir Stephen esperaba de ella, O no tenía pista alguna, ni siquiera su experiencia en Roissy. Sir Stephen le había dicho que quería verla acariciar a una mujer. ¿Sería esto? (Pero puntualizó que se trataba de Jacqueline...) No, no podía ser eso. <<Para que te vea>>, acababa de decir. Efectivamente. Pero, cuando dejó a Anne-Marie, O tampoco sabía más. Anne-Marie vivía cerca del observatorio, en un apartamento situado junto a una especie de gran estudio, en el último piso de una casa nueva que dominaba las copas de los árboles. Era una mujer esbelta, de la edad de Sir Stephen, con el cabello negro veteado de gris. Tenía los ojos de un azul tan

oscuro que parecían negros. Ofreció a Sir Stephen y a O, en unas tazas muy pequeñas, un café muy cargado, caliente y amargo, que entonó a O. Cuando acabó de beber y se levantó de la butaca para dejar la taza vacía sobre un velador, Anne-Marie la tomó por la muñeca y, volviéndose hacia Sir Stephen, le dijo: -¿Permite? -Se lo ruego –respondió él. Entonces, Anne-Marie, quien hasta aquel momento no había dirigido la palabra a O, ni siquiera para saludarla cuando Sir Stephen se la presentó, le dijo suavemente, con una sonrisa tan dulce que daba la impresión de que le ofrecía un regalo: -Ven que te vea el vientre, pequeña, y las nalgas. Pero será mejor que te desnudes. Mientras O la obedecía, ella encendió un cigarrillo. Sir Stephen no apartaba los ojos de O. La dejaron de pie, quizá cinco minutos, En la habitación no había espejo, pero O se veía reflejada en un biombo de laca negra.

-Quítate las medias –dijo Anne-Marie de pronto-. ¿Lo ves? No debes llevar esas ligas redondas. Te deformaras los muslos. Y señaló con el dedo el lugar, encima de la rodilla donde O se enrollaba las medias. -Quién te ha hecho hacer esto? Antes de que O pudiera responder, Sir Stephen dijo: -Fue el joven que me la dio. Usted ya lo conoce, René. Pero él aceptará su parecer. -Bien –dijo Anne-Marie-. Te daremos unas medias muy largas y oscuras, O, y un ligero para sujetarlas, pero un ligero con ballenas que te ciña bien el talle. Cuando Anne-Marie hubo llamado al timbre, y una muchacha rubia y silenciosa les hubo llevado unas medias muy finas y negras y un ceñidor de tafetán de nylon, armado de largas ballenas curvadas hacia el interior, en la parte del vientre y encima de las caderas, O, siempre de pie y en equilibrio sobre uno y otro pie, se puso las medias, que le subían hasta la ingle. La muchacha rubia le puso el ceñidor que se cerraba sobre una de las ballenas, en un costado, y que podía ceñirse más o menos por medio de unos cordones situados en la espalda, como los corsés de Roissy. O se abrochó las ligas, delante y a los lados, y la muchacha la ciñó cuanto pudo. O sentía que la cintura y el vientre se le comprimían bajo la presión de las ballenas que, por delante, le llegaban casi hasta el pubis, al que dejaban libre al igual que las caderas. Por detrás, el corsé era mucho más corto y dejaba las caderas completamente al descubierto. -Así estará mucho mejor –dijo Anne-Marie a Sir Stephen-, con la cintura más fina. Además, sin no tiene tiempo de hacer que se desnude, ya verá que el corsé no le molestará. Acércate, O.

La sirvienta salió, y O se acercó a Anne-Marie, quien estaba sentada en un sillón bajo, tapizado de terciopelo ceraza. Anne-Marie le pasó suavemente la mano por las nalgas y, apoyándola en un taburete parecido al sillón, le levantó y le abrió las piernas y, después de ordenarle que no se moviera, la pellizcó en la vulva. <<Así levantan las agallas del pescado en el mercado y los belfos de los caballos en las ferias de ganado>>, se dijo O. Recordó también que, en su primera noche en Roissy, Pierre, el criado, después de encadenarla, había hecho lo mismo. Después de todo, ella no se pertenecía y lo que menos le pertenecía era esa mitad de su cuerpo que, por así decirlo, podía ser utilizada independientemente de ella. Porque, cada vez que lo comprobaba, se sentía, no ya sorprendida, sino más convencida de ello, aunque siempre con la misma turbación que la inmovilizaba y la libraba menos a aquel en cuyas manos estaba que a quien la había puesto en aquellas manos: En Roissy, y a René y aquí, ¿a quién? ¿A René o a Sir Stephen? ¡Ah, ya no lo sabía! Pero es que tampoco quería saberlo, porque era a Sir Stephen a quien pertenecía desde..., ¿desde cuándo? Anne-Marie la hizo ponerse de pie y volver a vestirse. -Puede mandármela cuando quiera –dijo a Sir Stephen-. Estaré en Samois –(Samois... O esperaba oír Roissy, ¿de qué se trataba?)- dentro de dos días. Todo irá bien. (¿Qué era lo que iría bien?)

-Si le parece, dentro de diez días –dijo Sir Stephen-. A primero de julio. En el coche que la llevaba a su casa, pues Sir Stephen se había quedado en la de Anne-Marie, O recordó una estatua que había visto en el jardín de Luxemburgo siendo niña: era la de una mujer con el talle así ceñido y que parecía más frágil todavía por el volumen abultado de sus senos y de las caderas. Estaba inclinada hacia delante, para mirarse en un estanque, también de mármol, esculpido a sus pies. Daba la impresión de que el mármol iba a romperse. Si Sir Stephen lo deseaba... A Jacqueline podría decirle que era un capricho de René. O volvió a sentir entonces una preocupación que trataba de rehuir cada vez que volvía de casa de Sir Stephen y que le extrañaba que no fuera más intensa: ¿porqué, desde que Jacqueline vivía con ella, René procuraba, no ya dejarlas a solas, lo cual era comprensible, sino no quedarse él a solas con O? Se acercaba el mes de julio, en que él debía salir de viaje; no podría ir a verla a casa de aquella Anne-Marie adonde la enviaría Sir Stephen; ¿tenía ella que resignarse a no verle más que las noches en que las invitaba a Jacqueline y a ella, o bien –y ella no sabía qué le resultaba más desconcertante (ya que entre los dos no existían sino aquellas relaciones esencialmente falsas por lo limitadas)- alguna mañana, en casa de Sir Stephen, cuando Nora le hacía entrar en el despacho, después de anunciarle? Sir Stephen le recibía siempre, René siempre besaba a O, le acariciaba la punta de los senos, hacía planes con Sir Stephen para el día siguiente, planes en los que ella no figuraba, y se marchaba. ¿La había entregado a Sir Stephen hasta el extremo de dejar de amarla? ¿Qué pasaría si no la amaba ya? O estaba ya aturdida por el pánico, que, maquinalmente, bajó del coche en el muelle, delante de su casa, en lugar de seguir en él, y echó a correr para detener un taxi. Hay pocos taxis en el muelle de Béthume. O siguió corriendo hasta el Boulevard Saint-Germain y aún tuvo que esperar. Sudaba y jadeaba porque el ceñidor le cortaba la respiración, cuando, por fin, un taxi dobló la esquina de la Rue Du Cardinal-lemoine. Le hizo una seña, dio la dirección de la oficina de René y subió, sin saber si René estaría ni si querría recibirla. Nunca había estado allí. No la sorprendió el gran inmueble, situado en una calle perpendicular a los Campos Elíseos, ni los despachos de estilo americano, sino la actitud de René, quien, sin embargo, la recibió inmediatamente. No es que se mostrara agresivo ni con aire de reproche. Ella hubiera preferido sus reproches, pues, al fin y al cabo, él no le había dado permiso para que fuera a molestarle, y tal vez lo molestaba, y mucho. Despidió a la secretaria y le dijo que no le pasara ninguna visita ni llamada telefónica. Después preguntó a O qué sucedía.

-Tuve miedo de que ya no me amaras –le dijo O. El se echó a reír. -¿Así, de repente? -Si, en el coche, al regresar de... -¿Al regresar de dónde? O guardó silencio. El volvió a reír. - ¡Qué tonta eres! Si ya lo sé. Da casa de Anne-Marie. Y, dentro de diez días te vas a Samois. Sir Stephen acaba de llamarme por teléfono. René estaba sentado en el único sillón confortable de la habitación, situado frente a la mesa, y O se acurrucó entre sus brazos. -Me es igual lo que hagan conmigo –le dijo-. Pero dime si me amas todavía. -Te amo, mi vida –dijo –René-. Pero quiero que me obedezcas, y me obedeces muy mal. ¿Le has dicho a Jacqueline que pertenecías a Sir Stephen o le has hablado de Roissy? O le aseguró que no. Jacqueline aceptaba sus caricias, pero el día en que supiera que O... René no la dejó terminar, la puso en pie, la apoyó contra el sillón del que acababa de levantarse y le alzó la falda. -¡Ah, el ceñidor! –exclamó-. Desde luego, estarás mucho mejor con el talle más fino. Después la tomó, y a O le parecía que hacía tanto tiempo desde la última vez que comprendió que, en el fondo, había dudado de si él la deseaba todavía e, ingenuamente, vio en aquello una prueba de amor.

-¿Sabes? –le preguntó él a continuación-. Eres una estúpida al no querer hablar con Jacqueline. La necesitamos en Roissy y, en el fondo, sería más cómodo que la llevaras tú. Además, cuando vuelvas de casa de Anne-Marie, ya no podrás seguir ocultándole tu verdadera condición. O le preguntó por qué. -Ya lo verás. Te quedan todavía cinco días. Porque Sir Stephen tiene la intención de volver a azotarte cinco días antes de enviarte a casa de Anne-Marie y seguramente te quedarán señales. ¿Cómo vas a justificarlas ante Jacqueline? O no respondió. Lo que René no sabía es que Jacqueline no se interesaba por O más que por la pasión que O le demostraba y nunca la miraba. Aunque tuviera el cuerpo lleno de marcas de latigazos, le bastaría con no bañarse en presencia de Jacqueline y ponerse un camisón. Jacqueline no vería nada. No había advertido que O no llevaba slip, no se daba cuenta de nada: O no le interesaba. -Óyeme –insistió René-, le dirás una cosa y se la dirás enseguida: y es que la quiero.

-¿Es verdad eso? –preguntó O. -Quiero poseerla –dijo René-, y, como tú no puedes o no quieres hacer nada, yo haré lo que tenga que hacerse. -Ella nunca querrá ir a Roissy –dijo O. -¿Qué no? Bien, pues la obligaremos. Aquella noche, cuando Jacqueline se acostó y O apartó la sábana para mirarla a la luz de la lámpara, después de decirle que René la quería, porque se lo dijo, y se lo dijo en seguida, ante la idea de ver aquel cuerpo tan frágil y esbelto castigado por el látigo, aquel vientre estrecho, abierto, la boca tan pura gritando y la pelusa de las mejillas pegada por las lágrimas, repitió la última frase de René y se estremeció de alegría.

Jacqueline se marchó para no volver hasta principios de agosto, si la película se terminaba, por lo que nada retenía a O en París. Se acercaba julio, los jardines estallaban de geranios rojos, todos los toldos orientados al sur estaban bajados, René suspiraba por tener que ir a Escocia. Durante un instante, O esperó que la llevara consigo. Pero, además de que nunca la llevaba cuando iba a ver a su familia, sabía que la cedería a Sir Stephen si éste la reclamaba. Sir Stephen dijo que el día en que René tomara el avión para Londres él iría a buscar a O. Ella estaba de vacaciones. -Iremos a casa de Anne-Marie –le dijo-. Ella te espera. No lleves equipaje. No necesitarás nada. No la llevó al apartamento del observatorio, sino a una casa baja situada en el fondo de un gran jardín, en el linde del bosque de Fontainebleau. O llevaba el ceñidor que tan necesario consideraba Anne-Marie y cada día lo apretaba un poco más, ahora casi se le podía abarcar la cintura entre las manos, Anne-Marie estaría contenta. Cuando llegaron, eran las dos de la tarde, la casa dormía y el perro ladró débilmente al oír la campanilla: un gran boyero de Flante de pelo rugoso que husmeó las rodillas de O, bajo el borde de la falda. Anne-Marie estaba sentada bajo una haya púrpura, al borde del césped que, en un ángulo del jardín, quedaba frente a los balcones de su habitación. No se levantó. -Aquí está O –dijo Sir Stephen-. Ya sabe lo que hay que hacer. ¿Cuándo estará lista? Anne-Marie miró a O. -¿No le había dicho nada? Bien, empezaremos enseguida. Habrá que contar diez días. Supongo que deseará ponerle las anillas y las iniciales usted mismo, ¿no? Vuelva dentro de quince días. Después, puede quedar todo listo al cabo de otros quince días.

O quiso decir algo, preguntar. -Un momento, O –dijo Anne-Marie-. Ve a la habitación de delante y desnúdate. Déjate sólo las sandalias y vuelve. La habitación estaba vacía, una habitación grande, blanca, con cortinas de lianzo de Jouy color violeta. O dejó el bolso, los guantes y la ropa en una silla baja, al lado de una de las puertas del armario. No había



espejo. Volvió a salir lentamente, deslumbrada por el sol hasta llegar a la sombra del haya. Sir Stephen seguía de pie delante de Anne-Marie, con el perro a sus pies. Los cabellos negros y grises de Anne-Marie brillaban como si estuvieran untados de aceite. Vestía de blanco, con cinturón de charol y sandalias también de charol que dejaban al descubierto las uñas de los pies, pintadas de rojo, como las de las manos. -O, arrodíllate frente de Sir Stephen –dijo. O se arrodilló, con los brazos cruzados a la espalda y los senos temblorosos. El perro fue a lanzarse sobre ella.

-Aquí, Turco –dijo Anne-Marie-. O, ¿consientes en llevar las anillas y las iniciales con que Sir Stephen desea marcarte, sin saber cómo te serán impuestas? -Sí –respondió O. - Entonces acompañaré a Sir Stephen. Quédate donde estás. Sir Stephen se inclinó y tomó a O por los senos mientras Anne-Marie se levantaba de su tumbona. Le besó los labios y murmuró: -¿Eres mía, O, eres realmente mía? Luego se alejó detrás de Anne-Marie. La veja se cerró. Anne-Marie regresaba. O estaba sentada sobre sus talones, con los brazos escansando en las rodillas, como una estatua egipcia. Vivían en la casa otras tres muchachas que ocupaban sendas habitaciones del primer piso. A O le dieron un pequeño dormitorio de la planta baja, contiguo al de Anne-Marie las llamó al jardín. Las tres iban desnudas, al igual que O. En aquel gineceo, cuidadosamente oculto por las altas tapias del jardín y los postigos cerrados a una calle polvorienta, las únicas que iban vestidas eran Anne-Marie y las criadas: una cocinera y dos camareras, mayores que Anne-Marie. Austeras con sus grandes faldas de alpaca negra y delantales almidonados. -Se llama O – dijo Anne-Marie, quien había vuelto a sentarse-. Acércamela, que la vea mejor. Dos de las muchachas pusieron en pie a O. Eran morenas, con el pelo tan negro como su vello púbico, y los pezones largos y casi de color violeta. La tercera era pequeña, llenita y pelirroja. En la piel cretácea de su pecho se veía un espantoso entramado de venas verdes. Las dos muchachas empujaron a O hacia Anne-Marie, quien señaló con el dedo las tres rayas negras que le cruzaban la parte delantera de los muslos y las posaderas.

-¿Quién te ha azotado? –le preguntó-. ¿Sir Stepehn? -Sí –respondió O. -¿Cuándo y cotyle="mso-bidi-font-size: 12.0pt">-Durante un mes, a partir de mañana, no se te azotará. Pero hoy, sí, para señalar el día de tu llegada, en cuanto haya terminado de examinarte. ¿Sir Stephen nunca te ha azotado en el interior de los muslos, con las piernas abiertas? ¿No? Los hombres no entienden. En seguida verá. Enséñame la cintura. ¡Ah, eso está mejor! Anne-Marie le apretaba la cintura, para afinársela aún más. Después envió a la pelirroja a buscar otro ceñidor y ordenó que se lo pusiera. También era de nylon negro y tan armado de ballenas que parecía un ancho cinturón de cuero. No tenía ligas. Una de las muchachas morenas se lo ató. Anne-Marie le ordenó que lo apretara con todas sus fuerzas. -Es terrible –dijo O: -Precisamente –dijo Anne-Marie-. Así estás mucho más bonita; pero no te lo apretabas lo suficiente. Ahora lo llevarás así todos los días. Ahora, dime cómo prefería Sir Stephen servirse de ti. Necesito saberlo. Así a O por el vientre, y O no podía responder. Dos de las muchachas se habían sentado en el suelo. La tercera, una morena, a los pies de la tumbona de Anne-Marie. -Tumbadla –ordenó Anne-Marie a las muchachas-. Quiero verla bien. O fue derribada y las dos muchachas la entreabrieron. -Es evidente –dijo Anee-Marie-. No hace falta que contestes. Es en la grupa donde habrá que marcarte. Levántate. Ahora te pondremos las pulseras. Colette, trae la caja. Vamos a echar a suertes quién tiene que aotarte. Colette traerá las fichas.

Después iremos a la sala de música. Colette era la más alta de las dos muchachas morenas. La otra se llamaba Claire y la pequeña pelirroja, Yvonne. O no se había fijado en que todas llevaban, como en Roissy, una gargantilla y pulseras de cuero en las muñecas y también en los tobillos. Cuando Yvonne le hubo puesto las pulseras a su medida, Anne-Marie entregó a O cuatro fichas y le dijo que entregara una a cada una de ellas sin mirar el número que tenían grabado. O distribuyó las fichas. Las tres muchachas las miraron sin decir nada, esperando que hablara Anne-Marie. -Tengo el dos –dijo Anne-Marie-. ¿Quién tiene el uno? Lo tenía Colette. -Llévate a O. Es tuya. Colette cogió los brazos de O y le unió las muñecas a la espalda con ayuda de las anillas. Luego la empujó ante ella. En el umbral de una puertaventana que se abría a un ala perpendicular a la fachada principal, Yvonne, que las precedía, le quitó las sandalias a O.

La puerta-ventana iluminaba una habitación cuyo techo formaba como una especie de rotunda elevada. La cúpula, apenas esbozada, estaba sostenida al principio del arco por dos estrechas columnas, situadas a dos metros una de otra. El estrado, elevado sobre cuatro escalones, se prolongaba entre las columnas en un saliente redondeado. El suelo de la rotunda, al igual que el resto de la habitación, estaba cubierto por una alfombra de fieltro rojo. Las paredes eran blancas, las cortinas de las ventanas, rojas, y los sofás dispuestos alrededor de la rotonda, rojos como la alfombra. En la parte rectangular de la sala, más ancha que profunda, o la llamaban la sala de música. Por una puerta situada cerca de la chimenea, se comunicaba directamente con la habitación de Anne-Marie. La puerta simétrica era la de un armario. No había más muebles que los sofás y el tocadiscos. Mientras Colette hacía sentar a O en el reborde del estrado que en su parte central estaba cortado a pico, pues las escaleras quedaban a derecha e izquierda de las columnas, las otras dos muchachas cerraban la puertaventana, después de haber entornado las persianas. O advirtió entonces con sorpresa que la puertaventana era doble, y Anne-Marie le dijo riendo: -Es para que no se oigan tus gritos. Las paredes están forradas de corcho. Afuera no se oye nada de lo que pasa aquí. Échate. La tomó por los hombros, la colocó sobre el fieltro rojo y la echó un poco hacia delante. Las manos de O se aferraban al borde del estrado, donde Yvonne las sujetó a una anilla, y sus riñones quedaron colgados en el vacío. Anne-Marie le obligó a doblar las rodillas sobre el pecho y, después, O sintió que le tensaban las piernas: unas correas enganchadas a los tobillos la sujetaban a las columnas por encima de su cabeza, de tal manera que lo único que se veía de su cuerpo era el surco de su vientre y sus nalgas abiertas. Anne-Marie le acarició el interior de los muslos.

-Es la parte del cuerpo en la que la piel es más fina –dijo—No hay que estropearla. Ten cuidado, Colette. Colette estaba encima de ella, con un pie a cada lado de su cintura, y, en el puente que formaban sus piernas morenas, O veía los cordones del látigo que tenía en la mano. A los primeros golpes, que le quemaron en el vientre, O gimió. Colette pasaba de la derecha a la izquierda, se detenía, volvía. O se debatía con todas sus fuerzas, creía que las correas le desgarrarían la piel. No quería suplicar, no quería pedir clemencia. Pero Anne-Marie deseaba dominarla. -Más aprisa –dijo a Colette-, y más fuerte. O se puso rígida, pero en vano. Al cabo de un minuto, cedía a los gritos y a las lágrimas, mientras Anne-Marie le acariciaba el rostro. -Un poco más, y todo habrá terminado. Sólo cinco minutos. Puedes gritar durante cinco minutos. Son y veinticinco. Colette, terminarás a la media, cuando te avise. Pero O chillaba, no, no por piedad, no podía más, no podía soportar aquel suplicio ni un segundo más. Sin embargo, lo soportó hasta el final y, cuando Colette bajó del estrado,

Anne-Marie le sonrió. -Dame las gracias –dijo a O. Y O le dio las gracias. Sabía bien por qué Anne-Marie había querido hacerla azotar de entrada. Ella nunca dudó de que una mujer pudiera ser tan cruel y más implacable que un hombre. Pero O pensaba que Anne-Marie no buscaba tanto manifestar su poder como establecer entre ella y O una complicidad. O nunca comprendió el porqué, pero había tenido que reconocer como verdad innegable el signo contradictorio de sus sentimientos: le gustaba la idea del suplicio; mientras lo sufría, hubiera traicionado al mundo entero para sustraerse a él, pero, cuando se terminaba se alegraba de haberlo sufrido y se sentía tanto más contenta cuanto más largo y cruel hubiera sido.

Anne-Marie no se había dejado engañar por el consentimiento ni por la rebelión de O y sabía que se agradecimiento no era ficticio. De todos modos, su decisión había tenido un tercer motivo que entonces le explicó. Quería demostrar a todas las muchachas que entraban en su casa, y que debían vivir en un mundo exclusivamente femenino, que su condición de mujer no perdería un ápice de su importancia por no tener contacto más que con otras mujeres, sino que, por el contrario, quedaría realzada, agudizada. Por este motivo exigía que las muchachas estuvieran siempre desnudas; la forma en que O había sido azotada, así como la postura en que la habían atado, tampoco tenían otra finalidad. Hoy, O permanecería el resto de la tarde –otras tres horas- con las piernas abiertas y levantadas, expuesta sobre el estrado, de cara al jardín, deseando constantemente poder juntar las piernas. Mañana sería Claire, Colette o Yvonne quien ocupara aquel lugar. Era un proceso demasiado lento y minucioso (como la manera de aplicar el látigo) como para ser empleado en Roissy. Pero pronto vería O cuán eficaz era. Cuando la devolvieran a Sir Stephen, además de llevar los anillos y señales, sería más abierta y profundamente esclava de lo que imaginaba.

A la mañana siguiente, después del desayuno, Anne-Marie dijo a O y a Yvonne que la siguieran a su habitación. Allí, tomó del escritorio un cofre de cuero verde que puso encima de la cama y lo abrió. Las muchachas se sentaron a sus pies. -¿No te ha dicho nada Yvonne? –preguntó Anne-Marie a O. Esta movió la cabeza negativamente. ¿Qué tenía Yvonne que decirle? -Y Sir Stephen tampoco, me consta. Pues bien, éstas son las anillas que él desea que lleves. Eran unas anillas de hierro mate, inoxidable, como el de la sortija forrada de oro. Eran gruesas como un lápiz de color y ovaladas. Parecían gruesos eslabones de una cadena. Anne-Marie mostró a O que cada una estaba formada por dos piezas en forma de U que encajaban entre sí.

-Este es sólo el modelo de prueba. Se puede quitar. El definitivo tiene un resorte interior que hay que forzar para que penetre en la ranura, donde queda bloqueado. Una vez puesto no se puede quitar si no es con una lima. Cada anilla tenía una longitud similar a las dos falanges del dedo meñique, el cual podía pararse por su interior. De cada una pendía, como otro eslabón, o como pende de un pendiente una anilla que debe quedar en el mismo plano que la oreja, prolongándola, un disco del mismo metal tan ancho como larga era la anilla. En una de sus caras, un trisket incrustado en oro, en la otra, nada. -En esta cara se grabará tu nombre, el nombre y título de Sir Stephen y, debajo, un látigo y una fusta cruzados. Yvonne lleva un disco parecido en el collar. Pero tú lo llevaras en el vientre. -Pero... –dijo O. -Ya sé –atajó Anne-Marie-. Por eso he traído a Yvonne. Enseña el vientre, Yvonne. La pelirroja se levantó del suelo y se tumbó en la cama. Anne-Marie le abrió los muslos y

mostró a O que uno de los lóbulos de su vientre estaba perforado de lado a lado en el centro de su base. La anilla de hierro pasaría con exactitud por el orificio. -Dentro de un momento te perforaré a ti, O –dijo Anne-Marie-. No es nada, lo que cuesta más tiempo es poner las grapas para suturar la epidermis de arriba con la mucosa de abajo. Es menos doloroso que el látigo.

-¿Sin dormirme? –exclamó O temblando. -Eso jamás –respondió Anne-Marie-. Sólo te ataremos un poco más fuerte que ayer. Es suficiente. Vamos. Ocho días después, Anne-Marie quitaba a O las grapas y le ponía la anilla de prueba. Por ligero que fuera –más de lo que parecía, pues estaba hueco-, pesaba. Aquel duro metal que se veía perfectamente penetrar en la carne, parecía un instrumento de tortura. ¿Qué sería cuando le pusieran la segunda anilla, que aumentaría su peso? Aquel bárbaro aparato saltaría a la vista. -Claro que sí –dijo Anne-Marie cuando O le hizo este comentario-. ¿Comprendes ya lo que desea Sir Stephen? Cualquiera que, en Roissy o en cualquier parte, te levante la falda, verá inmediatamente sus anillas en tu vientre y, si te hacen dar la vuelta, verá su marca en tus riñones. Tal vez algún día puedas limar las anillas. Pero la marca no podrás borrarla nunca.

-Yo creía que los tatuajes podían borrarse –dijo Colette. Fue ella quien, sobre la piel blanca de Yvonne, encima del triángulo del vientre, tatuó en letras azules, rameadas como las de los bordados, las iniciales del amo de Yvonne. -O no será tatuada –respondió Anne-Marie. O la miró. Colette e Yvonne callaban, desconcertadas. Anne-Marie titubeaba. -Vamos, dígalo –la animó O. Pobrecita, no me atrevía a hablarte de ello: tú serás mascada con hierros. Sir Stephen me los mandó hace dos días. ¿Hierros? –preguntó Yvonne. Hierros candentes. Desde el primer día, O compartió la vida de la casa. La ociosidad era absoluta y deliberada, y las distracciones, monótonas. Las muchachas podían pasear por el jardín, leer, dibujar, jugar a las cartas y hacer solitarios, dormir o tomar el sol para broncearse. A veces, pasaban horas hablando todas juntas, o de dos en dos; a veces, permanecían sentadas a los pies de Anne-Marie, en silencio. Las comidas se parecían todas, la cena se servía a la luz de las velas, el té en el jardín, y resultaba absurdo ver la naturalidad con que las dos criadas servían a aquellas muchachas desnudas, sentadas en torno a una mesa de ceremonia. Por la noche, Anne-Marie designaba a la que dormiría con ella, quien a veces era la misma durante varias noches seguidas. La acariciaba y se hacía acariciar por ella hasta el amanecer.

Después, la despedía y se dormía. Las cortinas color violeta, corridas sólo a medias, teñían de malva la primera luz del día. Decía Yvonne que Anne-Marie estaba hermosa y altiva en el placer, y que era incansable en sus exigencias. Ninguna la había visto completamente desnuda. Ella se limitaba a abrir o levantar el camisón de punto de nylon blanco, pero no se lo quitaba. Ni el placer que pudiera haber experimentado durante la noche ni su elección de la víspera influían sobre la decisión de la tarde, que siempre se echaba a suertes. A las tres, bajo el haya púrpura, a cuya sombra se agrupaban las butacas del jardín en torno a una mesa redonda de piedra blanca, Anne-Marie sacaba la copa con los dados. Cada muchacha tomaba un dado. La que sacaba el número más bajo era llevada a la sala de música y atada al estrado como lo fuera O (quien estaba eximida hasta su marcha). La muchacha debía entonces designar la mano derecha o la mano izquierda de Anne-Marie, en la que ésta tenía una bola blanca o una bola negra, al azar. Negra, la muchacha era azotada; blanca, no lo era. Anne-Marie nunca hacía trampas, ni aunque el azar condenara o liberara a la misma

muchacha durante varios días seguidos. Así, el suplicio de la pequeña Yvonne, quien lloraba llamando a su amante, se repitió durante cuatro días seguidos. Sus muslos, veteados de verde como su pecho, se unían a lo largo de una franja de carne rosada, perforada por la gruesa anilla que resultaba tanto más impresionante cuando que Yvonne estaba completamente depilada. -Pero, ¿por qué? -preguntó O-. ¿Y porqué la anilla, si el disco lo llevas en el collar? -Dice que depilada estoy más desnuda. La anilla me parece que es para atarme. Los ojos verdes de Yvonne y su rostro pequeño y triangular le recordaban a Jacqueline. ¿Iría Jacqueline a Roissy? Algún día también pasaría por aquella casa y sería atada al estrado.

“No quiero”, se decía O, “no quiero y no haré nada para traerla. Demasiado le he dicho ya. Jacqueline no está hecha para ser golpeada ni marcada.” Pero ¡qué bien le iban a Yvonne los hierros y los golpes! ¡Qué grato su sudor y qué dulce hacerla gemir! Porque Anne-Marie, en dos ocasiones, y sólo cuando se trataba de Yvonne, le había dado el látigo a O, ordenándole que la golpeará. La primera vez, O vaciló. Al primer grito de Yvonne, retrocedió; pero, cuando volvió a golpearla, e Yvonne gritó de nuevo, con más fuerza, sintió que un placer terrible la embargaba, tan intenso que se reía a pesar suyo y tenía que dominarse para espaciar los golpes y no acelerar el ritmo. Después, se había quedado cerca de Yvonne todo el tiempo que ésta había permanecido atada, besándola de vez en cuando. Sin duda, se parecía en cierto modo a ella. Por lo menos, eso creía Anne-Marie, a juzgar por su actitud. ¿Era el silencio de O, su docilidad, lo que la tentaba? Apenas se cicatrizaron las heridas de O, Anne-Marie le dijo: -¡Cuánto siento no poder hacerte azotar! Cuando vuelvas... De todos modos, te abriré todos los días.

Y, todos los días, cuando desataban a la muchacha que estuviera en la sala de música, O ocupaba su lugar hasta que sonaba la llamada para la cena. Y Anne-Marie tenía razón: era verdad que durante aquellas dos horas no podía pensar más que en el anillo, cuyo peso sentía sobre el vientre y que pesaba mucho más ahora, con el segundo eslabón, y en que estaba abierta. En nada que no fuera su esclavitud o las señales de su esclavitud. Una tarde, Claire, que entraba del jardín con Colette, se acercó a O e hizo girar los anillos. Todavía no había en ellos inscripción alguna. -¿Fue Anne-Marie quien te llevó a Roissy? -preguntó. -No -respondió O. -A mí me llevó hace dos años. Vuelvo allí pasado mañana. -Pero, ¿no perteneces a nadie? -preguntó O. -Claire me pertenece a mí -dijo Anne-Marie, que entraba en aquel momento-. Mañana por la mañana llega tu amo. O. Esta noche dormirás conmigo. La noche era corta; pronto empezó lentamente a clarear y, hacia las cuatro de la madrugada, el día borraba las últimas estrellas. O, que dormía con las rodillas juntas, despertó al sentir entre los muslos la mano de Anne-Marie sólo quería despertarla para que O la acariciara. Sus ojos brillaban en la penumbra, y sus cabellos grises, salpicados de hebras negras, cortos y erizados por la almohada, le daban aspecto de gran señor exiliado, de libertino valeroso. O rozó con los labios la dura punta de sus senos y, con la mano, el surco del vientre. Anne-Marie se rindió en seguida, pero no a O. El placer al que abría los ojos, con la cara vuelta hacia la luz del día, era anónimo e impersonal, del cual O no era más que el instrumento. A Anne-Marie le era indiferente que O admirara su rostro terso y rejuvenecido y su hermosa boca jadeante, le era indiferente que O la oyera gemir al aprisionar con los dientes y los labios la cresta de carne oculta en el surco del vientre. Se limitó a coger a O por el cabello para atraerla con más fuerza contra sí y no la soltó sino para decirle: -Otra vez. Así había amado O a Jacqueline. La había tenido igualmente abandonada entre los brazos. La había

poseído, o. Por lo menos, eso creía ella. Pero la identidad de movimientos no significa nada. O no poseía a Anne-Marie exigía las caricias sin preocuparse de lo que sintiera quien la acariciaba, y se entregaba con insolente libertad. Sin embargo, estuvo cariñosa con O, le besó la boca y los senos, y la tuvo abrazada una hora antes de despedirla. Le había quitado los anillos.

-Son las últimas horas en que podrás dormir sin hierros. Los que te pondremos después, no podrás quitártelos. Acarició suave y largamente las nalgas de O y la llevó a la habitación en la que se vestía, la única de la casa que tenía espejo de tres cuerpos, siempre cerrado. Lo abrió para que O pudiera verse. -Esta es la última vez intacta –le dijo-. En parte, lisa y redonda, serás marcada con las iniciales de Sir Stephen, a ambos lados. La víspera de tu marcha, te pondré otra vez ante el espejo, no te reconocerás. Pero Sir Stephen tiene razón. Vete a la cama, O. Pero la angustia le impidió dormir y, cuando, a las diez entró Colette a buscarla, tuvo que ayudarla a bañarse y peinarse y pintarle los labios. O temblaba de pies a cabeza, Había oído abrirse la puerta: Sir Stephen había llegado. -Ven, O –le dijo Yvonne-. El te espera. El sol estaba muy alto, ni un soplo de aire movía las hojas del haya: parecía un árbol de cobre. El perro, abrumado por el calor, yacía al pie del árbol y, como el sol no estaba todavía detrás de la zona espesa de su copa, se filtraba a través de la única rama que a aquella hora proyectaba sombra sobre la mesa: la piedra estaba sembrada de manchas claras y tibias. Sir Stephen se hallaba de pie, inmóvil, al lado de la mesa, y Anne-Marie, sentada, junto a él. -Aquí la tiene –dijo Anne-Marie cuando Yvonne hubo conducido a O hasta donde él estaba-. Los anillos pueden colocarse cuando usted quiera. Ya ha sido taladrada.

Sin responder, Sir Stephen atrajo a O hacia sí, la besó en la boca y, levantándola en vilo, la depositó en la mesa y se quedó inclinado sobre ella. Volvió a besarla, le acarició las cejas y el cabello y dijo a Anne-Marie, irguiéndose: -Ahora mismo, si no tiene inconveniente. Anne-Marie abrió la caja de cuero que estaba encima de un sillón abiertas que llevaban los nombres de O y de él. -Adelante –dijo Sir Stephen. Yvonne le levantó las rodillas, y O sintió en la carne el frío del metal que Anne-Marie introducía en ella. En el momento de insertar la segunda parte de la anilla, Anne-Marie procuró que la cara con la incrustación de oro quedara pegada al muslo y la otra cara hacia el interior. Pero el resorte era tan duro que los hierros no se engarzaban. Hubo que enviar a Yvonne a buscar un martillo. Entonces enderezaron a O y la colocaron, con las piernas separadas, encima del reborde de piedra, que hizo las veces de yunque, en el que, alternativamente, apoyaron el extremo de cada eslabón y golpearon sobre el otro extremo para remacharlos. Sir Stephen miraba sin decir palabra. Cuando terminó la operación, dio las gracias a Anne-Marie y ayudó a O a ponerse en pie. Ella advirtió entonces que estos hierros eran mucho más pesados que los que llevara provisionalmente en los días anteriores. Pero éstos eran definitivos.

-Ahora la marca, ¿verdad? –dijo Anne-Marie a Sir Stephen. El movió afirmativamente la cabeza y sujetó por la cintura a O, quien se tambaleaba. Ahora no llevaba corsé negro, pero éste la había comprimido tan bien que parecía que iba a romperse de tan esbelta. Las caderas parecían más redondeadas y los senos más abultados. En la sala de música, a la que, siguiendo a Anne-Marie y a Yvonne, Sir Stephen llevó a O casi en volandas, estaban Claire y Colette, sentadas en el estrado. Al verles entrar, se levantaron. En el estrado, había un gran hornillo redondo con una boca. Anne-Marie sacó las correas del armario y mandó

atar fuertemente a O por la cintura y las pantorrillas, con el vientre aplastado contra una de las columnas. Le ataron también las manos y los pies. Aturdida por el miedo, sintió que la mano de Anne-Marie señalaba el lugar de sus nalgas donde tenían que aplicarle el hierro. Oyó el silbido de una llama y, en silencio absoluto, una ventana que se cerraba. Hubiera podido volver la cabeza y mirar. No tenía fuerzas. Un dolor insoportable la traspasó, lanzándola contra las ligaduras, rígida y chillando, y nunca supo quién le había hundido en la carne de las nalgas los dos hierros candentes a la vez, qué voz fue la que, lentamente, contó hasta cinco, ni quién dio la señal para que se los retiraran. Cuando la desataron, cayó en los brazos de Anne-Marie y, antes de que todo acabara de dar vueltas a su alrededor y se oscureciera, antes de perder el conocimiento, aún tuvo tiempo de entrever, entre dos oleadas de noche, el rostro lívido de Sir Stephen.

Sir Stephen llevó a O a París diez días antes del final de julio. Los hierros que traspasaban el lóbulo izquierdo de su vientre y llevaban una inscripción que decía que ella era propiedad de Sir Stephen, le llegaban hasta la tercera parte del muslo y se movían entre sus piernas a cada paso como el badajo de una campana, pues el disco grabado era más pesado y más lergo que la anilla de la que colgaba. Las señales impresas por el hierro candente, de tres dedos de alto y la mitad de ancho, estaban grabadas en la carne, como con cincel, casi a un centímetro de profundidad. Sólo con rozarlas se notaban. Por aquellos hierros y aquellas señales O sentía un orgullo disparatado. Si Jacqueline hubiera estado allí, en lugar de tratar de disimular, como había hecho con las marcas de los latigazos que Sir Stephen le había infligido durante los últimos días antes de su marcha, hubiera corrido a buscarla para enseñárselos. Pero Jacqueline tardaría aún ocho días en regresar. René tampoco estaba. Durante aquellos ocho días, O, a petición de Sir Stephen, encargó varios vestidos de playa y trajes de noche muy ligeros. No le permitió más que variantes de dos modelos: uno cerrado de arriba abajo por una cremallera (O tenía ya alguno parecido) y el otro compuesto por falda acampanada que pudiera levantarse con un solo movimiento, un corsé que le subía hasta los senos y un bolero abrochado hasta el cuello. Bastaba que se quitara el bolero para que los hombros y los senos quedaran desnudos o, sin quitárselo, con sólo desabrocharlo se verían los senos. En el traje de baño no había ni que pensar. O no podía llevar bañador: se le hubieran salido los hierros por debajo. Sir Stephen le dijo que aquel verano, cuando se bañara, lo haría desnuda. O había podido darse cuenta de que a él le gustaba, en todo momento, cuando la tenía cerca, aunque en aquel momento no la deseara, asirla por el vientre y tirarle del vello, abrirla y hurgarla largamente con la mano.

El placer que sentía O cuando ella así palpaba con la mano, Jacqueline, húmeda y ardiente, le hacía comprender el placer de Sir Stephen. Era natural que no quisiera que algo se lo dificultara. Con los twills rayados o a lunares, gris y blanco, y azul marino y blanco, que O eligió, con falda plisada soleil y bolero ajustado y cerrado, o los dos vestidos más sobrios en cloqué de nylon negro, apenas maquillada, sin sombrero, con el pelo suelto, O tenía aspecto de jovencita formal. Dondequiera que Sir Stephen la llevara, la tomaban por su hija o, a lo sumo, por su sobrina, dado que él la tuteaba y ella le hablaba de usted. Solos los dos en París, paseando por las calles y mirando escaparates, o por los muelles polvorientos por falta de lluvia, veían sin asombro que los que se cruzaban con ellos les sonreían como se sonríe a las personas felices. A veces, Sir Stephen la atraía hacia un portal oscuro con olor a sótano para besarla y decirle que la quería. O hundía sus altos tacones en la parte baja de la puerta. Al fondo, se veía un patio de vecindad con ropa tendida en los balcones. En uno de

ellos, una muchacha rubia los miraba fijamente. Un gato se les paseaba entre las piernas. Pasearon por los Gobelins, por Saint-Marcel, Rue Moyffetard, el Temple y la Bastilla. Un día, Sir Stephen, bruscamente, la hizo entrar en un mísero hotel de paso en el que el conserje, al principio, quería hacerles llenar la ficha y luego les dijo que para una hora no valía la pena. El papel de la habitación era azul con grandes peonías doradas, la ventana daba a un patio interior que olía a basura. Por débil que fuera la bombilla de la cabecera de la cama, se veían encima del mármol de la chimenea un poco de polvo volcado y unas horquillas. En el techo, encima de la cama, un gran espejo.

Una sola vez, Sir Stephen invitó a almorzar con O a dos compatriotas que estaban de paso. Fue a buscarla al muelle Béthune una hora antes de lo acordado, en lugar de esperarla en su casa. O estaba bañada, pero no peinada, ni maquillada, ni vestida. Vio, sorprendida, que Sir Stephen traía una bolsa de palos de golf. Pero la sorpresa pasó pronto: Sir Stephen le dijo que abriera la bolsa. Dentro había varias fustas de cuero, dos muy finas y largas negro, un látigo de flagelante con tres largas correas de cuero verde, rezadas en el extremo, otro látigo con cordones anudados, un látigo de perro formado por una gruesa correa de cuero con el mango trenzado, brazaletes de cuero como los de Roissy y cuerdas. O lo dispuso todo, bien ordenado, encima de la cama. Por mucha costumbre o firmeza que tuviera, estaba temblando. Sir Stephen la abrazó: -¿Qué prefieres, O? –le preguntó. Pero ella casi no podía hablar y sentía que el sudor le corría por las axilas.

-¿Qué prefieres? –insistió él-. Está bien, aunque no quieras hablar, me ayudarás. Le pidió clavos y, después de buscar la manera de cruzar los látigos y fustas para formar una decoración, indicó a O que el tablero de madera adosado a la pared entre el espejo y la chimenea, frente a la cama, sería el lugar más indicado para colocarlos. Colocó los clavos. Los látigos y las fustas tenían anillas en el extremo del mango por las que podían colgarse con facilidad. Con los látigos, las fustas, los brazaletes y las cuerdas, O tendría así, frente a su cama, la panoplia completa de sus instrumentos de tortura. Era una hermosa panoplia, tan armoniosa como la rueda y las tenazas que se ven en los cuadros que representan a santa Catalina mártir, como el martillo, los clavos, la corona de espinas y el flagelo de los cuadros de Pasión. Cuando volviera Jacqueline... Pero no se trataba ahora de Jacqueline. Había que responder a la pregunta de Sir Stephen: O no podía hacerlo. El mismo tuvo que elegir y eligió el látigo para perros. En la Pésouse, en un minúsculo reservado del segundo piso, en el que los personajes estilo Watteau de las paredes, de colores pálidos y un poco borrosos, parecían actores de teatro de muñecas. O fue colocada en el sofá, sola, con uno de los amigos de Sir Stephen a su derecha y el otro a su izquierda, en sendos sillones, y Sir Stephen, enfrente. A uno de los hombres lo había visto en Roissy, pero no recordaba haberle pertenecido. El otro era un muchacho alto, pelirrojo, de ojos grises, que no tendría ni veinticinco años. Sir Stephen, en dos palabras, le dijo por qué había invitado a O y lo que ella era. Una vez más, al escucharle, O se asombró de la brutalidad de su lenguaje. Pero, ¿cómo quería ella que la llamara sino puta, si, en presencia de tres hombres, sin contar a los camareros que entraban y salían, pues la comida no había terminado, consentía en abrirse el cuerpo del vestido para mostrar los senos, con la punta maquillada y cruzados por las señales violáceas de la fusta? La comida fue muy larga, y los dos ingleses bebieron mucho.

A la hora del café, cuando sirvieron los licores, Sir Stephen apartó la masa y, después de levantar la falda de O para que sus amigos vieran cómo la había taladrado y marcado, la



dejó con ellos. El hombre que había conocido en Roissy acabó en seguida. Sin levantarse del sillón ni tocarla, le ordenó que se arrodillara ante él, le tomara el miembro entre las manos y se lo acariciara hasta que él pudiera derramarse en su boca. Después, la obligó a abrocharle y se fue. Pero el joven pelirrojo, trastornado por la sumisión de O, las anillas y las laceraciones que había visto en su cuerpo, en lugar de abalanzarse sobre ella como O esperaba, la tomó por la mano, le hizo bajar la escalera sin siquiera una mirada a las sonrisas burlonas de los camareros y la llevó en taxi a su hotel. No la dejó marchar hasta la noche, después de haberle surcado frenéticamente el vientre y la grupa, que dejó magullados, por lo ancho y rígido que era, enloquecido por la posibilidad que se le ofrecía por primera vez en su vida de penetrar doblemente en una mujer y de hacerse besar por ella del modo que acababa de presenciar (algo que él nunca se había atrevido a pedir a nadie). Al día siguiente, a las dos, cuando O llegó a casa de Sir Stephen, quien la había mandado llamar, lo encontró con cara triste y envejecido.

-O, Eric se ha enamorado locamente de ti –le dijo-. Esta mañana ha venido a suplicarme que te dé la libertad y a decirme que quiere casarse contigo. Quiere salvarte. Ya ves lo que te hago si eres mía, O, y; si eres mía, no puedes negarte, pero ya sabes que en todo momento puedes negarte a ser mía. Así se lo he dicho. Volverá a las tres. O se echó a reír. -¿No es ya un poco tarde para eso? –preguntó-. Los dos están locos. Si Eric no hubiera venido esta mañana, ¿qué habríamos hecho usted y yo esta tarde? ¿Habríamos salido a pasear? Pues vámonos a pasear. ¿O usted no me habría llamado? Entonces me marchó...

-No –dijo Sir Stephen-; te hubiera llamado, O, pero no exactamente para salir a pasear. Quería... -Siga. -Ven. Así será más fácil. Se levantó y abrió una puerta situada en la pared frente a la chimenea, simétrica a la de la entrada al despacho. O siempre había creído que era una puerta de armario, condenada. Vio un pequeño gabinete recién pintado y tapizado de seda granate, la mitad del cual estaba ocupado por un estrado redondo con dos columnas, idéntico al estrado de Samoia. -Las paredes y el techo están forrados de corcho, la puerta acolchada y hay doble ventana, ¿no? Sir Stephen movió afirmativamente la cabeza. -¿Y desde cuándo...? -Desde que regresaste. -Entonces, ¿por qué...? -¿Por qué he esperado hasta hoy? Porque esperaba que pasaras por otras manos además de las mías. Ahora te castigaré por ello. Nunca te he castigado, O. -Soy suya –dijo O-. Castígueme. Cuando venga Eric...

Una hora después, al ver a O grotescamente écartelé entre las dos columnas, el joven palideció, balbuceó y desapareció. O pensaba no volver a verle. Lo encontró en Roissy, a finales de septiembre, donde la exigió tres días seguidos y la maltrató salvajemente.

#### Capítulo 4º La lechuza

O no acertaba a comprender que hubiera habido un tiempo en el que dudara en hablar a Jacqueline de lo que René, acertadamente, llamaba su verdadera condición. Ya le había dicho Anne-Marie que, cuando saliera de su casa, habría cambiado. Pero ella no creía que pudiera cambiar tanto. Le parecía perfectamente natural, con Jacqueline otra vez en casa, más radiante y más fresca que nunca, no esconderse ya para bañarse ni para vestirse. De todos modos, Jacqueline prestaba tan poca atención a todo aquello que no fuera ella misma que hasta dos días después de su llegada, al entrar de improviso en el cuarto de baño en el

momento en que O, al salir de la bañera, hizo tintinear en el esmalte del borde los hierros de su vientre, no reparó en el disco que colgaba entre las piernas de O ni en las señales de los latigazos que le cruzaban los muslos y los senos. -¿Qué tienes ahí? –le preguntó. -Ha sido Sir Stephen –respondió O. Y añadió, como si fuera lo más natural-: René me entregó a él, y él me ha hecho poner una placa con su nombre. Mira. Mientras se secaba con el albornoz, para permitirle tocar el disco y leer la inscripción, se acercó a Jacqueline, quien, de la impresión, se sentó en el taburete lacado. Después, se quitó el albornoz, se volvió y señaló con la mano la S y la H que tenía grabadas en las nalgas:

-También me hizo marcar con sus iniciales. Lo demás son golpes de fusta. Generalmente, me azota él mismo; pero hay veces en que me hace azotar por su criada negra. Jacqueline la miraba sin pronunciar palabra. O se echó a reír y fue a darle un beso. Jacqueline, asustada, la rechazó y huyó hacia el dormitorio. O acabó de secarse tranquilamente, se perfumó y se cepilló el pelo. Se puso el ceñidor, las medias y las chinelas y, cuando, a su vez, entró en el dormitorio, su mirada tropezó en el espejo con la de Jacqueline quien estaba peinándose sin darse cuenta de lo que hacía. -Apriétame el ceñidor –le dijo-. Parece que te asombra. ¿No te lo ha contado René, a pesar de estar enamorado de ti? -No lo entiendo –dijo Jacqueline. Y, revelando de entrada qué era lo que más la sorprendía, añadió-: Pareces estar orgullosa. No lo entiendo. -Cuando René te lleve a Roissy, lo comprenderás. ¿Ya te acuestas con él? Una oleada de sangre invadió la cara de Jacqueline, quien movió negativamente la cabeza con tan poca naturalidad que O volvió a echarse a reír.

-Mientes, querida. Eres estúpida. Tienes perfecto derecho a acostarse con él. Pero éste no es motivo para que me rechaces. Deja que te acaricie. Te hablaré de Roissy. ¿Temía Jacqueline que O le hiciera una violenta escena de celos y cedió porque se sentía aliviada, o fue por curiosidad, para obtener explicaciones de O, o, simplemente, porque le gustaban la paciencia, la lentitud y la pasión con que O acariciaba? Lo cierto es que cedió. -Cuenta –dijo después a O. -Sí, pero antes bésame la punta de los senos. Ya es hora de que empieces a acostumbrarte, si quieres servir de algo a René. Jacqueline obedeció, y obedeció tan bien que hizo gemir a O. -Cuenta –insistió. Por fin y claro que fuera el relato de O, y pese a que ella misma era prueba material de cuanto decía, a Jacqueline le pareció delirante. -¿Y vas a volver en septiembre? –le preguntó. -Cuando regresemos del Mediodía. Yo misma te llevaré, o te llevará René. -Ya me gustaría verlo –dijo Jacqueline-. Pero verlo nada más. -Desde luego. Es posible –dijo O que estaba convencida de lo contrario. Pero se decía que, si ella podía convencer a Jacqueline para que cruzara la verja de Roissy, Sir Stephen se lo agradecería. Después, los criados, las cadenas y los látigos se encargarían de enseñarla a obedecer. Ella sabía ya que, en la casa que Sir Stephen había alquilado cerca de Cannes, donde ella debía pasar el mes de agosto con René, Jacqueline y con él, además de la hermana menor de Jacqueline, que ésta había pedido permiso para llevar consigo –no porque quisiera hacerle un favor, sino porque su madre la atosigaba para que convenciera a O-, sabía que la habitación que ella ocuparía y en la que Jacqueline no podría negarse a dormir por lo menos la siesta, cuando René no estuviera, estaba separada de la habitación de Sir Stephen por un tabique, que parecía macizo y no lo era, y que consistía en un enrejado calado: bastaba con levantar una cortina para ver y oír lo que ocurriera al otro lado con la misma claridad que si estuviera uno de pie al lado de la cama. Jacqueline estaría expuesta a la mirada de Sir Stephen mientras O la acariciara y, cuando se enterase, ya sería demasiado tarde. O se complacía en pensar que traicionaría a Jacqueline, pues se sentía

insultada al ver que Jacqueline despreciaba aquella condición de esclava marcada y azotada, de la que O tan orgullosa se sentía.

O nunca había estado en el Mediodía. El cielo azul y fijo, el mar que apenas se movía, los pinos inmóviles bajo el sol, todo le pareció hostil y mineral. -No son árboles de verdad – decía tristemente mirando los aromáticos bosques llenos de jaras y madroños, en los que todas las piedras y hasta los líquenes estaban tibios al tacto. -El mar no huele a mar –decía también. Le reprochaba que no escupiera más que alguna que otra alga amarillenta parecida al estiércol de caballo, que fuera demasiado azul y que lamiera la orilla siempre en el mismo sitio. Pero, en el jardín de la casa, que era una antigua granja remozada, se estaba lejos del mar. A derecha e izquierda, unas tapias altas protegían de los vecinos; el ala de la servidumbre daba al patio de entrada, en la otra fachada, y la fachada del jardín, en la que estaba la habitación de O, que se abría directamente a una terraza situada en el primer piso, estaba orientada al Este. La copa de unos grandes laureles negruzcos rozaba las tejas árabes que servían de parapeto a la terraza. Un encañizado la protegía del sol de mediodía y las baldosas rojas del suelo eran iguales a las de la habitación.

Salvo la pared que separaba la habitación de O de la de Sir Stephen –y era la pared de una gran alcoba, delimitada por un arco y separada del resto de la habitación por una especie de barrera parecida a la barandilla de una escalera, de madera torneada-, las restantes estaban encaladas. Las gruesas alfombras blancas extendidas sobre las baldosas eran de algodón y las cortinas, de lienzo amarillo y blanco. Había dos butacas cubiertas de la misma tela y colchones camboyanos azules, doblados en tres. Completaban el mobiliario una hermosa cómoda de nogal estilo Regencia y una mesa campesina, larga y estrecha, de madera clara, encerada, brillante como un espejo. O colgaba su ropa en un ropero. La cómoda le servía de tocador. A la pequeña Natalie la habían instalado cerca de la habitación de O y, por las mañanas, a la hora en que sabía que O tomaba el sol en la terraza, iba a reunirse con ella y se tumbaba a su lado.

Era una muchachita muy blanca, de miembros bien moldeados y, sin embargo, esbelta, con ojos rasgados como los de su hermana, aunque negros brillantes, que le daban aspecto de china. Su negro cabello estaba corado por delante en un espeso flequillo y, detrás, en línea recta, a ras de la nuca. Tenía unos senos pequeños, firmes y trémulos y unas caderas de niña, apenas curvadas. También ella vio a O por sorpresa, al salir corriendo a la terraza donde creía encontrar a su hermana. O estaba sola, tendida boca abajo en uno de los colchones. Pero lo que repugnaba a Jacqueline a ella le hizo sentir envidia y deseo. Interrogó a su hermana. Las respuestas con que Jacqueline creía escandalizarla, al contarle todo lo que O le había referido, no hicieron cambiar los sentimientos de Natalie, sino el contrario. Se había enamorado de O. Consiguió callarlo durante más de una semana, hasta un domingo por la tarde, en que se las ingenió para quedarse a solas con O. Hacía menos calor que de costumbre. René, quien había estado nadando durante parte de la mañana, dormía en el sofá de una habitación fresca de la planta baja. Jacqueline, molesta al ver que prefería dormir, se reunió con O en su alcoba. El mar y el sol la habían dorado todavía más: su cabello, sus cejas, sus pestañas, el vello del vientre y las axilas parecían espolvoreados de plata y, como no iba en absoluto maquillada, sus labios tenían el mismo tono rosado que la carne del surco de su vientre. Para que Sir Stephen –cuya presencia invisible, se decía O, ella hubiera adivinado, sentido, percibido, de haber estado en el lugar de Jacqueline-,

podiera verla bien, O procuró levantarle las piernas varias veces y mantenérselas abiertas a plena luz: la lámpara de la mesita de noche estaba encendida. Los postigos estaban cerrados y la habitación, casi a oscuras, pese a las rayas de luz que se filtraban a través las ontraventanas, los brazos levantados, apretando los barrotos de la cabecera de la cama estilo italiano, empezó a gritar cuando O, separando los lóbulos de pálido vello, mordió lentamente la cresta de carne sobre la que se unían, entre los muslos, los finos y suaves labios. O la sentía arder, rígida bajo su lengua y la hizo gritar sin pausa hasta que se distendió bruscamente, con todos los resortes rotos, húmeda de placer. Luego, la envió a su habitación, donde se durmió; pero estaba ya despierta y arreglada cuando, a las cinco, René fue a buscarla para salir al mar con Natalie en una pequeña barca de vela, como solían hacer a última hora de la tarde, aprovechando la suave brisa que entonces se levantaba.

-¿Dónde está Natalie? –preguntó René. Natalie no estaba en su habitación ni en la casa. La llamaron por el jardín. René se acercó al bosque de encinas que se extendía a continuación del jardín. Nadie contestó. -Seguramente, ya estará en la cala –dijo René-. O en la barca. Se fueron sin volver a llamarla. Fue entonces cuando O, quien estaba tumbada en una hamaca en la terraza, vio a través de la balaustrada a Natalie que corría hacia la casa. Se levantó y se puso la bata, pues hacía aún mucho calor y estaba desnuda. Se anudaba el cinturón cuando entró Natalie hecha una furia y se arrojó sobre ella. -¡Ya se fue! ¡Por fin se fue! –gritó-. La he oído, O, os he oído a las dos. Estuve escuchando detrás de la puerta. Tú la besas y la acaricias. ¿Por qué no me acaricias a mí? ¿Por qué no me besas? ¿Es porque soy morena y no soy guapa? Ella no te quiere, O, y yo sí –y se echó a llorar.

“Ah, vamos”, se dijo O. Hizo sentar a la niña en un sillón y sacó de la cómoda un pañuelo grande. (Era de Sir Stephen.) Cuando los sollozos de Natalie se hubieron calmado un poco, le secó las lágrimas. Natalie le pidió perdón y le besó las manos. -Aunque no quieras besarme, O, deja que me quede a tu lado. Quiero estar siempre a tu lado. Si tuvieras un perro, dejarías que estuviera a tu lado. Si no quieres besarme, pégame, pero no me eches. - Calla, Natalie, no sabes lo que dices –murmuró O en voz baja. La pequeña, también en voz baja y abrazándose a las rodillas de O, respondió: -OH, sí lo sé muy bien. La otra mañana, te vi en la terraza, vi las iniciales y los morados. Y me ha dicho Jacqueline... -¿Qué te ha dicho? -Dónde estuviste, O, y lo que te hacían.

-¿Te ha hablado de Roissy? -Y también me ha dicho que tú... que tú estabas... -¿Qué yo estaba...? -Que llevas unas anillas de hierro. -Sí. ¿Y qué más? -Pues que Sir Stephen te azota todos los días. -Sí, y va a venir en seguida. Máchate, Natalie. Natalie no se movió de su asiento, levantó la cara hacia O, y O vio la adoración que había en sus ojos. -Enséñame, O, te lo ruego. Quiero ser como tú. Haré todo lo que me digas. Prométeme que, cuando vuelvas a ese sitio que dice Jacqueline, me llevarás contigo. -Eres demasiado joven –dijo O. -No soy demasiado joven –gritó Natalie, furiosa-. Tengo más de quince años. No soy demasiado joven. Pregunta a Sir Stephen –porque él entraba en aquel momento. Natalie obtuvo permiso para quedarse junto a O y la promesa de que la llevarían a Roissy. Pero Sir Stephen prohibió a O que le enseñara caricia alguna, que la besara, aunque fuera en al boca y que se dejara besar por ella. Quería que llegara a Roissy sin haber sido tocada por las manos ni por los labios de nadie. Por el contrario, ya que ella quería estar siempre con O, exigió que no se apartara de ella ni un instante, que viera cómo O acariciaba a Jacqueline y cómo le acariciaba y se entregaba a él, y cómo era azotada por él y por la vieja Nora.

Los besos con que O sobre la boca de su hermana, hacían temblar a Natalie de celos y de odio. Pero cuando, acurrucada sobre la alfombra, en la alcoba, al pie de la cama de O, como la pequeña dinarzade al pie de la cama de Sheherezade, veía a O atada a la balaustrada de madera retorcerse bajo la fusta, a O de rodillas recibir humildemente en la boca el grueso miembro erguido de Sir Stephen, a O, prosternada, separarse las nalgas con sus propias manos para ofrecerle el camino de su grupa, Natalie no sentía más que admiración, impaciencia y envidia. Tal vez O se fió demasiado de la indiferencia y la sensualidad de Jacqueline, tal vez Jacqueline, ingenuamente, consideró que prestarse a O podía hacer peligrar sus relaciones con René, lo cierto es que se retiró bruscamente. Hacia la misma época, pareció que empezaba a querer distanciarse de René, con quien pasaba casi todas las noches y todos los días. Nunca tuvo hacia él la actitud de alguien enamorado. Le miraba fríamente y, cuando le sonreía, la sonrisa no llegaba a los ojos. Aun admitiendo que se abandonara a él como se abandonaba a O, lo cual era probable, O estaba convencida de que aquel abandono no comprometía gran cosa a Jacqueline. A René, por el contrario, se le veía ciego de deseo ante ella, paralizado por un amor que él no había conocido hasta entonces, un amor lleno de inquietud, inseguro de ser correspondido y temerosos de desagradar. Vivía y dormía en la misma casa que Sir Stephen y con O, y hablaba con ellos y, sin embargo, ni les veía ni les oía.

Veía, oía, hablaba a través de ellos, más allá de ellos, tratando constantemente de alcanzar, en un esfuerzo mudo y agotador, parecido a los esfuerzos que se hacen en sueños para saltar en el tranvía que arranca, para asirse al parapeto del puente que se hunde, tratando de alcanzar la razón de ser, la verdad de Jacqueline que debía de existir en algún lugar dentro de su piel dorada, como, bajo la porcelana, el mecanismo que hace llorar a las muñecas. “Ya está aquí”, se decía O, ya está aquí el día que tanto temía yo, el día en que yo no fuera para René más que la sombra de una vida pasada”. Y ni siquiera estoy triste, sólo siento lástima de él, y puedo verle a diario sin que me duela el que ya no me desee, sin amargura, sin pensar. Y, sin embargo, hace tan sólo unas semanas corrí a suplicarle que me dijera que me quería. ¿Era éste mi amor, algo tan frágil, tan consolable? Consolado, ¡ni eso! Soy feliz. ¿Bastaba, pues, que me diera a Sir Stephen para que me desligara de él y, entre nuevos brazos, naciera a un nuevo amor?>> Pero, ¿Qué era René al lado de Sir Stephen? Cuerda de heno, amarra de paja, cadenas de corcho, éstos eran los símbolos de los lazos con que había querido sugerirla él, para desecharla tan pronto. Pero, ¡qué seguridad, qué delicia la anilla de hierro que taladra la carne y pesa siempre, la marca que nunca se borra, la mano de un amo que te tiende un lecho de roca, el amor de un dueño que sabe apoderarse sin piedad de aquello que ama! Y O se decía que, a fin de cuentas, no había amado a René sino para aprender lo que era el amor y saber darse mejor, esclavizada y colmada, a Sir Stephen. Pero, al ver a René –que tan libre fuera con ella y a quien ella amaba por su libertad– moverse como envarado, como andando por el agua, con las piernas enredadas entre las hierbas de un estanque que parece inmóvil pero está cruzado por corrientes profundas, inflamaba a O de odio hacia Jacqueline.

¿Lo adivinó René o lo dejó traslucir ella, imprudente? Cometió un error. Una tarde, fueron las dos a Cannes a la peluquería y después se sentaron en la terraza de la Réserve. Jacqueline, con pantalón pirata y jersey de lino negro, extinguía a su alrededor hasta la lozanía de los niños, tan lisa, dorada, dura y clara aparecía bajo el pleno sol, tan insolente, tan hermética. Dijo a O que tenía una cita con el director que había rodado en París, para

unos exteriores, probablemente en las montañas situadas detrás de Saint-Paul-de-Vence. Allí estaba el muchacho, erguido y decidido. No hacía falta que hablara. Que estaba enamorado de Jacqueline era evidente. No había más que ver cómo la miraba. ¿Qué tenía de sorprendente? Lo sorprendente era Jacqueline. Recostada en uno de los grandes sillones basculantes de la terraza, le escuchaba hablar de fechas, de citas y de la dificultad de encontrar el dinero necesario para terminar la película. Tuteaba a Jacqueline, quien respondía con movimientos de cabeza, entornando los ojos. O estaba sentada frente a ella y el muchacho, entre las dos. No tuvo la menor dificultad en observar que Jacqueline, con los ojos entornados y al amparo de los párpados inmóviles, espiaba el deseo del muchacho, como hacía siempre, creyendo que nadie lo notaba. Pero lo asombroso era verla turbada por él, con los brazos a lo largo del cuerpo, sin sombra de sonrisa, grave como nunca la viera O ante René. Una sonrisa de apenas un segundo, cuando O se inclinó hacia delante para dejar en la mesa el vaso de agua helada y sus miradas se cruzaron, hizo comprender a O que Jacqueline se sabía descubierta.

Pero no parecía inquieta. Fue O quien se sonrojó. -¿Tienes calor? -preguntó Jacqueline-. En cinco minutos nos vamos. Además, te sienta muy bien. Después, volvió a sonreír, pero esta vez con tan tierno abandono, levantando los ojos hacia su interlocutor, que parecía imposible que éste no se abalanzara para besarla. Pero no. El era demasiado joven para saber el impudor que hay en la inmovilidad y el silencio. Dejó que Jacqueline se levantara, le tendiera la mano y le dijera adiós. Ya lo llamaría ella. El se despidió también de la sombra que para él había sido O y, de pie en la acera, vio alejarse el Buick negro por la avenida, entre las casas, a las que el sol quemaba, y el mar excesivamente azul. Las palmeras parecían recortadas en hojalata, los transeúntes, muñecos de cera mal fundida, animados por un mecanismo absurdo. -¿Tanto te gusta? -preguntó O a Jacqueline cuando el coche salía de la ciudad y tomaba la carretera de la cornisa alta. -¿Te importa? -repuso Jacqueline. -Importa a René -afirmó O. -Lo que importa a René y a Sir Stephen y, si no he comprendido mal, a otros muchos, es que está muy mal sentada. Vas a arrugarte el vestido. O no se movió. -Y también creía -prosiguió Jacqueline- que nunca debías cruzar las rodillas. Pero O no la escuchaba. ¿Qué le importaban las amenazas de Jacqueline? ¿Imaginaba que amenazando con esta falta venial impediría que ella la denunciara a René? No sería por falta de ganas si no lo hacía. Pero René no podría soportar la idea de que Jacqueline mintiera o de que quisiera disponer de sí misma. ¿Cómo hacer creer a Jacqueline que, si O callaba, sería para no ver a René perder la cabeza, palidecer por otra que no era ella y, tal vez, tener la debilidad de no castigarla? ¿Más aún, que sería por temor de volver contra ella la cólera de René, por ser portadora de malas noticias y delatora? ¿Cómo decir a Jacqueline que ella callaría sin que pareciera que deseaba hacer un trato de toma y daca con ella? Porque Jacqueline imaginaba que O tenía un miedo espantoso, un miedo que le helaba la sangre, de lo que le harían si Jacqueline hablaba.

Bajaron del coche en el patio de la casa sin volver a dirigirse la palabra, Jacqueline, sin mirar a O, arrancó un geranio blanco junto a la fachada. O la seguía lo bastante de cerca como para percibir el olor fino y penetrante de la homa aplastada entre sus dedos. ¿Creía que así disimulaba el olor del sudor que le pegaba al cuero el lino del jersey y le ponía unas manchas más oscuras en los sabacos? René estaba solo en la gran sala de baldosas rojas y paredes encaladas. -Os habéis retrasado - les dijo cuando entraron-. Sir Stephen te espera aquí al lado -añadió dirigiéndose a O-. Te necesita. No está muy contento.

Jacqueline se echó a reír y O la miró y se sonrojó. -Podrías haber elegido otro momento – dijo René, interpretando equivocadamente la risa de Jacqueline y el sonrojo de O. -No es eso -dijo Jacqueline-. ¿No sabías que tu hermosa y obediente amiga no es tan obediente cuando tú no estás? Fíjate qué arrugado tiene el vestido. O estaba de pie en medio de la sala, de cara a René. El le dijo que se volviera, pero ella no pudo moverse. -Además, cruza las rodillas –continuó Jacqueline-. Pero esto no se nota, desde luego. Y tampoco, que trata de conquistar a los chicos. -Esto no es verdad –gritó O-. ¡Si has sido tú!

O saltó sobre Jacqueline y René la sujetó en el momento en que iba a golpearla. Se debatía entre sus manos, por el placer de sentirse la más débil, estar a su merced, cuando, al levantar la cabeza, vio a Sir Stephen en la puerta, mirándola. Jacqueline había retrocedido hasta el diván, con su pequeño rostro endurecido por el miedo y la cólera, y O sintió que René, aunque ocupado sujetándola a ella, sólo estaba pendiente de Jacqueline. Dejó de debatirse y, desesperada al verse pillada en falta por Sir Stephen, repitió, ahora en voz baja: -No es verdad. Juro que no es verdad. Sin una palabra, sin una mirada para Jacqueline, Sir Stephen hizo una seña a René para que soltara a O, y a O le indicó que pasara. Pero, al otro lado de la puerta, O sintió que la empujaba hacia la pared, que le asía el vientre y los senos y le abría la boca con la lengua, y gimió de felicidad y de alivio. La punta de sus senos se endurecía bajo la mano de Sir Stephen. Con la otra mano, él le palpaba tan rudamente el vientre que ella pensó que iba a desmayarse. ¿Se atrevería a decirle algún día que no había placer, ni alegría, ni fantasía que pudiera compararse con la felicidad que sentía por la libertad con que él se servía de ella, por la idea de que no le guardaba miramiento alguno ni ponía límite a la forma en que buscaba el placer en su cuerpo? La certeza que tenía de que, cuando él la tocaba, ya fuera para acariciarla o para golpearla, que, cuando le ordenaba algo, era únicamente porque lo deseaba, la certeza de que él no pensaba más que en su propio placer, colmaba a O de tal manera que, cada vez que tenía prueba de ello, o solamente cada vez que lo pensaba, se abatía sobre ella una capa de hierro, una coraza ardiente que le iba desde los hombros hasta las rodillas. Allí, de pie, apoyada contra la pared, con los ojos cerrados, murmurando que le quería cuando no le faltaba el aliento, sentía que las manos de Sir Stephen, aunque frescas como una fuente sobre su fuego, la hacían arder más todavía. El se apartó suavemente, dejó caer su falda sobre sus muslos húmedos y cerró el bolero sobre sus senos erguidos.

-Ven conmigo, O. Te necesito –le dijo. Entonces, al abrir los ojos, O descubrió que en la habitación había alguien más. Aquella gran habitación, desnuda y encalada, parecida a la sala de la entrada, se abría también al jardín y, en la terraza que precedía al jardín, sentado en un sillón de mimbre, con un cigarrillo entre los labios, había una especie de gigante calvo, con un enorme vientre que le tensaba la camisa desabrochada y el pantalón de lino, que miraba a O. Se levantó y se acercó a Sir Stephen, quien empujaba suavemente a O ante él. O vio que de una cadenita que asomaba del bolsillo del reloj colgaba el disco de Roissy. Sir Stephen se lo presentó cortésmente, aunque sin darle otro nombre que el de El Comandante y, por primera vez desde que trataba con los afiliados de Roissy (aparte de Sir Stephen), O tuvo la sorpresa de ver que le basaban la mano. Entraron los tres en la sala, dejando el balcón abierto. Sir Stephen se acercó a la chimenea del ángulo y llamó. Encima de la mesa china, al lado del sofá. O vio la botella de whisky, el sifón y los vasos. De modo que no era para pedir bebida. Vio también en el suelo, cerca de la chimenea, una gran caja de cartón blanco. El hombre de Roissy se había sentado en un sillón de mimbre, y Sir

Stephen, de lado en la mesa redonda, balanceando una pierna. O, a quien indicaron el diván, se sentí dócilmente, después de levantarse la falda. Sentía en los muslos el suave piqué de algodón de la funda provenzal. Entró Nora. Sir Stephen le dijo que desnudara a O y se llevara sus ropas. O se dejó quitar el bolero, la falda, el ceñidor que le apretaba el talle y las sandalias. En cuanto la hubo desnudado, Nora salió, y O, sumida de nuevo en el automatismo de la regla de Roissy, segura de que Sir Stephen no deseaba de ella más que absoluta docilidad, se quedó de pie en medio de la sala, con los ojos bajos. En esta actitud, adivinó más que vio a Natalie entrar por el balcón abierto, vestida de negro como su hermana, descalza y callada. Seguramente Sir Stephen había hablado ya de Natalie, pues ahora se limitó a presentársela al visitante, quien no hizo comentario alguno, y a pedirle que sirviera ella las bebidas. En cuanto ella hubo repartido whisky, soda y hielo (y, en aquel silencio, el simple tintineo de los cubitos de hielo en el cristal hacía un ruido estremecedor), El Comandante, con el vaso en la mano, se levantó del sillón de mimbre en el que permaneció sentado mientras desnudaban a O y se acercó a ella. O creyó que con la mano libre le cogería un seno o el vientre.

Pero no la tocó, contentándose con mirarla muy de cerca, desde la boca entreabierta hasta las rodillas ligeramente separadas. Dio la vuelta a su alrededor, atento a sus senos, sus muslos, sus caderas. Aquella atención sin una palabra, la presencia de aquel cuerpo gigantesco tan cerca, trastornaban a O de tal modo que no sabía si deseaba huir de él o, por el contrario, que la tumbara y la aplastara. Estaba tan azorada que levantó los ojos hacia Sir Stephen, en petición de socorro. El comprendió, sonrió, se acercó a ella y, tomándole las dos manos en una de las suyas, se las unió a la espalda. Ella se apoyó en él, con los ojos cerrados, y fue en un sueño, o por lo menos en el crepúsculo de un duermevela de agotamiento, al igual que, siendo niña, al salir de una anestesia, oyó hablar de ella a las enfermeras, que la creían aún dormida, de sus cabellos, de su tez pálida, de su vientre liso en el que apenas asomaba una pelusa, oyó ahora que el desconocido felicitaba a Sir Stephen, elogiando sus senos abultados, su cintura delgada y las anillas más gruesas y más largas que de costumbre. Entonces, se enteró también de que seguramente Sir Stephen había prometido prestarla la semana siguiente, pues el hombre le daba las gracias. Y entonces Sir Stephen, tomándola por la nuca, le dijo suavemente que despertara y que subiera a su habitación y le esperase allí con Natalie.

¿Merecía la pena sentirse tan turbada y que Natalie, loca de alegría por la idea de ver a O abierta por otro que no fuera Sir Stephen, bailara a su alrededor una especie de danza piel roja gritando: -¿Cree que te entrará también en la boca, O? ¿No te has fijado cómo te miraba la boca? ¡Ah, qué suerte tienes de que te deseen así! Seguro que te azota con el látigo. Tres veces ha mirado las señales. Por lo menos, durante ese tiempo no pensarás en Jacqueline. -¡Pero si no estoy pensando continuamente en Jacqueline! -dijo O-. Eres estúpida. -No, no soy estúpida y sé muy bien que la echas de menos. Era verdad, pero no del todo. Lo que O echaba de menos era a Jacqueline, sino un cuerpo de muchacha con el que pudiera hacer lo que quisiera. De no haberlo tenido prohibido, hubiera tomado a Natalie, y lo único que le impedía quebrantar la prohibición era la certeza de que, dentro de unas semanas, le entregarían a Natalie en Roissy y que sería ante ella, por ella y gracias a ella, cómo sería entregada Natalie.



Ardía por suprimir aquella muralla de aire, de espacio, de vacío, que existía entre Natalie y ella, al tiempo que se deleitaba en aquella espera que le había sido impuesta. Se lo dijo a Natalie, quien movió negativamente la cabeza, con incredulidad. -Si Jacqueline estuviera aquí y se dejara, la acariciarías. -Claro que sí –dijo O, riendo. -¿Lo ves...? ¿Cómo hacerle comprender –aunque, ¿valía realmente la pena?- que no, que O no estaba enamorada de Jacqueline, como tampoco lo estaba de Natalie, ni de ninguna muchacha en particular, sino de las muchachas en general y de la misma forma en que puede uno estar enamorado de su propia imagen, aunque siempre le parecieran las otras más hermosas y conmovedoras que ella? El placer que le producía ver a una muchacha jadear bajo sus caricias, cerrársele los ojos y erguirse la punta de sus senos bajo sus labios y sus dientes, introducirle la mano en el vientre y en la grupa –y sentirla contraerse en torno a sus dedos y oírla gemir-, era algo en torno al que la poseía y cuando gemía, con la diferencia de que ella no concebía poder entregarse a una mujer, sino sólo a un hombre. Le parecía, además, que las muchachas que ella acariciaba pertenecían por derecho al hombre al que pertenecía ella y que, si ella estaba allí, era para representarlo a él. Si Sir Stephen hubiera entrado en su habitación mientras ella acariciaba a Jacqueline, aquellos días en que Jacqueline se reunía con ella a la hora de la siesta, sin el menor remordimiento, al contrario, con al placer total, hubiera separado con sus propias manos los muslos de Jacqueline si él hubiera querido poseerla, en lugar de limitarse a mirar a través del tabique calado.

Podían lanzarla a la caza, era un ave de presa con dotes naturales que abatiría y traería la pieza. Y precisamente... Mientras, con el corazón palpitante, recordaba los labios rosas y delicados de Jacqueline bajo el pelaje rubio de su vientre, en el anillo todavía más delicado y rosa entre sus nalgas que no se había atrevido a forzar más que tres veces, oyó moverse a Sir Stephen en su habitación. Sabía que él podía verla aunque ella no le viera y, una vez más se sintió dichosa de aquella exposición constante, de estar encerrada en aquella cárcel de su mirada. Natalie estaba sentada en la alfombra blanca, en el centro de la habitación, como una mosca en la leche; pero O, de pie frente a la barriguda cómoda que le servía de tocador, sobre la cual se veía reflejada hasta medio cuerpo en un espejo antiguo, un poco verdosa y desdibujada, como en un estanque, recordaba uno de aquellos grabados de finales de siglo en el que las mujeres andaban desnudas en la penumbra de las casas, en pleno verano. Cuando Sir Stephen empujó la puerta, ella se volvió tan aprisa, apoyando la espalda en la cómoda, que los hierros que colgaban entre sus piernas chocaron en uno de los tiradores de bronce y tintinearón. -Natalie –dijo Sir Stephen-, trae la caja blanca que quedó abajo, en la segunda sala.

Al volver, Natalie dejó la caja encima de la cama, la abrió y, uno a uno, fue sacando y desenvolviendo de su papel de seda, los objetos que contenía y fue entregándolos a Sir Stephen. Eran máscaras. Eran a la vez máscaras y tocados hecho para cubrir toda la cabeza y no dejaban al descubierto, además de los ojos, por unas pequeñas ranuras, la boca y el mentón. Gavilán, halcón, lechuza, zorro, león, toro ... eran sólo máscaras de animales de tamaño humano, pero hechas con la piel o las plumas del verdadero animal, con la órbita del ojo sombreada por pestañas cuando el animal tenía pestañas (como el león), y lo bastante largas como para cubrir los hombros de quien las llevara. Bastaba ceñir una cincha bastante ancha, disimulada bajo aquella especie de capa que caía por la espalda, para que la máscara se amoldara estrechamente al labio superior (tenía un orificio para cada fosa nasal) y a las mejillas. Un armazón de cartón moldeado y endurecido, colocado entre el

revestimiento exterior y el forro de piel, mantenía rígida la forma. Delante de espejo grande, en el que se reflejaba de cuerpo entero, O se probó todas las máscaras. La más singular, y también la que más la transformaba y más natural le parecía, era una de las de lechuza (había dos), seguramente porque era de plumas leonadas y beige, color que se confundía con el de su piel tostada. La capa de plumas le ocultaba casi por completo los hombros, caía hasta media espalda y, por delante, hasta el nacimiento de los senos. Sir Stephen le hizo quitarse la pintura de los labios y, cuando se hubo despojado de la máscara, le dijo: -Está bien, vas a ser la lechuza para El Comandante. Pero O, quiero pedirte perdón, te llevarán sujeta a una cadena. Natalie, trae del primer cajón de mi escritorio una cadena y unas pinzas. Natalie le llevó la cadena y las pinzas con las que Sir Stephen abrió el primer eslabón que enganchó en la segunda anilla que O llevaba al vientre y volvió a cerrarlo. La cadena, parecida a las que se utilizan para pasear a los perros –y para eso había servido-, tenía un longitud de un metro y medio y terminaba en un mosquetón. Cuando O volvió a ponerse la máscara, Sir Stephen dijo a Natalie que tomara el extremo de la cadena y que diera unas vueltas por la habitación, caminando delante de O. Natalie dio tres vueltas, llevando a O, desnuda y con la máscara sujeta a la cadena por el vientre.

-Está bien –dijo Sir Stephen-. El Comandante tenía razón. También habrá que hacerte depilar por completo. Eso lo dejaremos para mañana. Por el momento, conserva puesta la cadena. La misma noche, y por primera vez en compañía de Jacqueline y de Natalie, de René y de Sir Stephen, O cenó desnuda, con la cadena pasada entre las piernas hacia atrás y atada a la cintura. Servía Nora sola, y O procuraba rehuir su mirada: dos horas antes, Sir Stephen la había mandado llamar. Fueron las laceraciones, frescas todavía, más que los hierros y que la señal de las nalgas lo que consternó a la muchacha del instituto de belleza en el que O fue a hacerse depilar al día siguiente. Por más que O le dijera que aquella depilación a la cera, en la que se arranca el pelo de raíz, no era menos dolorosa que un latigazo y que tratara incluso de explicarle si no cuál era su vida, por lo menos que era feliz, no hubo manera de calmar su espanto. Lo único que O consiguió con sus palabras fue que, en lugar de mirarla con compasión, como al principio, la mirase con horror. Por muy amablemente que diera las gracias, al terminar el servicio, cuando iba a salir de la cabina en la que había estado abierta como para el amor, por mucho dinero que dejase, le daba la impresión de que, en lugar de despedirla, la echaban. ¿Qué importaba? Era evidente que el contraste entre el vello de su vientre y las plumas de la máscara resultaba poco estético, como evidente era que aquel aspecto de estatua de Egipto que le daba la máscara y que sus hombros anchos, sus caderas finas y sus piernas largas acentuaban, exigía que su piel estuviera totalmente lisa. Pero más finos. ¿Se ha avisto alguna que estuviera taladrada por aros? O se acordó de la muchacha pelirroja y llenita que estaba en casa de Anne-Marie y que decía que su amo o utilizaba la anilla de su vientre más que para atarla a la cama, y también que quería que estuviera depilada porque sólo así estaba desnuda del todo. O temía desagradar a Sir Stephen, a quien tanto le gustaba atraerla hacia sí tirando del vello de su vientre, pero se equivocaba: Sir Stephen la encontró más conmovedora y, cuando ella se puso la máscara y se limpió la pintura de los labios, la acarició casi tímidamente como a un animal al que se quiere domesticar.

No le había dicho nada acerca del lugar al que deseaba llevarla, ni sobre la hora en que debían partir, ni quiénes serían los invitados del Comandante. Pero durmió con ella el resto de la tarde y, por la noche, ordenó que les sirvieran a los dos la cena en su habitación.

Salieron a las once, en el Buick. O iba envuelta en una gran capa de montaña color castaño y calzaba zuecos de madera. Natalie, con jersey y pantalón negro, la llevaba sujeta por la cadena cuyo mosquetón estaba enganchado al brazaletes que llevaba en la muñeca derecha. Conducía Sir Stephen. La luna, casi llena, estaba alta e iluminaba con manchas como de nieve la carretera, los árboles y las casas de los pueblos, dejando todo lo demás en una negrura de tinta china. Todavía se veían grupos de personas en las puertas y, al paso de aquel coche cerrado (Sir Stephen no había bajado la capota), se percibía cierto revuelo de curiosidad. Ladraban los perros. Donde daba la luz, los olivos parecían nubes de plata flotando a dos metros del suelo y los cipreses, plumas negras. En aquel paisaje, que la noche convertía en fantástico, nada parecía real más que el olor de la saliva y el espliego. La carretera subía continuamente y, sin embargo, el mismo aire caliente envolvía la tierra. O se quitó la capa. Allí no la veían; ya no había nadie.

Diez minutos después, pasado un bosque de robles verdes, el lo alto de una cuesta, Sir Stephen aminoró la marcha ante una tapia en la que había una puerta cochera que se abrió al acercarse el automóvil. Aparcó en un ante patio, mientras alguien cerraba la puerta de la tapia. Bajó de coche e hizo bajar a Natalie y a O, quien, por orden suya, dejó en el coche la caja y los zuecos. La puerta que él empujó se abrió a un claustro porticado estilo Renacimiento del que sólo quedaban tres lados y, por el cuarto, el patio embaldosado comunicaba con una terraza, embaldosada también. Una decena de parejas bailaban en la terraza y el patio y, en mesitas iluminadas por velas, había mujeres muy escotadas y hombres con chaquetilla blanca. El tocadiscos estaba situado debajo de la galería de la izquierda y un buffet, debajo de la de la derecha. Pero la luna iluminaba tanto como las velas y, cuando dio de lleno en O, a la que conducía Natalie, que era como una pequeña sombra negra, los que la vieron dejaron de bailar, y los hombres que estaban sentados se pusieron de pie. El camarero que se ocupaba del tocadiscos, al notar que ocurría algo, dio media vuelta y, estupefacto, paró el disco. O dejó de avanzar. Sir Stephen, inmóvil dos pasos detrás de ella, esperaba también. El Comandante apartó a los que se habían agrupado en torno a O y empezaban ya a llevar antorchas para verla mejor.

-¿Quién es? –preguntaban-. ¿A quién perteneces? -A ustedes, si la quieren –respondió. Y se llevó a Natalie y a O a un rincón de la terraza en el que había un banco de piedra, recubierto por una colchoneta y adosado a un muro bajo. Cuando O estuvo sentada, con la espalda apoyada en el muro y las manos descansando en las rodillas Natalie, en el suelo, a la izquierda, a sus pies, todavía con la cadena enganchada a la pulsera, él se alejó. O lo buscó con la mirada y, al principio, no alcanzaba a verle. Después lo adivinó: estaba tendido en una tumbona en el otro extremo de la terraza. Podía verla y ella se sintió mas tranquila. Volvía a sonar la música y las parejas bailaban de nuevo. Algunas se acercaban a ella como por casualidad, sin dejar de bailar. Luego, una lo hizo sin disimulo, y era la mujer la que arrastraba al hombre. O les miraba fijamente con los ojos muy abiertos bajo su plumaje, como los ojos del ave nocturna que figuraba. Era tan fantástico su aspecto que lo que parecía más natural –el que la gente le hiciera preguntas- no se le ocurrió a nadie, como si hubiera sido una lechuza de verdad, sorda al lenguaje humano, y muda. Desde la medianoche hasta que, hacia las cinco, el día empezó a blanquear el cielo por el Este, a medida que la luna se debilitaba mientras caía por el Oeste, se acercaron a ella varias veces, la tocaron, varias veces la rodearon, varias veces le abrieron las rodillas, le levantaron la cadena, acercaron uno de aquellos candelabros de dos brazos de cerámica provenzal –y ella

sentía que la llama de las velas le calentaba el interior de los muslos-, para ver cómo estaba sujeta la cadena. Hubo incluso un norteamericano borracho quien la asió riendo, pero, cuando se dio cuenta de que tenía en la mano la carne y el hierro que la atravesaba, se serenó bruscamente, y O vio asomar a su rostro el horror y el desprecio que había visto también en el de la muchacha que la había depilado.

Una jovencita, vestida de blanco, con traje de primer baile, los hombros al aire, una gargantilla de perlas, dos rosas de té en la cintura y sandalias doradas en los pies, a instancias del muchacho que la acompañaba, se sentó al lado de O, a su derecha. Luego, él le tomó la mano y le obligó a acariciar los senos de O, quien se estremeció al contacto de aquella mano fresca y suave, a tocar el vientre de O, y las anillas, y el orificio por el que pasaba el hierro. La joven obedecía en silencio y, cuando el muchacho le dijo que él le haría otro tanto, no esbozó siquiera un movimiento de retroceso. Pero ni aun utilizándola de esta modo tomándola como modelo u objeto de demostración, nadie le dirigió la palabra ni una sola vez. ¿Era acaso de piedra o de cera, o una criatura de otro mundo o creían que sería inútil hablarle, o tal vez no se atrevían? Cuando se hizo de día, y se fueron todos los invitados, Sir Stephen y el Comandante, después de despertar a Natalie, quien se había quedado dormida a los pies de O, hicieron levantarse a O, la llevaron al centro del patio, le quitaron la cadena y la máscara y, tendiéndola sobre una mesa, la poseyeron uno tras otro.

En un último capítulo, que fue suprimido, O volvía a Roissy, donde Sir Stephen la abandonaba. Existe otro final de la Historia de O. y es que al darse cuenta de que Sir Stephen va a dejarla, ella prefiere la muerte. Y él accede.